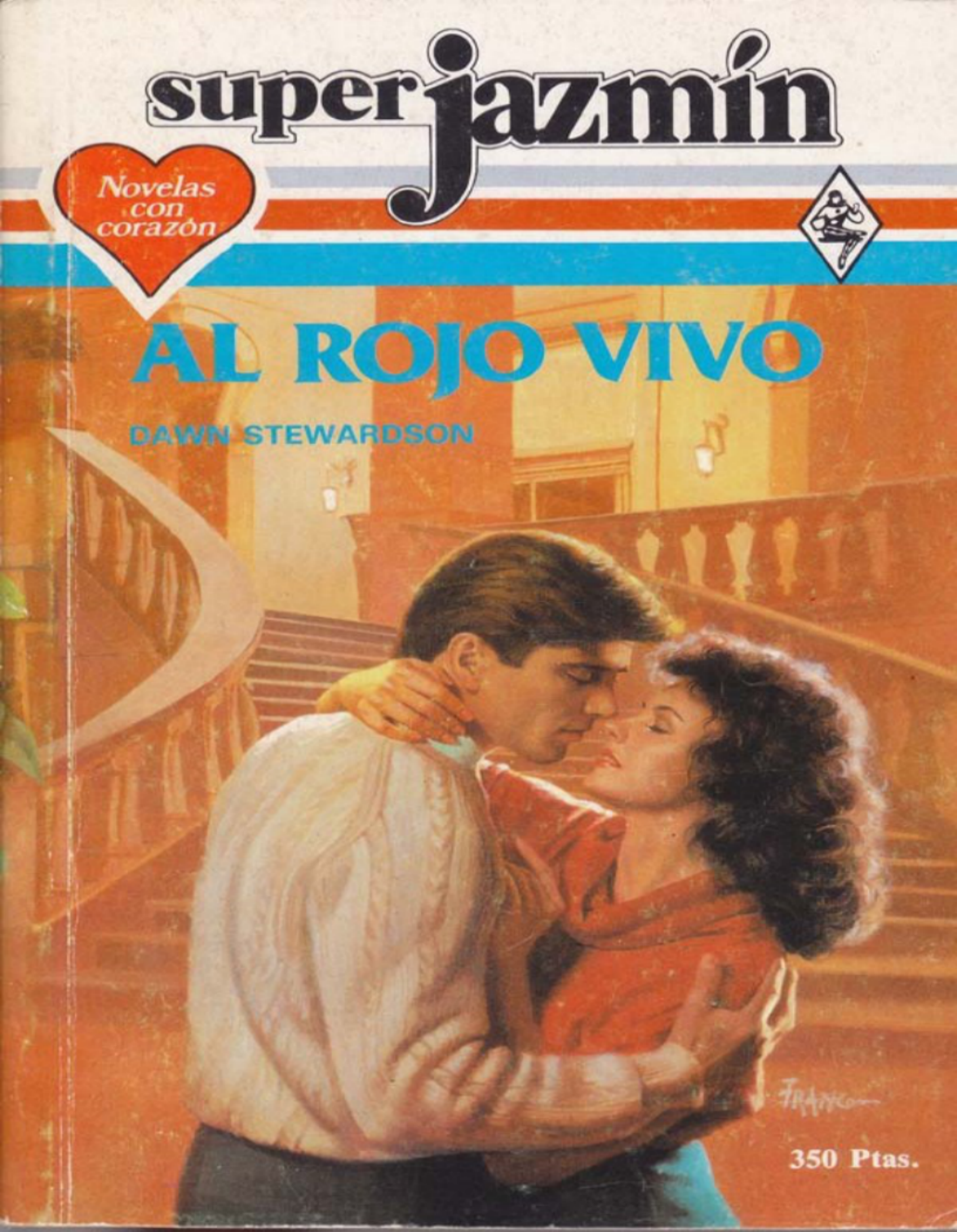
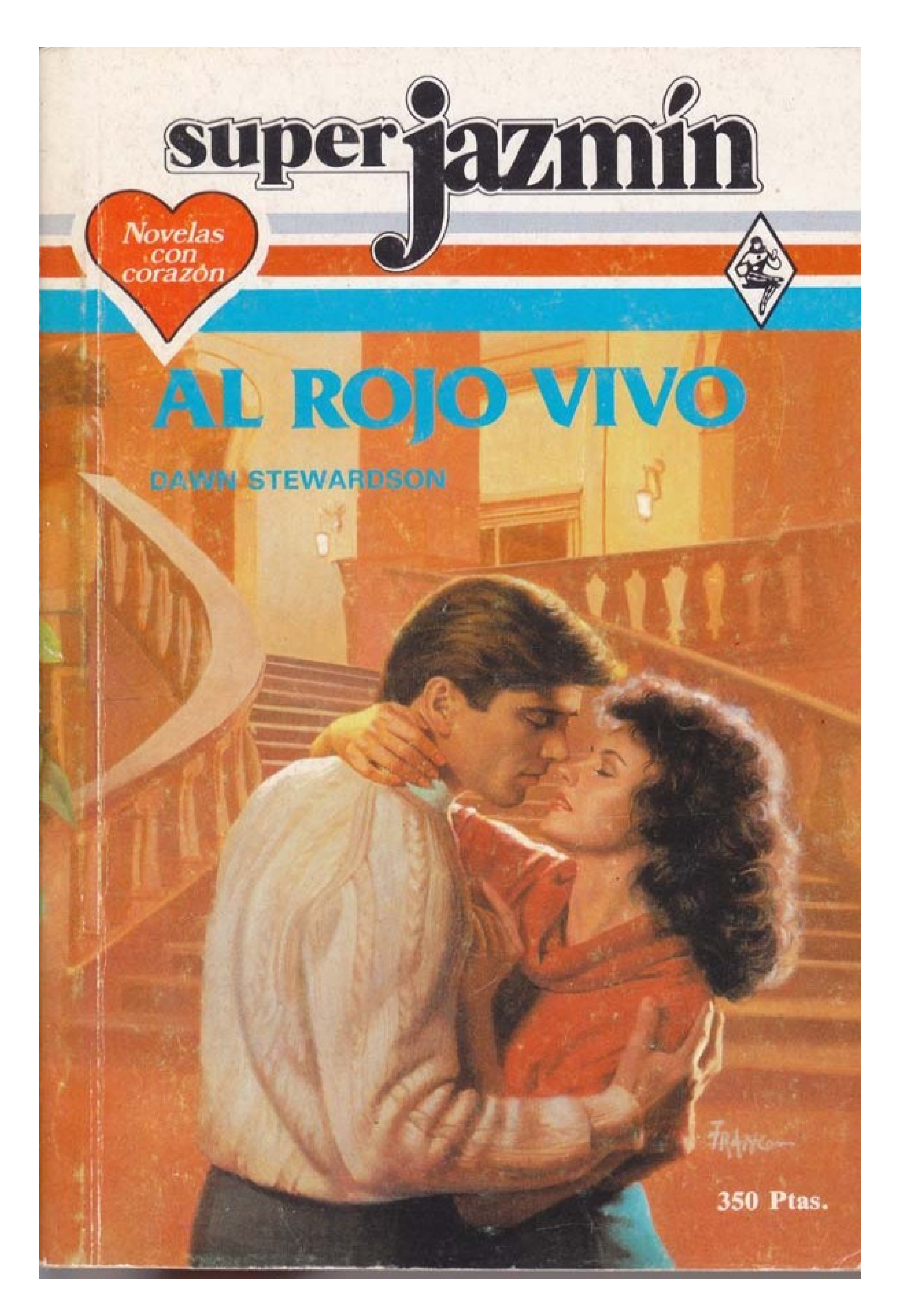

super jazmín
Novelas con corazón
AL ROJO VIVO
DAWN STEWARDSON
350 Ptas.

Al rojo vivo

Dawn Stewardson



Al rojo vivo (1990)
Título Original: Vanishing act (1988)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Súper Jazmín 128
Género: Contemporáneo
Protagonistas: William R. **“Bill” Sutherland y Kathleen “Kate” Ballantyne**

Argumento:

Cuando se encontraron uno en brazos del otro, todas sus dudas desaparecieron.

¡Kate nunca podría agradecerle lo que había hecho por ella!

Bill apareció cuando más lo necesitaba. Su hermana se había fugado con un delincuente y su padre estaba desesperado. Kate no sabía qué hacer, ni por dónde empezar a resolver sus problemas…

Afortunadamente, Bill Sutherland apareció en su vida. Amable y afectuoso, fuerte y seguro, él era un hombre de quien Kate podría enamorarse fácilmente… Por eso creyó morir cuando descubrió que Bill no era quien decía ser.

Prólogo

El Riviera negro se desplazaba silencioso por el distrito Westmount de Montreal. Su conductor mantenía con cuidado la velocidad dentro de los límites establecidos. Observó otro coche como el suyo aparcado y se felicitó de haber elegido el Riviera. Lujoso, pero no ostentoso, no destacaba entre el tráfico.

El conductor ponía atención al nombre de las calles en las esquinas hasta que encontró la que buscaba. Dio la vuelta en la tranquila avenida, revisó el primer número exterior en la oscuridad y avanzó despacio. La noche de Fin de Año significaba multitudes ruidosas en las calles del centro del Montreal, pero en esa zona de gente adinerada, de habla inglesa, las calles estaban tranquilas. Solo las alegres luces de los árboles de Navidad en las ventanas, daban la bienvenida al Año Nuevo. Detrás de las ventanas iluminadas por los árboles, la mayoría de las casas estaban vacías. Sus habitantes celebraban la fiesta en otra parte.

Calle abajo, una casa estaba iluminada con profusión. Los coches aparcados cerca de ella, en ambas aceras, se alineaban en casi toda la manzana. El conductor se detuvo al final de la fila de coches, apagó las luces y detuvo el motor. Permaneció en la oscuridad un momento, dando una última calada a un cigarrillo. Luego se levantó el cuello del abrigo de cachemira y se ajustó la bufanda para que le cubriera la nuca y ocultara la mayor parte de su rostro. Estudió su imagen en el espejo retrovisor y, satisfecho, se puso los guantes y bajó del coche, saliendo a la fría noche para alejarse de la casa bien iluminada, en dirección al número noventa y seis.

Había treinta centímetros de nieve en los jardines, pero la acera estaba despejada. Se acercó a la puerta principal del número noventa y seis y llamó, a sabiendas de que no obtendría respuesta. El hombre, joven y delgado, esperó, su elegante aspecto no despertaría sospechas, era un visitante que esperaba que le abrieran.

Aguardaba paciente, visible para cualquier transeúnte… visible para cualquier vecino curioso, pero oculto por los cedros que vigilaban la entrada. Volvió a llamar y una vez terminada la farsa, bajó los escalones con paso despreocupado y se perdió en el sendero lateral. Una vez fuera de vista desde la calle, avanzó deprisa. Su vista se adaptó enseguida a la oscuridad en el patio posterior y fue hasta una ventana. Sacó una pequeña linterna y la usó para examinar el sistema de alarma adherido al cristal. Una sonrisa apareció en sus

labios. Un buen sistema de protección… pero mal instalado.

De un bolsillo del abrigo extrajo un cortador de vidrio y una herramienta semejante a la asidera de un cajón de mueble de cocina, a cuyos extremos había sendas copas de succión de plástico, y adhirió el instrumento al cristal de la ventana con firmeza. Luego, sosteniendo la asidera con la mano izquierda, cortó un cuadrado de vidrio con la derecha. Un movimiento brusco, separó el vidrio cortado. Con un pedazo de alambre unió las terminales que conectaban la cinta del cristal de la ventana con el sistema de alarma. Después de asegurarse de que no existían disparos de alarma de contacto, abrió la ventana un poco, dejando escapar un leve silbido. Siempre existía la posibilidad de la presencia de un perro. Parecía no haberlo.

Con un movimiento ágil se introdujo en la casa y subió por la escalera. Abrió la primera puerta e iluminó el interior con la linterna. El dormitorio principal. Ése no era su objetivo. Ignoró la puerta entreabierta del baño y fue a la siguiente. Su pequeño haz de luz iluminó una ropa dejada con descuido sobre la cama, y luego el tocador; se detuvo en una maleta de piel. Estaba abierta sobre la alfombra, revelando ropa interior de mujer.

Cruzó la habitación, metió una mano entre las prendas de encaje y seda y tocó algo sólido. Retiró la ropa, descubriendo un estuche de terciopelo azul de grandes dimensiones. Nervioso, lo abrió y asombrado, se dejó caer sentado en la cama. A pesar de la escasa luz, reconoció que su socio estaba en lo cierto… aquél era el gran golpe.

Capítulo 1

Bill Sutherland limpió la condensación de vaho de la ventana de la cafetería. Apartó la mirada del antiguo Royal Grand Theatre de Toronto y recorrió la calle Queen. En esa ocasión la divisó. Andaba deprisa, su melena oscura se mecía a cada paso que daba.

Dejó escapar un suspiro de alivio al ver que al fin llegaba, se arrellanó en su asiento y la siguió con la vista hasta la entrada del teatro.

Ella hizo una pausa, cruzó unas palabras con un hombre que trabajaba en el exterior del edificio y le brindó una breve sonrisa, antes de reanudar su camino. El hombre se quedó mirándola con los brazos en jarras.

Bill sonrió. Sabía que no era solo él. Había algo en Kate Ballantyne que hacía que los hombres se volvieran a mirarla. Incluso con vaqueros, chaqueta de bombero y sus ridículas botas de seguridad, tenía algo especial.

Le sorprendió cuando la vio por primera vez: el viernes anterior por la noche en el Rackets Plus. El nombre del gimnasio de Roger Tessier le hacía reír, por su semejanza con la palabra inglesa *racketeer*, que significa estafador. Dada la reputación de Tessier, el significado no podía ser más acertado. El hombre debía tener muchas agallas… sin olvidar un irónico sentido del humor.

Volvió a fijar su atención en Kate, confiando en que ella no hubiese advertido su presencia en el club. De ser así, lo descubriría enseguida y no averiguaría nada de ella.

En realidad no era mucho lo que necesitaba de ella. Solo quería saber dónde estaban escondidos su hermana y Tessier desde el sábado anterior. Donde encontrara a la hermana de Kate Ballantyne, allí estaría Roger Tessier. Luego, todo consistía en hacer un trato con el hombre… o eso esperaba.

La policía podría estar dispuesta a esperar a que Tessier saliera de nuevo a la superficie, pero Bill no. Las circunstancias no le permitían esperar. Edinborough Rock Insurance, contrató a Wm. R. Sutherland & Co. Ltd., Investigadores de Seguros, para que investigara el robo de las joyas de Xenia Cassidy. Según el contrato de la póliza de seguros, si las piezas no eran devueltas en el plazo de noventa días, Edinborough tendría que pagarle una suma considerable.

En casos de accidente, el investigador de seguros se limita a

establecer una evaluación justa de los daños que su cliente, la compañía de seguros, tendría que pagar. Pero los robos eran algo muy diferente: un juego en el cual el pagar una pequeña «recompensa» a la persona indicada, podría hacer que lo hurtado apareciera por milagro, salvando sumas considerables para la compañía de seguros. En el caso de Xenia Cassidy, el pago podría significar varios millones.

Bill movió la cabeza. ¿Qué clase de tonta llevaba una fortuna en joyas a unas vacaciones y las dejaba abandonadas en una casa vacía mientras iba de fiesta? Era evidente que solo una tonta como Xenia Cassidy.

Parecía que Roger Tessier se había beneficiado de la estupidez de Xenia, que él era ahora el poseedor de las joyas, pero Bill tenía que averiguar dónde estaba Tessier y Kate Ballantyne era quien podía decírselo.

Se ajustó las gafas de montura gruesa en el puente de la nariz y frunció el ceño. Eran una molestia tremenda. Debió elegir unas más ligeras. No, no era así. Aunque no fuesen pesadas, sería una estupidez usarlas. Lo que debió hacer era rechazar involucrarse en esa farsa juvenil que Clive Robertson imaginó. El director de reclamaciones de Edinborough Rock había visto demasiados programas de detectives en televisión.

Si la decisión hubiera sido suya, se habría concretado a presentarse en el teatro diciendo a Kate y a su padre quién era y a pedirles su ayuda… preguntarles dónde estaba Tricia. Mentir no era su estilo, pero debía reconocer que la postura de Clive tenía cierta validez.

Si Tricia estaba inmiscuida en algo ilegal y los Ballantyne lo sospechaban, jamás le dirían nada haciéndole regresar a Rackets Plus para tratar de sacar algo al personal de Tessier, o a sus clientes. Le gustara o no, Clive estaba en lo cierto… Kate sería una fuente de información más rápida.

Bill suspiró, sabiendo que tendría que seguir adelante con el plan de Robertson. Tenía que reconocer que enfrentarse a su cliente más importante no beneficiaría a su empresa. ¡Pero esa mascarada era ridícula! Él era el presidente de una compañía de investigadores de seguros, no el director de la CIA. ¿Por qué tenía que usar métodos sacados de una novela de Robert Ludlum?

Y eso no era lo único que le molestaba. ¿Qué hacía allí el presidente de la empresa sintiéndose como si se hubiera escapado de una fiesta de disfraces? Los hombres que trabajaban para él eran todos sobresalientes. ¿Por qué insistió Robertson en que el presidente del

negocio hiciera el trabajo? Hacía años que Bill no lo hacía. Trató de olvidar su enfado. Debía sentirse orgulloso de que Clive le considerara el mejor cuando se trataba de investigar robos. Tenía que conseguirlo, o Edinborough Rock podría decidir que él no era el mejor, después de todo. Y Wm. R. Sutherland no era la única compañía de su campo en la ciudad.

Bill vio que Kate desaparecía en el interior del teatro. Volviendo a ajustarse las gafas se puso de pie. La cámara fotográfica que llevaba al cuello golpeó contra la mesa. ¡Maravilloso! Usar una cámara de quinientos dólares como parte de un disfraz y darle un golpe que podría romper la lente. Debió llevar su cámara de revelado instantáneo. Al menos estaba acostumbrado a ella.

—¡El mejor café de Toronto! —brindó en dirección al encargado del mostrador con la taza de papel. La estrujó y la arrojó al cesto de basura con un tiro certero, otorgándose dos puntos por su anotación.

La puerta se cerró detrás de él y un joven de chaqueta negra dio una última calada a su cigarro antes de abandonar un taburete a un extremo del mostrador, comprobando un bulto casi imperceptible en el bolsillo de la chaqueta, y siguió a Bill, dejando atrás, sin tocar, una taza humeante del mejor café de Toronto.

* * *

Kate Ballantyne observó molesta a su padre, al otro lado de su atestado escritorio. Era evidente que tramaba algo, su misteriosa sonrisa lo confirmaba.

—¿Por qué yo? —señaló los dibujos que tenía delante—. Estoy demasiado ocupada. Si no termino estos bocetos, los moldes no estarán a tiempo. ¿Por qué no le pides a Paul que se encargue él?

—Porque me ha dicho que su interés primordial está en los detalles artísticos de la restauración. También quiere escribir sobre la compañía. Considera que el que padre e hija la dirijan, le dará un toque interesante a su artículo.

—Dale entonces, el punto de vista del padre. Fuiste tú quien aceptó la entrevista.

—Bueno, yo determiné que tú te ofrecerías a hacerlo, Kate. Disfrutarás hablando con él… te dará un momento de descanso. Tú eres la especialista en interiores y eso es lo que a él le interesa. Está esperándote. Le he dejado sacando fotos del mural que descubrimos cerca de mi oficina.

—¿Por qué será que me dices una cosa y yo entiendo otra? —preguntó.

—Es tu naturaleza desconfiada, cariño. Algo de lo malo que heredaste de la familia de tu madre.

—¿No hay nada de qué sospechar, entonces? ¿Debo entender que el señor Sutherland es viejo, gordo, calvo y que tiene esposa y catorce hijos?

Los ojos azules de Sean brillaron, confirmando que había algo de lo cual cuidarse.

—¿Desconfías de los motivos de tu padre, querida? Que yo recuerde, solo en una ocasión comenté que sería agradable tener un nieto. A partir de entonces, observas a cada hombre que te presento como si tuviera tres cabezas. Pero ahora que lo mencionas, Bill y yo sí tocamos el tema de la familia, refiriéndonos exclusivamente al hecho de que Restauraciones Ballantyne es un negocio familiar —al ver la expresión de Kate, agregó—: y también mencionó que no está casado.

—Padre…

—¡No uses ese tono conmigo, Kathleen! Yo soy el jefe. Y el jefe te ordena que acompañes al señor Sutherland en ese recorrido y le des toda la información que necesita para su artículo.

Kate miró con enfado a su padre, sabiendo que su expresión era tan falsa como la fingida severidad de su padre y solo movió la cabeza con exasperación.

—No estoy pidiéndote que te cases con ese hombre, solo que le dediques una hora y contestes a sus preguntas. La publicidad nos vendrá bien. Por todos los santos, Kate. No me gustaría que te interesaras por Bill Sutherland. ¡No es irlandés!

—Bueno —bromeó Kate, riéndose de la exagerada protesta de su padre—, ¡eso ya es algo a su favor! ¿Por qué no le traes aquí primero? Le enseñaré mis bocetos antes de llevarlo a la obra.

Cuando Sean partió, Kate seleccionó algunos dibujos de varias secciones del teatro. Oyó la voz de su padre en el exterior y levantó la vista cuando llegó. El hombre que le acompañaba no tenía tres cabezas. Tampoco era viejo, gordo o calvo. Era un tipo esbelto de treinta y tantos años, con el pelo de un tono rubio que ella admiraba en las mujeres, pero desacostumbrado en un hombre. No obstante, en él no estaba mal, tal vez por los rasgos firmes de su rostro. Sus ojos azules detrás de las gruesas gafas eran del mismo tono de los de su padre.

El panorama general era interesante. Si no estuviera tan ocupada, tal vez disfrutaría pasando una hora con él. Observó su pantalón viejo, metido en las botas de trabajo. Al menos tuvo el acierto de vestirse para la ocasión.

—Kate, él es Bill Sutherland.

Kate se puso de pie y estrechó la mano que se extendía sobre su escritorio.

—Encantado de conocerte Kate. Te agradezco que me dediques tu tiempo para enseñarme el lugar —Bill sonreía con una expresión que indicaba que Kate le parecía la criatura más adorable del mundo.

Kate correspondió a su sonrisa, sorprendida por el franco flirteo. Su expresión era tan abierta, que no podía ser más que un juego. Luego, observó la reacción de su padre y lanzó un gemido interior. Sean sonreía como el gato que acaba de devorar al canario.

—Te dejaré con Kate —señaló Sean, con una sonrisa pícara hacia su hija.

En esa ocasión, ella logró adoptar una expresión seria. Tenía cosas importantes de qué ocuparse para perder el tiempo con un Casanova. Se concentró en Bill, tratando de ocultar su enojo.

—¿Trabajas para *Interiors Canada*, Bill?

—Así es, ¿la conoces?

—Por supuesto, pero está especializada en decoración de interiores, ¿no es cierto?

—Por regla general. No obstante, consideramos que este proyecto es interesante. Según me dice tu padre, vosotros pretendéis restaurar los interiores del teatro para dejarlo como estaba en mil novecientos trece.

—Eso intentamos. Sin embargo, han cambiado tanto algunas zonas en el transcurso de los años, que tendré que diseñar algunas secciones guiada solo por el estilo de la época. Déjame enseñarte algunos bocetos.

Kate se inclinó para colocar los dibujos sobre su escritorio. Al hacerlo, los vaqueros se le ajustaron al cuerpo y Bill recordó que no era solo la sonrisa de la chica lo que había llamado su atención la otra noche. Obligó a sus ojos a regresar a su rostro.

Su aspecto era mejor a corta distancia que de lejos. El cabello oscuro y rizado que le llegaba a los hombros, tenía algunos tonos rojizos. Su boca era amplia, quizá demasiado grande para los

estándares de un concurso de belleza, pero para él era perfecta.

Kate terminó de ordenar los bocetos y se volvió hacia él. Sus ojos grandes, entre los rizos, tenían tonos cambiantes de gris a verde conforme movía la cabeza, fascinándolo.

«Concéntrate en los negocios», se ordenó Bill. No estaba allí para contemplar a Kate Ballantyne. Fijó su atención en los dibujos.

—¿Los has hecho tú? Son muy buenos.

—Gracias. Es asombroso lo mucho que puedes aprender en un curso de diseño de interiores de cuatro años.

—¿Estuviste en la Universidad de Toronto?

—Debes ser el chico nuevo de *Interiors Canada* —la expresión de Kate indicó a Bill que había cometido un error—. En Toronto no tienen el curso de decoración de interiores.

—Lo siento —Bill se frotaba el mentón, pensando frenético—, me es difícil poner la mente a trabajar los lunes por la mañana. Hablas de decoración de interiores y yo pensaba en arquitectura —observó su rostro y al verla reír, respiró de nuevo.

—Fui a la universidad de Winnipeg. Manitoba tiene el mejor curso de decoración de interiores de Canadá. Si logras sobrevivir los inviernos sin congelarte, aprendes mucho —Kate hizo una pausa—. ¿Quieres hacer el recorrido ya?

—Primero dame algunos antecedentes de la compañía, tu padre ya me dio algunos datos —abrió su libreta de apuntes—. Al principio tu padre tenía la clásica empresa de renovaciones, pero cuando tú te licenciaste, se especializó en restauraciones.

—En efecto. La especialización nos ha funcionado bien. Cualquiera hace renovaciones en Toronto. Nosotros nos hemos labrado un camino aparte.

—Y solo sois vosotros dos… de la familia Ballantyne, por supuesto. ¿Eres hija única?

—No, tengo una hermana, siete años menor que yo, de veinte años. Ella no participa en el negocio.

—¿Sigue estudiando?

—No.

Bill se quedó contemplándola, esperando que siguiera hablando, pero ella guardó silencio, impasible. Se estrelló contra un muro. Era evidente que Tricia no formaría parte de la conversación. Cerró su

libreta. Ya surgiría la oportunidad después.

—Muy bien, vayamos al recorrido. Me interesa ver qué hacéis con el viejo teatro real. Haré preguntas y tomaré fotos conforme avancemos.

Kate cogió un casco de seguridad de un increíble color rosa y sonrió al mirar a Bill.

—Es mi recompensa por sobrevivir un año con la empresa —salió de la oficina al corredor lleno de polvo, seguida por Bill, que observaba interesado su atractivo trasero y cómo se contoneaban sus caderas. No medía más de uno sesenta, pero estaba muy proporcionada. Debía su figura a las horas que pasaba en el gimnasio de Tessier, no podría pesar más de cincuenta kilos.

Kate se detuvo de pronto para asomarse por una puerta.

—Tenemos visita, Paul —anunció, apartándose a un lado para que pasara Bill—. Se trata de Bill Sutherland, de *Interiors Canada*. Escribe un artículo sobre el Royal y lo llevaré a hacer un recorrido.

—¿También esta semana? Esta práctica podría convertirse en un hábito.

—Espero que no —rio Kate—. Ya estamos bastante ocupados. Él es Paul Raleigh, Bill. Es el arquitecto del proyecto. La semana pasada, fue su hermano quien vino a visitarnos.

¿Raleigh? El nombre le era familiar a Bill. ¿De dónde? Estudió al arquitecto: de unos treinta años, alto, moreno, bien parecido. Se preguntó un instante si era el tipo de hombre que gustaba a Kate. La contempló, esperando encontrar un indicio, pero su expresión no revelaba nada. Se reprochó su curiosidad. ¿Qué le importaba la vida personal de Kate? Para él, solo era un medio para lograr un fin.

—Me suena tu nombre, Paul. ¿No nos conocemos? —antes de terminar, supo la respuesta. Fred Raleigh era el administrador de Rackets Plus en Montreal. «Su hermano», mencionó Kate. ¿Sería Fred el hermano de Paul? De ser así, tal vez estaba en medio de un grupo bastante cohesionado.

—No recuerdo haberte conocido —comentó Paul, mirándole detenidamente—. No obstante, mi apellido es muy popular, gracias a Sir Walter.

—A Paul le encanta hacer referencia a su noble antepasado, pero olvida que fue ejecutado por traición.

—¿Has venido para molestarme, Kate?

—No —respondió Kate, maliciosa—, de ser así, habría añadido que después de perder la cabeza, la esposa de Sir Walter la guardó para enseñársela a los visitantes.

—¡Dios mío, Kate! —exclamó Bill—. Ya no estoy seguro de querer pasar una hora contigo. Se supone que los recorridos turísticos no deben incluir relatos tétricos.

—¡No hago más que expresar mis conocimientos! —sonrió Kate, volviéndose a Paul—. En realidad hemos venido a pedirte prestado tu casco de seguridad.

—¿Ves lo que tengo que soportar aquí? —Paul entregó su casco a Bill—. Solo porque es la hija del jefe, cree que puede insultarnos a todos —se volvió hacia Kate—. A propósito de la hija del jefe, ¿has sabido algo de Tricia?

Bill advirtió a tiempo que Kate se ponía tensa por la pregunta.

—No. Te informaré cuando sepa algo —se volvió de pronto—. Vayamos a la visita, Bill.

—¿Se refería Paul a tu hermana? —inquirió Bill cuando salieron y al ver que Kate solo asentía, agregó—: Su interés parecía más que pasajero.

—Paul es casi de la familia —comentó Kate, extrañada—, trabaja con mi padre hace diez años, desde que estudiaba el primer año de arquitectura. Para él, Tricia es como una hermana pequeña.

—¿Se encuentra lejos de aquí?

—Mmm. Quizá sea mejor que uses el casco de Paul para proteger eso —miraba la cámara que pendía del cuello de Bill, cambiando el tema de conversación con toda intención—. Parece muy cara.

—Lo es —aceptó Bill, ordenándose dejar las preguntas. Si la presionaba, Kate no le diría nada—. Pero la cámara pertenece a la revista y la cabeza es mía, así que dejaré el casco donde se encuentra.

—Primero te llevaré a la planta principal del teatro —le indicó Kate, con una sonrisa—. Espero que no te decepcione. Esta sección funcionó como un cinematógrafo durante muchos años y perdió la mayor parte de su encanto. Vuelve dentro de un año y la verás totalmente restaurada, pero en este momento… —abrió una puerta y dejó que los hechos confirmaran sus palabras.

Ruidos de construcción, ahogados por la puerta cerrada, los invadieron cuando Kate la abrió. Una cacofonía de martillos y cinceles perforaron los oídos de Bill. Percibió una extraña combinación de

olores: yeso, humedad y un polvo pesado que permeaba el ambiente.

—Olvidé preguntarte si eres alérgico al polvo —comentó Kate.

—Si lo fuera, ya me habría desmayado —le indicó Bill, respirando con dificultad—. No obstante, debo darme prisa con las fotos. Me temo que la cámara no resista —se llevó la cámara al rostro, haciéndola chocar con fuerza contra sus gafas. ¡Magnífico!, se dijo. Un ojo morado. Ignorando las estrellas que lo rodeaban, tomó un par de fotos, confiando en que al menos su imagen pareciera la de un profesional.

Kate, pensó, enfocando la cámara al escenario, debía tener una gran imaginación si visualizaba lo que había sido aquello en mil novecientos trece. En ese momento, parecía que el lugar acababa de ser bombardeado. El muro de la izquierda era un montón de tabiques rotos. El de detrás de ellos recibía una recubierta de yeso. Casi toda el área había sido vaciada, y excepto por el enorme arco del proscenio y el escenario, el lugar más parecía una bodega abandonada que un teatro. Dos niveles de galerías fantasmales, en vías de reparación, rodeaban la parte de atrás del salón. Kate señaló unas estructuras pegadas a los muros junto al escenario.

—Eso alguna vez fue la zona de los palcos. Para nuestra fortuna, contamos con una serie de fotos de la noche del estreno, así que podremos repararlos a la perfección. Eso será lo único que podremos restaurar. No contamos con más material original. Pero la situación es diferente allá arriba. ¿Sabes mucho acerca del Royal?

—Nada en absoluto —era mejor actuar como un ignorante que volver a cometer un error, se dijo Bill—. Este proyecto me fue asignado a última hora. No tuve tiempo de prepararme antes.

—Te espera una sorpresa, entonces. El Royal es un teatro peculiar. Hay otro teatro encima de este… siete pisos arriba. El de abajo era para el público en general. El de arriba, el Grande Promenade, era mucho más elegante, pero solo permaneció en funcionamiento durante quince años. Durante la Depresión, la gente apenas podía pagar para asistir a las funciones más baratas. El Grande Promenade ha permanecido intacto desde mil novecientos treinta. Ése podremos restaurarlo hasta el último detalle.

Bill sonrió ante el entusiasmo de Kate por su trabajo. Ella correspondió al gesto, recordándole lo sensuales que eran sus labios. Bill se volvió a repetir que debía concentrarse en su labor de investigación.

—Vamos —continuó Kate—, te llevaré al templo sagrado —abordaron un pequeño ascensor de servicio. Ante la expresión de

desconfianza de Bill al ver la estructura de metal, rio abiertamente.

—Lo lamento, Bill, sé que te sentirás como en una jaula, pero es el único medio de transporte por el momento, a menos que quieras usar la escalera.

—¿Siete pisos, dijiste? Creo que si tú estás dispuesta a arriesgarte en esto, yo también lo haré —el viejo ascensor rechinaba en protesta al iniciar la marcha. Kate lo detuvo al fin y deslizó una pequeña reja de hierro. Bill la siguió por un corredor hasta el vestíbulo del teatro superior y la joven se detuvo para observar su reacción.

Bill permaneció inmóvil, absorbiendo la magnificencia del Promenade, hecho a semejanza del paseo de la ciudad de Bathen en el siglo dieciocho. Las fachadas coloniales de la ciudad fueron duplicadas con una intrincada combinación de molduras arquitectónicas y murales pintados. Enormes sauces llorones que caían sobre los arcos, completaban la magia.

—Es increíble —murmuró él, al fin.

—¿Quieres que encienda todas las luces para que puedas hacer fotos? —preguntó Kate, complacida de haberlo llevado.

—Gracias —Bill miró uno de los indicadores de la cámara—. Debí traer más carretes—. Soy más escritor que fotógrafo y confieso que nunca esperé encontrar algo como esto.

Kate esperó mientras Bill iba de aquí para allá, sacando fotos y tocando algún detalle en especial. El verlo explorar era un placer, como si ella visitara el lugar por primera vez. Se inclinó hacia delante para estudiar un mural y la luz le dio en la cara. Kate le observaba en silencio. No solo era agradable su compañía, sino que se trataba de un hombre atractivo. El gusto de su padre mejoraba.

—Me he quedado sin carrete —comentó Bill, poco después, y se volvió hacia ella.

—Me temo que también es el final del recorrido —agregó ella, consciente de cuánto disfrutaba de estar en su compañía y lamentando que su visita llegara a su término. Nunca lo admitiría ante su padre, pero él tenía razón. El pasar el rato con Bill fue un descanso más que agradable—. Al menos que quieras ver la conejera de arriba —se escuchó decir—. Pero en realidad eso no forma parte del proyecto de restauración.

No debió hablar de ello. Tenía que librarse de Bill Sutherland y volver al trabajo. Además, la conejera podría ser una curiosidad interesante, pero distaba de ser su lugar favorito.

—¿Conejera? —repitió Bill, interesado.

Kate asintió, preguntándose cuándo aprendería a pensar antes de hablar.

—Hay una extraña buhardilla. Es un espacio que no será necesario… apenas si lo tocaremos en nuestra labor de restauración. Su distribución es un tanto extraña. Es una serie de añadidos: vestidores adicionales, armarios de almacenamiento… un desorden.

—Vayamos. Has despertado mi curiosidad.

Kate abrió camino por un corredor que llevaba a una puerta que franqueaba el paso hacia una diminuta escalera. Como siempre, estaba atascada por la herrumbre de los años. Kate trató de abrirla infructuosamente.

—Permíteme —Bill asió el picaporte, empujando con fuerza. La puerta apenas se movió. Tuvo que hacerlo con el hombro y al fin cedió con un fuerte rechinar de bisagras—. Parece un nido de fantasmas —sonrió Bill.

—Lo es —las palabras escaparon de los labios de Kate antes de que pudiera reprimirlas y rio nerviosa, esperando que Bill las interpretara como una broma.

—¿Crees en los fantasmas? —Bill la miraba con escepticismo.

—Soy irlandesa —comentó ella, encogiéndose de hombros y sintiéndose tonta al asomarse por la puerta a la oscura escalera.

—¿De verdad? —una exagerada expresión de sorpresa apareció en el rostro de Bill—. ¡Me engañaste por un momento! ¡Con un apellido como Ballantyne y un padre que se llama Sean, pensé que eras de origen griego!

—Me refería a que a la mayoría de los niños les llenan la cabeza con Santa Claus y sus venados —rio Kate—. Yo crecí creyendo en los duendes con sus ollas llenas de oro, el poder mágico de la piedra Blarney y la existencia de hadas y fantasmas. Por supuesto, ya no creo en eso. Al menos, ya no tanto. La historia de que este teatro está encantado, es una excepción.

—Me gustaría saber de qué se trata… daría más sabor a mi artículo.

—Bien, parece que la noche del estreno de la representación, uno de los actores secundarios desapareció. Se dijo que tenía relaciones con la actriz principal y que su marido, el actor del papel más importante, lo asesinó con un martillo. Según la historia, el cuerpo de la víctima está escondido en algún lugar del teatro y su

espíritu ronda el edificio, martillo en mano, buscando a su asesino.

—Y tú esperas que el fantasma aparezca en cualquier momento —le indicó Bill, sonriendo.

—¡No soy la única! Cuando iniciamos este proyecto, la mitad de los obreros buscaban por todas partes un cuerpo, o un fantasma. Han hecho tantas bromas, que si el fantasma hace su aparición de verdad, nadie le hará caso. Pero espera a ver la buhardilla. Si hubiera un fantasma, ese sería su refugio ideal.

Kate cruzó el umbral, se acercó a la escalera y después de quitar una telaraña, manipuló un interruptor de luz. Nada.

—Las luces no funcionan, ten cuidado —anunció a Bill. Inició el ascenso, alegrándose de no sufrir de claustrofobia y de no estar sola. Los escalones rechinaban a cada paso que daban.

El ambiente era pesado, pero de la parte inferior entraba una brisa fresca. Al llegar arriba, una luz gris se filtraba por una ventana sucia. Kate volvió a mover el interruptor de la luz sin resultados. Se alegró de que Bill estuviera con ella.

—Alguien debe haber cortado la corriente —comentó—. La instalación eléctrica tiene que pasar una rigurosa inspección para superar las pruebas de seguridad. ¿Todavía quieres seguir adelante?

—Si no te molesta. Echemos un vistazo rápido para determinar si hay tema para alguna foto interesante y regresaré después.

Kate emprendió la marcha sin decir nada. Considerando que unos minutos antes no quería tener nada que ver con Sutherland, el que le agradara la idea de que regresara, la sorprendía. Dio vuelta en uno de los corredores laterales, que estaba más oscuro que el principal.

—Parece que no somos los únicos que han venido a explorar —comentó Bill, señalando los restos del almuerzo de alguien.

—No, apuesto a que no hay un obrero que no haya subido en un momento u otro. Sienten una extraña fascinación… —se detuvo de pronto al oír un leve ruido.

Bill chocó contra ella por la espalda, impulsándola hacia delante. En un movimiento instintivo, la cogió del brazo y la acercó a él, para sostenerla. Por un instante, el cuerpo de Kate se apretó contra el suyo, despertando un deseo inmediato. Luego ella se apartó lo suficiente para que no se tocaran.

—¿Has oído eso? —murmuró Kate.

Bill negó con la cabeza, esforzándose por escuchar. El ruido volvió a producirse y Kate volvió a salvar los centímetros que los separaban. En esa ocasión no rechazó el contacto. Se reclinó sobre él con suavidad. Titubeaba, Bill la cogió del brazo de nuevo, alegrándose de la presencia de los roedores.

—No es nada, Kate, solo un ratón.

—Supongo que sí —la chica dejó escapar una risa nerviosa—. Necesito cerca a alguien como tú con más frecuencia. Es tonto, pero los ruidos que no logro identificar me ponen nerviosa. Eso es algo más que atribuir a los padres irlandeses, siempre llenando las cabezas de sus hijos con cuentos de fantasmas por las noches, si bien en este caso se trata de sombras, no de la noche.

Bill sonrió, más por el hecho de que Kate dijera que le necesitaba que por su relato. Tal vez pudiera mezclar un poco el placer con el negocio. ¿Por qué no? Nada le impedía volver a ver a Kate. De hecho, lo lógico era hacerlo, a menos que averiguara lo que quería antes. Sonrió de nuevo. Su labor parecía tener bonos adicionales.

—Te diré algo —sugirió—: Salgamos de aquí y veré esta sección en otra visita, cuando cuente con luz suficiente para ver lo que producen los ruidos.

Kate emprendió la marcha hacia el corredor principal a paso rápido, esperando que los ratones estuvieran tan ávidos de evitar contactos con extraños como ella. Casi había logrado convencerse de que era una tontería de su padre, cuando un sonido atronador rompió el silencio.

Dio un salto, llevándose la mano al cuello en un movimiento reflejo. Oyó que Bill respiraba profundamente a sus espaldas. La cogió de los hombros para acercarla a su pecho y permanecieron inmóviles, conteniendo la respiración mientras el eco resonaba en las paredes del lugar abandonado. El ruido disminuyó hasta que Kate solo escuchó el violento latir de su corazón.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró Kate, sin poder identificar el ruido.

—No estoy seguro. Me pareció que algo caía al suelo. Sigamos.

Apresurada, Kate continuó el camino hacia la escalera y lo descubrió completamente oscuro.

—Creo que hemos resuelto el misterio —comentó Bill—. La corriente de aire debió cerrar la puerta. ¿Quieres que baje primero, o me quedo detrás para proteger la retaguardia?

Kate deseó que fueran dos sus acompañantes. No quería encabezar la marcha y tampoco quería ser la última.

—Iré delante.

Tocando los dos muros con las palmas de las manos, inició el descenso por los crujientes escalones.

—No creo que en este momento sea apropiada mi imitación del aullido de un fantasma —murmuró Bill, a su espalda.

—¡No a menos que quieras que te arresten por provocar un ataque cardíaco!

Kate bajó un escalón más y advirtió un poco de luz que se filtraba por debajo de la puerta, al pie de la escalera. Conforme sus ojos se acostumbraron a la poca luz, su respiración empezó a normalizarse.

Faltaban solo unos escalones cuando la puerta se sacudió con violencia. Kate se acercó a Bill y él la rodeó con los brazos para protegerla. Un segundo golpe lanzó la puerta contra el muro.

La luz invadió la escalera cegándola un momento y cuando logró ver, empezaron a temblarle las piernas. Una figura oscura se delineaba en el marco de la puerta, iluminado por atrás desde afuera. Su corazón se detuvo. ¡La figura blandía un martillo y amenazaba con golpearla!

—¿Qué diablos?… —Bill la apartó hacia la izquierda y pasó deprisa junto a ella, escaleras abajo.

A Kate se le doblaron las rodillas. Tuvo que apoyarse en la pared para no caerse, apenas percatándose de que Bill se arrojaba contra la figura de la puerta, impulsándola contra la pared, al otro extremo del pasillo. El golpe del cuerpo contra el muro la obligó a reaccionar. El martillo cayó al suelo y se escuchó una voz profunda y dolorida.

—Señorita Ballantyne… soy yo, Harry. No fue mi intención…

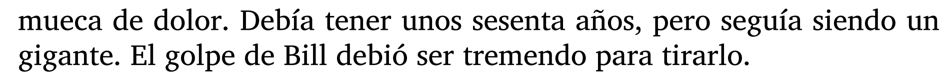
Bill se movió para observar a Kate y que ella pudiera ver la cara del hombre que tenía atrapado contra la pared. Ella se dejó caer sentada en el escalón, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Está bien Bill, puedes soltarlo —logró murmurar, con voz débil.

—¿Quién es? —preguntó Bill, todavía sosteniendo al hombre por el cuello.

—Es Harry Melnyck, el guarda del Royal.

Bill se retiró y el vigilante se frotó la cabeza calva, con una


mueca de dolor. Debía tener unos sesenta años, pero seguía siendo un gigante. El golpe de Bill debió ser tremendo para tirarlo.

—¿Qué haces aquí, Harry? —preguntó Kate cuando salió al corredor.

—Alguien dejó una ventana abierta en la buhardilla. No pude cerrarla y como sé que pronto empezará a nevar, bajé a por un martillo para cerrarla. Cuando empujé la puerta para abrirla, no sabía que había alguien aquí. Debió ser un buen jugador de rugby —agregó, en dirección a Bill.

—Lo lamento, Harry —murmuró Sutherland, avergonzado—. ¿Estás bien?

—He estado en peores condiciones —se tocó las costillas—. Sin embargo, es la primera vez que alguien trata de romperme las costillas con una cámara fotográfica. No creo que haya salido muy bien librada.

—Al menos está asegurada —afirmó Bill.

—Quisiera poder decir lo mismo respecto a mí —murmuró Harry, levantando el martillo—. Creo que iré a ocuparme de esa ventana, señorita Ballantyne.

—Ese hombre es tan fuerte como un roble. Me parece recordarlo de cuando aparecía en los programas de televisión de lucha libre.

—Reconozco que parece un tipo rudo, pero en realidad es un gatito —sonrió Kate.

—¡Vaya gatito! Me aterrorizó. Cuando la puerta se sacudió, estaba más que dispuesto a aceptar tu historia del fantasma del Royal.

—Pues no fuiste el único asustado —admitió Kate—. ¿Por qué no bajamos? No hay noticias de que los fantasmas ronden la planta principal… al menos no de día. Harry ha sido el vigilante del teatro desde que era joven —agregó Kate, mientras bajaban—. Empezó a trabajar cuando terminó la Segunda Guerra Mundial. Conoce el edificio al derecho y al revés. Nos ha ayudado mucho con la restauración.

Bill asintió, pensando en cuál debía ser su siguiente movimiento. Hasta ese momento no había logrado nada en su cometido. Tal vez debía ignorar la insistencia de Clive en la farsa de capa y espada y decir la verdad a Kate. Tal vez ella se sincerara con él, pero quizá no. Se presentó ante ella con un engaño y era probable que la joven no le aceptara. Además, si su hermana tuviera algo que ver en los negocios turbios de Tessier y Kate lo supiera, no estaría interesada en hablar

con nadie de Tricia.

No, sería mejor continuar con el juego un poco más. Frunció el ceño al recordar la expresión de Kate cuando tuvo que reconocer que tenía una hermana. ¿Cómo se las arreglaría para llevar la charla al tema que él quería?

No lo lograría en ese momento. Tendría que volver a verla, pero no podría mantener la excusa del artículo mucho más. Si continuaba con las preguntas acerca del Royal, tendría material suficiente, no para un artículo, sino para un libro. Debía llevar su relación con ella en un plano diferente.

Le invadió un sentimiento de culpa por utilizar a Kate y trató de borrarlo, diciéndose que en realidad no estaba haciendo eso. La chica le gustaba y él parecía agradarle a ella. Si se hubieran conocido en circunstancias diferentes, la invitaría a salir. Si volviera a verla en otro ambiente, no estaría utilizándola… Bueno, tal vez sí, pero no podía evitarlo. Llegaron a la entrada del teatro y Kate preguntó:

—¿Crees que dispones de lo necesario para tu artículo?

—Más que suficiente. Agradezco mucho el que me dedicaras tu tiempo, Kate. Ya no es hora de comer, pero, ¿qué te parece si cenamos esta noche? Es lo menos que puedo hacer para corresponder a tus atenciones.

—Espero una llamada telefónica importante —le indicó Kate, después de un titubeo—. No puedo estar fuera de casa hasta muy tarde.

Bill le sonrió y eso la hizo alegrarse de haber caído en la tentación.

—El llevarte a casa temprano no será problema, Kate. Pasaré a buscarte a las siete y regresaremos antes de las diez. ¿Dónde vives?

—Temo parecerte una adicta al trabajo, pero prácticamente he vivido aquí los últimos meses. Si no fuera por el fantasma, tal vez me mudaría hasta el final del proyecto. Además, tengo muchas cosas que terminar hoy. ¿Por qué no vienes a por mí aquí? Así podré trabajar hasta entonces.

—No lo tomes como un insulto, tu aspecto es maravilloso tal como estás, pero no pensaba llevarte a cenar hamburguesas.

—¡Nunca pensé avergonzarte! Con frecuencia tengo que ir a alguna parte desde aquí, por lo que tengo a mi alcance un pequeño guardarropa. Hay duchas que funcionan y podré quitarme el polvo de la cara.

—Toma —le indicó Bill, riéndose, al entregarle el casco de seguridad de Paul—. Tu arquitecto puede necesitarlo… Hasta las siete, entonces. Será un placer salir a cenar contigo, Kate.

—Para mí también —Kate le vio partir, estremeciéndose un poco. El frío viento de enero provocaba vaho en su respiración, pero permaneció en la puerta hasta que Bill se perdió entre la multitud. Por primera vez no se quejó de la afición de su padre a jugar al casamentero. El volver a reunirse esa noche con Bill Sutherland, sería motivo de una agradable espera.

Capítulo 2

Kate regresó a su oficina y su sonrisa desapareció al ver la expresión ausente de su padre, con la barbilla apoyada en las manos. Parecía cansado… y viejo. Tragó para asegurarse de que su voz sonaría normal al hablarle.

—Un centavo por tus pensamientos —le indicó, asomando la cabeza por la puerta.

—Ni eso valen —comentó—. Prometimos no preocuparnos y me has pillado haciéndolo. Supongo que no has sabido nada de Tricia.

—Recuerda que se fueron el sábado —Kate entró en la oficina y cerró la puerta—. Es probable que llame esta noche y te avisaré en el momento en que lo haga. Estoy segura de que se encuentra bien.

—Quisiera poder creerte, Kate —la chica pensó lo mismo—. ¡Maldición! Es culpa mía. No debí permitir la entrada de Tessier en mi casa, y menos que Tricia saliera con él.

Kate reprimió el comentario de que hacía muchos años que Sean no ejercía ninguna influencia en la vida de Tricia y en la elección de sus amistades. En ese momento, el silencio era mejor.

—Kate, ese hombre solo debe tener diez o quince años menos que yo. ¡Podría ser el padre de Tricia!

—Creo que exageras un poco. Escucha, papá, sabes que la situación me disgusta tanto como a ti, pero Tricia ya no es una niña.

—¡Es mi niña!

—Solo la consideras así. Ya tiene veinte años. A su edad, yo ya llevaba un año en la Universidad. Tenía mi propio apartamento y vivía sola.

—Tú eras una chica prudente —insistió Sean, sin querer atender a razones—. Lo eres ahora y lo eras entonces. Nunca te irías con un hombre sin los sagrados lazos del matrimonio. Pero Tricia es voluntariosa y terca. Ese individuo no significa más que problemas. Tricia va a meterse en serios líos… ¡si no lo está ya!

Kate deseó que su padre no expresara en voz alta sus mismos pensamientos.

—Tricia me dijo que me llamaría cuando supiera dónde se quedarían.

—¿Y cuándo ha cumplido su palabra tu hermana pequeña? ¡Deberías conocerla!

—Papá… no te dejes afectar de esa forma. Tricia fue al sur en busca del calor. El que haya ido con Roger Tessier no significa el fin del mundo. Nos llamará y regresará antes de lo que esperamos. Está creciendo, solo que la ha costado un poco más que a mí. No tuvo la misma adolescencia estable que yo… —Kate se detuvo, sorprendida de que a pesar del tiempo transcurrido, el pensar en su madre todavía le provocara lágrimas. Los ojos de Sean lanzaron llamas y Kate se apresuró a agregar—: No me interpretes mal. Conozco el esfuerzo que realizaste por educar a Tricia, pero es difícil para una chica el crecer sin contar con su madre —apretó la mano de su padre y huyó, antes de que las lágrimas la delataran.

Los recuerdos borraron los ocho años transcurridos desde la muerte de su madre. Kate tenía entonces diecinueve años y estaba a punto de partir para Winnipeg. Tricia tenía doce… una niña. A pesar de lo mucho que quería a su padre, sabía que esos años fueron terribles para Tricia, al lado de un Sean Ballantyne lleno de dolor.

«Debiste quedarte en Toronto», le dijo una voz interior.

«Ofrecí hacerlo», respondió en silencio.

«¡No hablabas en serio! ¡Nunca debiste ir a la Universidad, abandonaste a Tricia!»

Kate se mordió el labio para alejar la sensación de culpa. El pensar en el pasado no le ayudaría y tenía la firme intención de ayudar a su hermana en el futuro.

Llegó hasta la puerta entreabierta de Paul y se detuvo al oír voces, no quería interrumpir algo importante. Al reconocer la voz del hermano de Paul, decidió llamar. La conversación entre los hermanos no podría ser importante.

—¡Kate! ¿Cómo estás?

—Muy bien, Fred. ¿Qué haces en Toronto? Sabía que regresarías a Montreal el viernes.

Su atractiva sonrisa y musculoso cuerpo no afectaban a Kate, pero era consciente de que mientras administró el Rackets de Toronto, su actitud le hacía popular entre las asistentes al club.

Se parecía a su hermano mayor y a no dudar, era un buen elemento en el negocio de Tessier. Tal vez ella era de las pocas mujeres que no se dejaban impresionar por los adeptos al culturismo.

—El gran jefe me necesitó aquí, por lo que regresé. Roger-

Dodger me llamó y ordenó que dejara a mi ayudante al frente de la oficina unas semanas más y volviera mientras Charlie está de vacaciones. Llegué el sábado. Roger se iba a hacer cargo de las operaciones aquí en Toronto, pero decidió ir en busca del astro rey. La idea no me desagrada. Extrañé a mis amigos cuando estuve en Montreal. Todavía no tenemos allí una clientela regular. Eso nos llevará de seis meses a un año. No sabía que Tricia hubiera acompañado a Roger-Dodger. Paul acaba de informarme.

—Solo vine a traerte esto —comentó Kate, molesta con Paul y fastidiada por el incesante parloteo de Fred, dejando caer el casco de seguridad sobre el escritorio—. No os distraeré más.

—Bueno… Fred estaba a punto de marcharse —le indicó Paul—. Te acompañaré a tu oficina. Fred solo vino a verme para ver si puedo darle hospedaje —Paul la siguió, antes que Kate pudiera escapar—. Escucha, le informé para que no comente nada de lo de Tricia y Tessier en el club. Ya le conoces, nunca piensa antes de hablar.

—Está bien —rio Kate, olvidando su enfado—. Tú tienes el cerebro y él los músculos.

Paul le lanzó una mirada dolida que la hizo sentirse culpable. Fred no contaba con sus simpatías, pero Paul sí. No debía hacer comentarios sarcásticos sobre su hermano. Paul ya tenía bastantes preocupaciones con Fred, pensando que siempre estaba al borde de una catástrofe.

—Solo bromeaba —agregó Kate—. Sé que Fred no es tonto. Siempre administró bien el Rackets.

—Supongo que sí —Paul se encogió de hombros con tristeza—. Solo que no es el trabajo que deseaba para él. Habría sido un buen jugador profesional de rugby si no se hubiera metido en aquel lío en la universidad. En realidad, deberíamos alegrarnos de que solo le expulsaran y de que la policía no presentara cargos en su contra cuando vendió ese partido… Nunca esperé que terminara haciendo pesas y diciendo cosas bonitas a las mujeres.

—Eres injusto, Paul. No es lo único que Fred hace en club. Administra el negocio y no lo hace mal. ¿Recuerdas lo preocupado que estabas cuando empezó a trabajar para Tessier? No obstante, ha conseguido no meterse en líos. Además, parece haber dejado atrás las fantasías de hacerse rico de la noche a la mañana. Tal vez no le damos el margen de confianza que se merece. Sabes que hasta trata de ampliar sus intereses. Cuando nos visitó la semana pasada, manifestó un gran interés por lo que hacemos en el Royal. Hace un año no nos habría visitado, y mucho menos, hubiera investigado por su cuenta.

—Quizá tengas razón, Katie —le indicó Paul con una sonrisa.

—¡No empieces con eso! Los diminutivos no son una de las cualidades que aprecie en tu hermano. Me extraña que no te llame Pauly.

—Lo intentó en una ocasión —rio Paul—. Para mi fortuna, él tenía diez años y yo trece. Le di una tunda y ése fue el final. Lo considero como un excelente ejemplo de refuerzos negativos.

Bill llegó al Royal Grand. Antes de detenerse por completo, la puerta se abrió y apareció Kate, o al menos pensaba que era ella, si bien en nada se parecía a la mujer que dejó unas horas antes. Echó el freno de mano y bajó para recibirla.

Ella se detuvo a cerrar la puerta del teatro con llave y le lanzó una brillante sonrisa que le garantizó que era Kate, aunque su sonrisa fue lo único que él reconoció. Vestía un abrigo blanco de lana. Mediante la magia de unas peinetas, su cabello estaba recogido en un moño. El peinado y los tacones le daban un aspecto muy elegante.

Observó el calzado, divertido. Dos sandalias de tacones altísimos que se mantenían en su sitio por dos pequeñas tiras negras… y poco más. La que se atreviera a desafiar el invierno en Toronto con ellas debía estar loca.

—Tus botas de trabajo serían mejor que eso, Kate. Empezará a nevar en cualquier momento.

—Los pies congelados son el precio que hay que pagar para estar a la moda —Kate le hizo una mueca—. Además, si de verdad empieza a nevar, espero que serás lo bastante galante como para llevarme en tus brazos.

—No debes llegar a esas conclusiones, pueden meterte en problemas —rio Bill—, incluyendo el dejarte con los pies húmedos y helados. No todos somos descendientes de Sir Walter Raleigh. Espero que tampoco supusieras que vendría a por ti en un Lincoln, o un Cadillac. Sentiría tener que decepcionarte.

Kate volvió la vista a su sucio Jeep Cherokee y Bill lamentó no haberlo llevado a lavar.

—¿Es de doble tracción? —preguntó ella, mientras subía—. Muy bien, si llega a nevar, esto es más seguro que un Lincoln o un Cadillac.

—¡Me asombras! Nunca imaginé que una decoradora de

interiores supiera de los beneficios de diferentes sistemas de transmisión.

—No soy ninguna excepción, la noche de Fin de Año quedamos atascados en el coche de un amigo en la nieve y él pasó más de una hora exaltando las virtudes de la doble tracción. Comprendí que un jeep es más útil que cualquier coche elegante, siempre que el camino sea accidentado.

—Tengo una cabaña cerca de Bobcaygeon y el camino de acceso es verdaderamente difícil.

Riendo, Bill cerró la puerta de Kate y fue a su asiento, preguntándose si a ella le gustaría ver su cabaña. Tal vez cuando su asunto estuviera terminado, tendría la oportunidad de llevarla. La idea persistió en su mente mientras iban al restaurante. Cruzaron el distrito de teatros de la calle King, casi hasta Spadina, antes de que encontrara un pequeño espacio para aparcar el coche.

—¿Has estado en el Julien alguna vez? —inquirió Bill, al ayudar a Kate a bajar del coche.

—No, ni siquiera sabía que hubiera un restaurante por aquí.

—Te gustará. Tiene una de las mejores cocinas francesas de la ciudad —ya en el interior, la ayudó a quitarse el abrigo y se dejaron llevar a una mesa apartada del pequeño restaurante.

—Bonito lugar —comentó Kate con una sonrisa de agrado, contemplando la enorme chimenea de piedra que despedía un calor agradable.

¡Esa sonrisa de Kate era contagiosa!, pensó Bill. Y su aspecto era fantástico. El invitarla a cenar fue una idea magnífica, averiguara algo de ella sobre su hermana, o no. Su vestido de seda negro era sencillo. Un delicado colgante descansaba sobre su piel cremosa. Al observarlo con cuidado, Bill se quedó paralizado, apreciando el conglomerado de ópalos rodeados de flores y hojas esmaltadas en azul. El colgante era sostenido por una fina cadena de oro. La pieza hacía juego con los pendientes que brillaban en sus orejas, semiocultos por los rizos negros. Su larga experiencia en el negocio le hizo identificar las joyas como *demi-parure*, victorianas, de mediados del siglo diecinueve.

Un camarero interrumpió los pensamientos de Bill al llegar con la carta. Mientras Kate elegía, volvió a estudiar el pendiente. Uno de los robos de joyas recientes en Montreal proporcionó al ladrón una colección de piezas victorianas. Nada comparable con las piezas de Xenia Cassidy, pero fue obra del mismo delincuente, su forma de operar era la misma.

Y Roger Tessier era el principal sospechoso de la policía de Montreal. Tessier abrió la sucursal de su Rackets Club en esa ciudad poco antes de que se iniciaran los hurtos. Roger Tessier viajaba con frecuencia entre Montreal y Toronto, lugares donde las joyas robadas empezaban a aparecer.

¿Qué tenía que ver eso con el que Kate luciera una fina pieza de joyería victoriana?, se preguntó Bill. Tal vez nada, pero, ¿y si había alguna relación? ¿Estaría equivocado respecto a Kate Ballantyne? ¿Formaría parte de las operaciones de Tessier? Operando en ambas ciudades, el hombre podría tener contactos en los dos sitios y Kate podría ser uno de ellos. Después de todo, su hermana huyó con el sospechoso.

No. No era posible que hubiera mal interpretado a Kate. Seguro que su imaginación de investigador trabajaba más de la cuenta. Además, no sería tan tonta como para usar joyas robadas. Era absurdo. ¿De verdad pensaba que tenía algo que ver con Roger Tessier? ¿Ella y su hermana? ¿Qué? ¿Un *ménage á trois* criminal? Pero si ella y…

—¿Señor Sutherland? —la voz de Kate le sacó de su pensamientos. Levantó la vista y se enfrentó a los ojos gris-verde que le observaban con detenimiento—. Señor Sutherland, ¿suele mirar así el pecho de las mujeres? Mi figura no es tan extraordinaria.

El brillo de los ojos de la chica le dijo que bromeaba, pero Bill se ruborizó, avergonzado. «Muy bonito, Sutherland», se dijo, «eres tan sutil como el fisgón que es sorprendido asomándose a la ventana a pleno día».

Kate le observaba, divertida por su incomodidad. Bill sacudió la cabeza, buscando una explicación lógica acerca de dónde había podido obtener ella esas joyas. Tal vez pertenecieron a su familia durante años. Trató de sonreír.

—Sin menospreciar tu figura, Kate, observaba el colgante. Es precioso. ¿Herencia familiar?

—No, acabo de adquirirlo.

—Es muy bonito —murmuró. Kate, más su hermana, más Tessier, más el *demi-parure*. No le agradaba la forma en que encajaban las piezas. Y no podría creer que fuera cierto. Tal vez era que no quería aceptarlo. Advirtió que el camarero se acercaba con el vino que había pedido y se alegró de la inminente interrupción.

—Ese colgante es fascinante, Kate —comentó cuando el camarero se alejó con sus órdenes—. Es Victoriano, ¿verdad?

—¿Te interesa la joyería?

Kate estaba sorprendida. Los hombres que se interesan en decoración de interiores y en las bellas artes, no eran tan varoniles como Bill Sutherland, por regla general.

—Un poco —aceptó él y repitió su pregunta—. Es Victoriano, ¿verdad?

—Supongo que sí. No sé mucho de joyas.

—¿En dónde lo obtuviste?

Kate observó a Bill, intrigada. Su aspecto, reclinado en su asiento, era despreocupado, aunque la intensidad de su voz le indicaba que su curiosidad era extrema.

—Fue un obsequio —le observaba con cuidado, pero su expresión era inescrutable.

—Es una pieza costosa —había un tono interrogante en la declaración de Bill mientras Kate jugaba con el colgante entre sus dedos. Su carácter inquisitivo la inquietaba.

—Quizá un poco, pero no creo que fuera algo exagerado. Entiendo que las piezas adquiridas en lote no son muy caras.

—Joyas en lote. ¿Fue en una subasta?

Kate hizo una pausa antes de responder, preguntándose si la conversación era tan extraña como parecía.

—Bill… tal vez te parezca tonto, pero tengo la sensación de que me sometes a un interrogatorio. ¿Hay algo en particular que le interese del colgante?

—Lo hay —reconoció avergonzado—. Trato de averiguar quién siente tanto afecto por ti que te regala joyas como ésta… Quiero saber con quién tengo que competir.

Una ola de excitación la invadió. ¡Bill sentía tanta atracción por ella, como ella por él! ¡Magnífico! Rio, tratando de controlar su alegría.

—Pudiste hacerme la pregunta directamente.

—Me parece bien, Kate, ¿quién te regaló el colgante y qué tan seria es tu relación con él?

—Debería darte vergüenza. Hace unos minutos me reprochabas el que saltara a conclusiones y ahora tú haces lo mismo. Ese «él» es mi padre. Me regaló estas piezas la Navidad pasada. Según dice, se parecen a unas joyas que pertenecieron a su madre.

—Ya comprendo… tu padre —Bill se obligó a sonreír, recriminándose sus pensamientos. Claro que Kate no era una delincuente. Era … maravillosa. Si quería que su relación con ellas continuara cuando terminara con la investigación, tendría que tener cuidado con sus indagaciones.

No, debía ser más que cuidadoso. Kate no era tonta. Tarde o temprano averiguaría quién era él y cuanto menos recordara sus intentos por sacarle información, mejor.

—Tu padre —repitió, dándose tiempo para que el origen de las piezas se grabara bien en su dura cabeza—. Estaba seguro que las habrías recibido del tipo con quien discutiste las ventajas de la tracción de las cuatro ruedas.

—Nunca. No tenemos por qué intercambiar regalos. Solo coincidió que ninguno de los dos tenía pareja para asistir a una fiesta de Fin de Año. Para mi fortuna, no he vuelto a verle. En realidad es muy aburrido. Después de estar sola con él en su coche durante una hora, atascados en la nieve, habría dado un mes de sueldo para que llegara una grúa a rescatarnos —Bill extendió una mano y cubrió la suya, haciendo que su corazón diera un vuelco.

—Tendrás que hablarme más de ti, Kate, para evitar que vuelva a sacar conclusiones falsas. Sé muy poco de ti, o de tu familia. Ni siquiera sé dónde vives.

—Vivo en Cabbagetown —le informó, sin poder creer que el hombre más atractivo que había conocido en años, estuviera interesado en detalles de su vida personal—. En una pequeña urbanización que mi padre renovó hace unos años para un inversionista. El individuo resultó ser un timador y papá se quedó con una de las casas como pago por su trabajo. La alquila a su diseñadora de interiores favorita a un precio muy razonable.

—¿Y sigues siendo su hija favorita? —preguntó Bill, riendo.

—Discúlpeme —manifestó una voz masculina, interrumpiéndolos. Kate levantó la vista para descubrir a un hombre joven, de corta estatura, que blandía una cámara—. Esta noche estamos haciendo fotografías gratis como recuerdo para los clientes, cortesía de la casa. La foto les será entregada antes de que terminen de cenar. ¿Quiere acercarse un poco más a la señorita, señor?

—¡Qué buena idea!

Bill abandonó su sitio frente a Kate y se sentó a su lado. En un gesto familiar, le pasó un brazo por los hombros.

Kate trató de concentrarse en el fotógrafo, pero el cálido cuerpo

de Bill, junto al suyo, exigía toda su atención.

—Así está bien —el joven fotógrafo sacó una foto—. Una más para mayor seguridad —la cámara de destello volvió a ser disparada —. Regresaré en media hora con su copia.

Bill retiró el brazo y se alejó un poco de Kate. No fue suficiente para que el pulso de la chica se normalizara.

—Así es como debimos sentarnos desde el principio. En Europa nos habrían sentado juntos y no con una mesa de por medio. Aquí nos falta imaginación romántica.

—No estoy segura de ello —comentó Kate. Frente a ella estaba un hombre que no parecía tener carencias de ese tipo—. Creo que el hacer fotos como ésta es un detalle romántico. Nunca lo había visto y mira dónde has terminado tú. Ese fotógrafo podría hacer una fortuna si cobrara por romper el hielo entre las parejas en las fiestas.

—Tienes razón —rio Bill—. Cuando vi al individuo me pareció extraño, en especial aquí en el Julien. Además, la vista es más agradable de este lado de la mesa.

—Europa, parece que has viajado mucho —comentó Kate, ruborizada. La mirada de Bill le indicaba que su interés no estaba en el ambiente del restaurante.

—Así es, pero hablábamos de ti, Kate. Ibas a hablarme de tu padre y tu hermana.

—Bueno, ya conoces a mi padre. Es tal como parece y mi hermana… mi hermana está por decidir lo que quiere hacer de su vida.

—Veo que tengo que hacer cambios en la colocación de los servicios en la mesa —los interrumpió el camarero con marcado acento francés. Colocó los aperitivos en la mesa, lanzó una mirada maliciosa a Bill y cambió sus platos—. *¡Bon appétit!*

Kate terminó su café. Se hacía tarde y era probable que Tricia llamara esa noche. Debían partir, pero no se atrevía a sugerirlo. Además, aún no les habían entregado la fotografía. Esa fue la primera cita más agradable a la que había asistido. Le gustaría tener un recuerdo de ella.

—Fue una cena maravillosa —comentó Kate—, pero parece que el fotógrafo en un poco lento en revelar el carrete.

Bill llamó al camarero y le recordó la de la foto.

—¿Fotografía, *monsieur*…? ¿Un fotógrafo? —el hombre le miraba, extrañado.

—Sí, el tipo que hacía fotos hace un par de horas. Nos informó que eran cortesía de la casa.

—Tal vez no me enteré por lo ocupados que estamos esta noche. Hablaré con el jefe de camareros.

Regresó unos momentos después, acompañado de su superior.

—Lo siento señor —comentó el segundo—. Debe haber una confusión. No estoy enterado de la presencia de un fotógrafo. No tiene ninguna relación con el restaurante.

Kate observó a los camareros. Era evidente que ninguno de los dos sabía lo que pasaba. Volvió la vista a Bill. Él estaba tan sorprendido como ella.

—¿Ni siquiera le vieron? —insistió Bill—. Deambulaba por aquí, sacando fotos.

Kate trató de recordar los movimientos del fotógrafo. En realidad no le había prestado mucha atención en su momento, pero no tenía constancia de que se hubiera detenido en otras mesas. Después de que los fotografió, simplemente desapareció. Además, era evidente que no tenía nada que ver con el negocio. ¿Qué era lo que pretendía? Su ansiedad creció. El hombre sacó su fotografía y se la llevó. ¿Para qué? ¿Qué interés podía tener en ellos? Ella y Bill no eran celebridades. Alguien honrado les habría dicho para qué la quería. La situación era muy extraña.

—Vámonos, Kate.

La chica observó en el rostro de Bill un reflejo de su preocupación. ¿Qué foto quería el fotógrafo, la de Bill… la suya… la de ambos? ¿Por qué?

Las preguntas se repetían una y otra vez en su cerebro mientras esperaban que el motor del coche se calentara. Kate se obligó a guardar silencio en espera de que Bill sacara a colación el tema del fotógrafo. Debía haber una explicación lógica, pero, de ser así, ¿por qué ella no podría encontrarla?

No había mucho tráfico y la nieve era solo una amenaza, pero Bill mantenía la vista fija en el camino. Parecía no pensar en otra cosa y ella estaba ansiosa por preguntarle su opinión sobre el incidente. Al fin cedió.

—Recuerdo haber leído en alguna parte que ciertas tribus africanas consideran la fotografía como un acto de brujería… que mediante ella, el fotógrafo puede robar el alma de las personas.

—También he oído eso —sonrió Bill—, pero espero que no sea una más de tus supersticiones irlandesas.

—¡Por supuesto que no!, pero el incidente de esta noche me parece muy extraño.

—Quizá el individuo se percató de que estaba en el sitio equivocado y se marchó.

Kate analizó la respuesta. La parecía razonable, pero el Julien no estaba en el distrito de los restaurantes. El fotógrafo debería ser un tonto de capirote si cometió un error como ése. No obstante, el incidente no merecía más atención. Estaba segura de que su alma se encontraba a salvo. Era su corazón el que podría estar en peligro, se dijo, observando el perfil de Bill mientras él conducía.

Llegaron a la calle donde se hallaba su casa y Kate la señaló. Las farolas antiguas brillaban, dándoles la bienvenida.

—El número correspondiente a mi casa, es el número once.

—¿Tu padre hizo esta restauración? ¡Es fantástica! Apuesto a que está mejor que cuando erigieron el lugar. ¿Cuándo construyeron las casas?

—A principios de siglo y sí, quedaron mejor. Las farolas imitando las de gas y los visillos de las ventanas no estaban en el proyecto original. Estaban destinadas a la clase trabajadora y sufrieron fuertes deterioros en el devenir de los años. Hasta la década de los setenta no se inició la restauración, pero ya que trabajas para Interiores, debes saberlo.

Bill detuvo el Jepp frente a la verja de hierro forjado que separaba el pequeño jardín de la calle.

—No es original, ¿verdad? —preguntó él.

—No. La reja auténtica estaba demasiado oxidada cuando se hizo la renovación, pero es bastante fiel al original. Las vallas debían ser lo bastante resistentes para mantener fuera a los cerdos. Parece que las coles son una delicia para ellos.

—Supongo que ya nadie cultiva coles en Cabbagetown, ¿o sí?

—No que yo sepa. Uno de los vecinos sembró algunas con fines ornamentales, pero eso es todo. Muchos de los patios fueron cubiertos de losas para guardar coches y los residentes adquieren las coles que

necesitan en la tienda de la esquina. Dado que yo no tengo coche, mi jardín es uno de los pocos que quedan como zonas verdes.

—Ya que no ha nevado, no tendré que llevarte en brazos hasta la puerta —comentó Bill, al ayudarla a bajar del vehículo.

—¡Salvado por la meteorología!

—No lo creo —Bill la cogió de la mano y sin soltarla, abrió la verja de hierro—. Hubiera sido divertido.

Kate bajó la vista, advirtiéndose que debería tener cuidado. Su organismo revelaba señales extraordinarias como respuesta al contacto con Bill. Se recordó que esperaba la llamada de Tricia esa noche y tendría que mantener a Bill a raya. Cada vez le era más difícil recordarlo. Cuando la miraba a los ojos, su corazón latía alocado. Se detuvieron frente a la puerta.

—Bueno, gracias por la cena. Fue una velada muy agradable —se soltó de la mano de Bill y abrió la puerta, luchando contra la tentación de invitarle a pasar. Nada le gustaría más, pero si Tricia llamaba, sería una conversación que no le agradaría que escuchara nadie.

Al fin él comprendió que no le invitaría a pasar. «Un fuerte golpe a tu ego, Sutherland», se dijo. La miró incierto, sin saber qué hacer. Durante la velada quedó convencido de que la atracción entre ellos era mutua. ¿Estaba equivocado? Tal vez ella solo aceptó la invitación como correspondencia a sus atenciones en el teatro. ¿Qué haría ahora? No quería estropearlo todo presionándola, pero tampoco quería darse la vuelta y perderse en la noche. Pensaba deprisa, buscando la forma de volver a verla… más que eso… quería alguna señal de que él le agradaba.

—Estaba a punto de olvidarlo, Kate. Esta tarde llevé las fotos a revelar y se han estropeado. Parece que la cámara se abrió un poco cuando ataqué a Harry. ¿Crees que podría regresar mañana para volver a hacerlas? Lamento causarte molestias.

—No será una molestia —sonrió Kate, feliz—. Disfruté enseñándote el lugar. Es agradable ver el teatro a través de los ojos de otra persona.

—Muy bien, entonces lo haremos mañana. ¿Puedo ir por la tarde para traerte después a casa?

—Claro —manifestó ella, fingiendo despreocupación—. Si por la tarde te viene mejor, me parece bien. Un tranvía lleno de gente nunca ha sido uno de mis lugares favoritos. Casi siempre acabo junto a alguien que comió grandes cantidades de ajo en el almuerzo.

—Que sea así, entonces. Te veré mañana. Prometo no comer ajo en el almuerzo.

Después de una pausa, Bill se acercó y rozó los labios de Kate con los suyos. Se apartó y ella permaneció inmóvil. A pesar del frío de la noche, un calor agradable la invadía.

«Apártate, ¡Kate Ballantyne!», siseaba un voz interior. «Tienes cosas más importantes que hacer en este momento».

¿Más importantes? Los cálidos estremecimientos que el beso inocente de Bill había provocado la hacían dudar que algo pudiera ser más importante. Se obligó a empujar la puerta.

—Hasta mañana, Bill. Yo también prometo no comer ajo en el almuerzo.

Kate cerró la puerta y se apoyó en ella, resistiendo el impulso de abrirla e invitarle a pasar. Miró el teléfono.

—Por favor, Tricia… llámame —murmuró.

Afuera, Bill se metió las manos en los bolsillos y caminó hacia el Jeep, preguntándose qué diablos pasaba dentro de su cabeza. Estaba tan emocionado como un adolescente porque Kate le permitiría llevarla a casa al día siguiente. Kate le gustaba. Le gustaba mucho, pero acababa de conocerla. Le parecía exagerado que sus emociones escaparan a su control. No obstante, cada vez que estaba cerca de ella, caía de bruces. Subió al vehículo y lo puso en marcha, perdido en sus pensamientos. Su control pareció desaparecer desde el momento en que entró en la oficina de Kate esa mañana. Debió actuar con más prudencia con ella ese último instante. No debió besarla y no podría ocultar su reacción. ¡Diablos! Apenas si fue un beso, después de todo y ella no respondió… y sin embargo, se sentía flotar en el aire.

Fue mejor que no le invitara a pasar. Necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos, para calmarse. Si ese beso amistoso le había afectado así, ya podría imaginar cómo reaccionaría si la tomaba entre sus brazos y la besaba en serio. ¿Qué haría a partir de ese momento?

Hasta entonces había tratado de sacarle información sobre su hermana. Estaba seguro de que la chica estaba metida en negocios sucios. Sin embargo, no le agradaba utilizar a Kate. No era la única fuente de información sobre el paradero de Roger Tessier. Y ciertamente no podría involucrarse con ella y seguir adelante… si quería salir bien librado cuando la joven se enterara de la verdad. Cada vez que trataba de averiguar algo de ella, se sentía peor.

Tendría que ser una u otra. Kate la mujer, o Kate la informadora.

Tendría que elegir. Trató de hacerlo, pero solo podía pensar en su hermosa cara a la luz de las farolas, qué agradables y suaves fueron sus labios contra los suyos.

Muy bien. Sería Kate, la mujer. Bill sonrió, Habiendo llegado a esa decisión, se sintió mejor. A partir de ese momento, emplearía otros medios para encontrar a Tessier. Por la mañana empezaría a revisar las listas de pasajeros de líneas regulares y de vuelos privados. Por la tarde, iría al Rackets. No volvería a interrogar a Kate acerca de su hermana. De hecho, cuando la viera, le diría quién era en realidad.

Meditó su decisión, agitando los dedos sobre el volante. Quizá fuera mejor que no le dijera nada todavía. Si lo hiciera, podría comentarlo con su padre y Sean podría hacerlo con cualquiera.

No, tendría que proceder con cautela. Clive Robertson se pondría furioso si Bill se descubría. Debía recordar que tenía una empresa que proteger, que Edinborough Rock era su cliente más importante y que había mucho que perder si molestaba a Clive.

Tendría que conformarse por el momento. No hablaría con Kate, pero tampoco la utilizaría para obtener información acerca de Tricia. Cuando estuviera con Kate, Tricia Ballantyne no existiría para él.

Capítulo 3

Kate golpeaba el lápiz sobre un dibujo sin terminar, observando el teléfono sobre su escritorio. Se obligó a volver su atención al dibujo. Era inútil esperar la llamada. Su hermana nunca se arriesgaría a llamar al Royal, corriendo el riesgo de que fuera su padre quien contestara y le echara una bronca.

No, Tricia no llamaría más que por la noche. Kate frunció el ceño, deseando que su hermana la hubiera llamado la noche anterior, que se pudiera confiar más en su palabra. Hizo algunos trazos adicionales, diciéndose que no debía ser tan crítica. Era probable que el que no se hubiera puesto en contacto no fuese culpa de Tricia. La coincidencia era terrible. Pasó dos días esperando una llamada de su hermana y en lugar de ello, le fue notificado por la compañía de teléfonos que había un fallo en las líneas de su calle.

Bueno, eso quedaría arreglado ese mismo día y Tricia la llamaría. Todo estaría en orden. Oyó el ruido de que algo se rompía y advirtió que había destrozado la punta del lápiz. Eso demostraba lo mucho que confiaba en que todo estaba bien. La situación de su hermana y Tessier la tenía muy alterada.

Rechinó los dientes al pensar en Tricia y Tessier juntos. ¡Maldito Tessier y maldito su club! Deseó no haber sabido nada del hombre o su negocio.

—Inscríbete en el Rackets conmigo —sugirió Paul—. Jugaremos al squash, haremos ejercicio y daremos gusto a Fred —en ese momento le pareció buena idea. Y lo fue hasta que se le ocurrió invitar a Tricia a jugar al squash con ella.

¡Vaya decisión desastrosa! Si no hubiera tratado de interferir en la vida de Tricia, su hermana no habría conocido a Tessier… y no estaría con él en ese momento. Estaba segura de que Tricia fue arrastrada al lío en el que estaba metido Tessier, cualquiera que fuera. Ya había escuchado tantos rumores de sus negocios turbios, que algunos debían ser ciertos. Podría fabricar todas las historias del chico pobre que hacía fortuna, pero no podía ser cierto a la edad de Tessier. No con acciones limpias. Era el único a quien conocía que condujera un Excalibur y tiraba el dinero como si fuese el dueño de la casa de la moneda. Tenía que obtenerlo de alguna parte.

¿Y dónde pasaba el tiempo? En los gimnasios no, sus gerentes se encargaban de todo. Ni siquiera al local de Toronto asistía con regularidad. Tampoco creía que lo hiciera en el de Montreal. Sus

negocios solo eran una fachada legal para cubrir sus actividades ilegales. Fue simple mala suerte el que estuviera en el Rackets la tarde que ella llevó a Tricia. A partir de entonces, Tessier se encargó de las invitaciones.

Debía hacer algo para que su hermana volviera al buen camino. Su padre tenía razón. Tricia se metería en serios problemas si seguía con ese hombre. Maldijo en silencio. No podría hacer nada hasta que Tricia la llamara. El destino estaba en su contra.

Bueno, no por completo, se corrigió, al pensar en Bill. Él era lo mejor que le había ocurrido en mucho tiempo y parecía que él pensaba igual, se dijo con una sonrisa. Cuando llegó un poco antes, hizo evidente que su invitación de llevarla a casa incluía el pasar el resto de la tarde con ella. Tan pronto terminara de hacer sus fotos, irían a su casa para esperar al técnico de la compañía telefónica.

—Hola.

—Hola —respondió, levantando la cabeza al escuchar la voz de Bill—. ¿Ya has terminado?

—Creo que sí —palmeó su cámara—. Pero será mejor que nos vayamos antes de que me tope con un fantasma, o peor aún, con Harry Melnyck.

—Dudo que Harry vuelva a atacar —rio Kate—, pero debemos irnos. El técnico estará en mi casa entre las cuatro y las cinco de la tarde.

Kate cerró la puerta y se volvió hacia Bill. Observaba el interior de su casa con aparente agrado.

—Bonito… muy bonito —comentó él—. Una persona de tu buen gusto, debería dedicarse a la decoración de interiores —bromeó—. Si dejaras las construcciones, podrías olvidarte de esas horribles botas.

—¡Ya empiezas a preocuparme, Bill! Es la segunda vez en dos días que te quejas de mi calzado. Con las botas, al menos no necesito de la ayuda de Raleigh para saltar los montones de nieve.

—Sigo pensando que debes tener algo intermedio entre punteras de acero y zapatos sin punteras. Pero me esforzaré por no mirarte los pies de ahora en adelante. Y de verdad me agrada lo que hiciste con tu casa. Es difícil dar calor a una renovación tan moderna. ¿Tienes el mismo concepto modernista en la planta alta?

—No.

Kate hizo una pausa, consciente de que Bill pedía un recorrido completo. En circunstancias normales, no dudaría en mostrar su casa a quien manifestara interés, pero le molestaba el llevar a Bill a conocer su dormitorio.

—No —repitió—, la planta superior consiste en los tres dormitorios acostumbrados. Mi padre tenía el comprador en mente cuando hacía renovaciones de casas. Es probable que una pareja acepte un área abierta en la parte inferior de su casa, pero no tolerará ideas de vanguardia, como compartir un solo dormitorio con dos o tres hijos. ¿Por qué no te quitas la chaqueta? —preguntó, por cambiar de tema—. Iré a preparar café.

Bill se quitó la chaqueta y dejó la cámara en una mesa, mientras la miraba cruzar el medio muro hacia la cocina. Ella seguía observando el teléfono. Bill estaba seguro de que la llamada que esperaba la noche anterior y que no recibió, era de su hermana. Se recordó que había decidido no pensar en Roger Tessier y en Tricia Ballantyne el resto del día. No hablaría con Kate de su hermana por ningún motivo. Una llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos.

—¿Quieres abrir, por favor? —le pidió Kate—. Debe ser el de la compañía telefónica.

Bill abrió la puerta al técnico. Vestía una chaqueta negra de cuero, que llevaba abierta para revelar una camisa de cuadros, también desabrochada, dejando ver un pecho casi sin vello. Bill reprimió una sonrisa por la actitud exagerada del joven, alegrándose de haber pasado por esa etapa hacía años. El joven terminaría con una pulmonía antes de que finalizara el mes de enero.

—Soy de Bell Canada —anunció el chico, palmeando el estuche de herramientas colgado de su cintura—. Quisiera ver la instalación de líneas del sótano.

—La puerta está al final del pasillo —anunció Kate, desde la cocina.

Bill observó al joven hasta que desapareció por la escalera. Había algo en él que le resultaba conocido. ¿Qué era? No logró identificarlo y pensó que solo era su imaginación.

—Listo —comentó el chico cuando regresó—. Solo era necesario hacer un pequeño ajuste. Ya no deben tener más problemas.

—Gracias por venir tan pronto —le indicó Kate.

—No hay problema —el hombre pasó rápido frente a Bill, abrió la puerta y se detuvo—. Ya no debe tener más problemas —repitió—. Si los hubiera, llámenos —antes de que ellos pudieran decir nada, desapareció, cerrando la puerta.

—El hombre tiene prisa —comentó Kate—. Va tan desabrigado que pensaba ofrecerle un café, pero supongo que solo será para nosotros. Ponte cómodo mientras voy a por él —Kate llevó las tazas a la sala. Se hundió en el sofá junto a Bill, observando el viejo reloj que había sobre la chimenea—. Todavía no son ni las cuatro y media. Me siento como si hubiera escapado de la escuela.

—Yo habría supuesto que la hija del jefe puede abandonar el trabajo cuando quiera.

—Al contrario. Mi padre es un negrero.

—En ese caso, debemos aprovechar tu tiempo libre.

La miró con una intensidad tal, que Kate fue muy consciente de la corta distancia que los separaba. Bill dejó su café y le cogió la mano.

Kate advirtió que su corazón perdía el ritmo. No era posible, eso solo sucedía en las novelas, no en la vida real. Dejó la taza de café en la mesa, con dedos temblorosos. Su caricia la hacía estremecerse. Eso tampoco sucedía en la vida real… ¿o sí? Tal vez solo estaba soñando. De ser así, no quería despertar.

—Bien —dijo Bill, muy bajito—, ahora que estás libre, ¿qué te gustaría hacer? ¿Quieres ir al cine y después a cenar?

—Es… espero una llamada. Tal vez… des… pués.

¡Caramba! ¿Qué le sucedía? Tartamudeaba. Contempló su mano en la de Bill, dudando si hablaba con coherencia. Bill parecía no notarlo.

—Se trata de mi hermana. Me parece recordar que te dije que no está aquí. Prometió llamar y quiero hablar con ella para asegurarme de que se encuentra bien.

Bill asintió en silencio, apoyándose en el respaldo del sofá. Kate estaba tentada a decirle toda la historia de Tricia y Roger. Sería agradable tener a alguien en quién confiar, pero no solía discutir sus problemas personales con un desconocido… aunque fuera un atractivo desconocido, sentado a su lado, tomándola de la mano y despertando sensaciones deliciosas en todo su cuerpo con cada movimiento de sus dedos.

Un desconocido. La frase permanecía en su cerebro. ¿Cómo era

posible que un hombre a quien acababa de conocer se amoldara tan bien a su vida hasta hacerla creer que había formado parte de ella siempre? ¡Era una locura! Nunca experimentó algo como eso. No sabía nada de Bill Sutherland, ni siquiera dónde vivía. ¿Cómo podía considerar que le conocía al derecho y al revés… que le conocía y que podía confiar en él?

Tal vez el hablar de Tricia con él ayudaría. Ya estaba harta de la fingida expresión alegre que mostró en el teatro los dos últimos días. No obstante, la expresión salía a flote solo cuando Bill estaba cerca.

—Bill, ¿te importaría?… —el agudo timbre del teléfono la hizo dar un salto. Oró porque fuera Tricia y corrió a la cocina a contestar —. ¿Hola?

—Su hermana está bien —le dijo una voz ronca.

—¿Perdón?

Una respiración profunda fue su única respuesta. Al fin el hombre dijo:

—He dicho que su hermana está bien… por el momento.

Kate tragó con dificultad. Era evidente que la última frase fue pronunciada como una amenaza y obtuvo el efecto deseado.

—¿Quién habla? —exigió, mirando a Bill al otro lado del medio muro. Estaba en el sofá, observándola con mal disimulada preocupación.

—Un amigo, Kate —continuó la voz del teléfono—. Y llamo para darle un consejo. Dejen a su hermana vivir su vida. No se preocupen por ella. Métanse en sus propios asuntos.

—Este asunto es mío y no acepto consejos de desconocidos —Kate se frotó una mano nerviosa en el pantalón, confiando en que su voz pareciera tranquila.

—No soy un desconocido, al menos no para Tricia. Por eso sé que está bien, pero no lo estará si siguen metiéndose en sus asuntos. Déjenla a ella y a Tessier en paz, de lo contrario, la seguridad de su hermana estará en peligro.

—No sé de qué me habla… —las palabras de Kate se perdieron. No tenía objeto seguir hablando al tono telefónico que zumbaba en su oído. Despacio, dejó el auricular en su sitio y se volvió hacia Bill.

—¿Problemas? —preguntó él.

—No estoy segura.

Bill observó a Kate con cuidado mientras ella se acercaba al sofá. El temor que reflejaba su rostro le indicaba que no fue Tricia quien llamó. Estaba llena de ansiedad. Algo andaba mal y sintió una fuerte necesidad de protegerla.

—¿Quieres hablar de ello, Kate? —la chica titubeaba y la tomó de ambas manos para darle seguridad. Necesitaba desesperadamente alguien—. ¿Cuál es el problema? ¿De qué se trataba esa llamada telefónica?

—No lo sé con precisión. Te dije que mi hermana está fuera…

Bill asintió despacio. En su interior se disparó una alarma al escuchar la palabra «hermana». Se había prometido que no utilizaría a Kate para obtener información sobre Tricia. Lo último que quería era que Kate le proporcionara la información por su propia voluntad.

—Bueno —continuó Kate—, escapó con un tipo con el cual salía y la llamada era de un individuo ordenándome que no me inmiscuya en lo que Tricia y Roger hacen. No reconocí su voz, pero me pareció que la fingía.

—¿No pudiste reconocerlo? —Bill trataba de fijar la atención de Kate en quien llamó, no en su hermana.

—Para nada. No comprendo por qué me dice que no me inmiscuya en los asuntos de mi propia hermana. Estoy muerta de preocupación por ella. Tricia es muy joven y un tanto impetuosa. No piensa bien las cosas, aborrezco la idea de que esté con Roger. Él es demasiado mayor para ella y está metido en… no lo sé con exactitud. Es ostentoso… tiene demasiado dinero. Sospecho que es dinero sucio. No quiero ni pensar en que Tricia está con él. Podría verse involucrada en muchos problemas.

Kate miraba ansiosa a Bill. Él se supo perdido. No podría evitar hablar de Tricia. No podría permanecer impávido cuando Kate estaba tan alterada y buscaba su ayuda. Pero en lo que a él concernía, el problema crítico no era Tricia. Era quién había llamado a Kate y si ella estaba en peligro.

—¿Qué fue lo que te dijo, Kate? —se acercó más, le soltó una mano y la tomó de los hombros.

—Que si me inmiscuía, ocasionaría problemas a Tricia, pero fue una amenaza velada. No sé a qué se refería… o por qué alguien me llamaba en primer término. Ni siquiera sé dónde está Tricia.

Bill dejó escapar un suspiro de alivio. No tendría que preocuparse de que Kate le informara. No podría informarle de algo que no sabía.

—Muy bien, Kate. Tratemos de averiguar quién es el maldito que te llamó. Quienquiera que sea, sabe que tu hermana se fue con ese tipo…

—Roger Tessier —apuntó Kate.

—… Roger Tessier —repitió Bill—. ¿Quién podría saberlo?

—Muchos. Tal vez no sea un secreto. Roger es el propietario del Rackets, un gimnasio al cual Paul Raleigh y yo asistimos y supongo que su viaje es el tema de muchos chismorreos en el lugar.

—Bien, probemos otro enfoque. Dime todo lo que te dijo. Trata de recordar las palabras exactas.

Kate repitió la conversación al detalle.

Bill esperaba no expresar la preocupación que sentía. No le agradaba lo que escuchaba, como tampoco le gustaba el tono de ansiedad en la voz de Kate.

—Kate, creo que no solo es la seguridad de tu hermana la que está en juego, me preocupa. Opino que debes llamar a la policía. Aun cuando no sea mucho lo que puedas decirles, estoy seguro de que harán que la patrulla que recorre la zona visite tu calle con mayor frecuencia esta noche. Esto te haría sentirte mejor.

—No, no quiero molestarlos por una tonta llamada telefónica. Olvidémoslo, Bill. Quizá no vuelva a saber de ese malvado.

—Kate, de verdad…

—¡No! Y hablo en serio. Ya sabes lo tercos que somos los irlandeses. La discusión ha acabado, ¿entiendes? —emitió una sonrisa forzada, indicando que la discusión no seguiría y que tampoco cedería.

Bill no sabía que los irlandeses tuvieran fama de tercos, pero empezaba a creerlo, al menos en Kate. Tuvo que obligarse a corresponder a la sonrisa. Era evidente que ella no quería tener nada que ver con la policía, lo cual no le sorprendía. Solo Dios sabía los líos en los que estaba metida Tricia, o por qué ese individuo había llamado a Kate. Ella no se arriesgaría.

El no involucrar a la policía podría tener sentido en lo que a Tricia se refería, pero estaba seguro de que Kate no olvidaría la llamada. No era el valor personificado. Aquél que cree en fantasmas y teme ruidos extraños, no se reiría de una llamada telefónica amenazadora.

Se alegró de no tener planes para esta noche. Era importante que

permaneciera cerca de Kate, por si recibía una visita del misterioso comunicante.

Con gesto perezoso retiró su brazo del hombro de Kate, se puso de pie y recorrió la sala. El tenerla cerca le impedía pensar con claridad. Kate poseía un poderoso encanto que provocaba el caos en sus pensamientos y necesitaba concentrarse unos minutos. La llamada le dio un nuevo motivo para encontrar a Tessier. El localizarlo sería el primer paso para resolver muchos problemas, incluyendo el de Kate.

Ese día o el siguiente averiguaría dónde estaba Tessier. Ya fuera mediante las líneas aéreas o en la calle.

Se obligó a olvidarse de Kate un poco y a pensar en lo que Tessier podría estar haciendo. Eran muchos los lugares a dónde podría haber ido con las joyas y había que localizarlo antes de que se deshiciera de ellas. El hacerlo no le resultaría fácil. El robo cometido contra una estrella de Hollywood siempre atraía mucha atención de la prensa.

Bill se preguntó si de haber sido sustraídas las joyas de Xenia Cassidy en Hollywood y no en Montreal, el incidente habría recibido tanta publicidad. Tal como sucedió, el hecho se convirtió en un incidente internacional. Las joyas serían reconocidas en cualquier parte. Sí, Tessier tendría dificultades para deshacerse de ellas en el continente americano y no había ido a Europa, no con la hermana de Kate como acompañante.

Por la colaboración de un amigo del ministerio de asuntos exteriores canadiense, sabía que Tricia no tenía pasaporte. Eso limitaba los posibles destinos de Tricia y Tessier. Sí, el hombre tendría dificultades para encontrar a alguien que estuviera dispuesto a quitarle las joyas de las manos. Por supuesto que podía decidir desmontar las piezas. Perderían valor, pero sería más fácil deshacerse de ellas. Las gemas tenían que ser recuperadas antes de que Tessier decidiera tomar ese camino.

Bill se asomó a la ventana. Le era más fácil pensar cuando Kate no estaba en su campo visual y debía determinar lo que haría esa noche. Quería pasar el resto de la velada con ella y si seguía confiando en él y su hermana la llamaba diciéndole dónde estaba, Kate le daría la información en bandeja de plata. Si eso ocurría, la bandeja le sería arrojada a la cabeza cuando se supiera la verdad.

Tenían que irse antes de que Tricia dedujera que su hermana estaría en casa. Aun con el horario de trabajo normal de Kate, eso no le daba mucho tiempo.

Kate miró a Bill de reojo y decidió que no tenía por qué actuar a

escondidas; él no le prestaba atención. Se arrellanó en su asiento y lo observó con cuidado. Distraído, Bill se apartó un mechón de cabello rubio de la frente, haciéndola sonreír, pero el gesto desapareció enseguida. No sabía por qué sonreír.

Se estremeció al recordar al hombre de la llamada telefónica que tanto había molestado a Bill. Peor aún, su negativa de llamar a la policía, le desesperó. Miraba por la ventana, perdido en sus pensamientos.

¿Y en qué estaba pensando?, no se requería mucho para adivinarlo. Apostaría a que pensaba en ella, en que era obstinada y tonta. Ante todos, así lo parecía. El pedirle que llamara a la policía era una solicitud prudente. En circunstancias normales lo habría hecho sin titubear, pero en ese momento no quería ser el blanco de las preguntas de la policía en relación a Tessier y su hermana.

Kate observó el mentón apretado de Bill con ansiedad. Tal vez se preguntaba qué hacía allí… por qué se estaba interesando en una cabezota como ella. Bueno, no podía hacer nada al respecto.

Trató, infructuosamente, de apartar la vista de él. Quizá le resultaría fácil si él no fuera tan atractivo. Pasó la mano sobre la tela del sofá que todavía guardaba el calor donde él había estado y recordó el contacto de su brazo en sus hombros y los deliciosos estremecimientos que la recorrían cuando la tocaba.

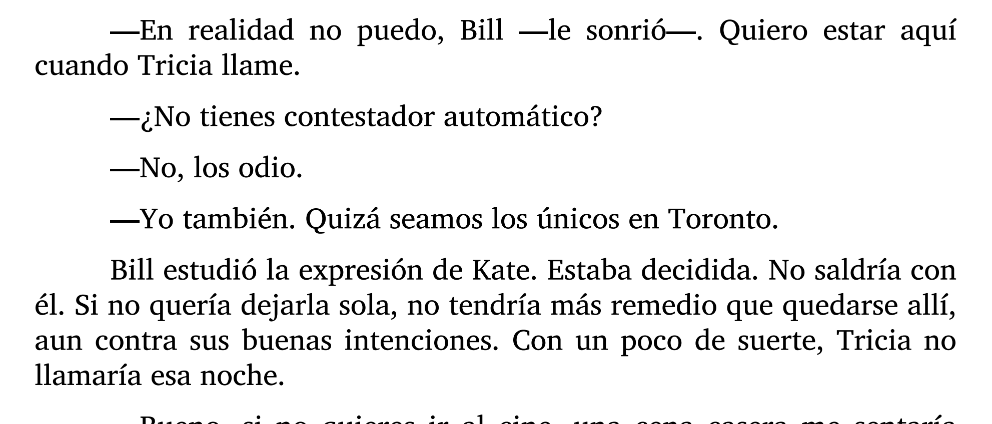
«Despierta, Kate», se ordenó. «Él no siente lo mismo. El hombre no está a tres metros de distancia de ti, asomado a la ventana, porque lo consuma el deseo por ti». Lo había estropeado todo. Seguramente él inventaría un pretexto para alejarse en un minuto.

Bueno, ¿quién le quería allí? No quería cerca de ella a un sabelotodo que le dijera qué hacer. Su padre nunca renunció a ese papel y le haría bien deshacerse de un nuevo aspirante al puesto. No quería a un Bill Sutherland que quisiera ordenarla y se molestara cuando ella se negaba a obedecerlo. No le quería cerca…

¡Vaya, qué mentirosa era! Nada deseaba más que retenerlo en ese momento. ¿Qué haría? ¿Permanecer sentada como una estúpida y verlo marcharse de su vida?

—Bill… —él se volvió de la ventana. ¡Qué hermosos eran sus ojos detrás de las gafas!—. ¿Quieres que prepare algo de cenar? No soy tan mala cocinera.

—¿Por qué no vamos al cine como sugerí, Kate? —el que cenaran allí era la peor de las ideas—. Podríamos ir ahora. Eso te quitará la llamada de ese individuo de la cabeza.



—En realidad no puedo, Bill —le sonrió—. Quiero estar aquí cuando Tricia llame.

—¿No tienes contestador automático?

—No, los odio.

—Yo también. Quizá seamos los únicos en Toronto.

Bill estudió la expresión de Kate. Estaba decidida. No saldría con él. Si no quería dejarla sola, no tendría más remedio que quedarse allí, aun contra sus buenas intenciones. Con un poco de suerte, Tricia no llamaría esa noche.

—Bueno, si no quieres ir al cine, una cena casera me sentaría bien, Kate.

—Me alegro. ¿Qué quieres cenar? Mis provisiones no son muy abundantes, pero la tienda todavía está abierta.

—¿Qué te parece un estofado irlandés. Puede que me equivoque, pero apuesto que eres una experta en prepararlo.

—Es probable que lo sea —rio Kate—, pero es evidente que no sabes mucho de cocina. El estofado requiere horas. A menos que quieras cenar a medianoche, sugiere otra cosa. Si te apetece algo irlandés ¿te conformarías con pasta irlandesa con albóndigas? Así no tendría necesidad de salir. Tengo todos los ingredientes.

—Pasta irlandesa, estás bromeando, ¿no?

—¡Para nada! Uso pasta de espinacas… es verde.

—Pasta verde. Bueno, siempre y cuando las albóndigas no estén verdes…

—Las albóndigas son doradas, el queso amarillo y el vino rojo.

—¡Hecho! Que sea la pasta irlandesa entonces! ¿Puedo ayudarte?

Bill alejó su silla y brindó con Kate con su copa a medio llenar.

—¡Delicioso! Diría que los cocineros italianos tienen una seria competencia contigo.

—Y yo diría que ya besaste la piedra Blarney. Gracias por el cumplido, pero dudo que los cocineros de Roma estén temblando en estos momentos.

—Tal vez no los de Roma, pero los italianos de Toronto lo

estarían si te conocieran.

—Creo que están seguros. Mi receta es un secreto bien guardado —Kate miró hacia la cocina, con el ceño fruncido—. Ahora, si disfrutara fregando los platos tanto como guisando, todo sería perfecto.

—Permite que lo haga yo —Bill se levantó de la mesa con su plato en la mano—. Es lo menos que puedo hacer.

—No, déjalo. Si vamos a la sala a terminar el vino, no veré el desorden de la cocina.

Bill se detuvo y dejó el plato. La idea de sentarse junto a Kate era mucho más agradable que el fregar platos, pero debía irse. Tricia no había llamado y no debía tentar su suerte.

—Anda, ven a sentarte conmigo —lo incitó Kate.

Bill cogió su copa y la botella de Chianti. Su resistencia tenía límites. Indicó a Kate que le precediera, pensando en si sería conveniente sincerarse con ella. No podía hacerlo. No sabía cuál sería la reacción de Kate. Si ella supiera que él buscaba a Tessier, podría decir algo a su hermana, dando al traste con sus posibilidades de localizarlo. Y si no lograba recuperar las malditas joyas, Clive Robertson se buscaría otra compañía de investigadores y eso significaría la quiebra para su empresa.

Llegó a la sala, alegrándose de que su cerebro todavía funcionara y preocupado por tener que seguir con la farsa. La verdad tendría que esperar.

Kate se acurrucó en un extremo del sofá, sorprendida de lo relajada que se sentía con Bill. ¿Cómo era que su cercanía la hacía sentir que todo saldría bien? No se encontraba en medio de un cuento de hadas con un necesario final feliz y todo distaba mucho de estar bien.

Bien, tal vez la sensación de seguridad era falsa, pero era mejor que la ansiedad que había vivido los últimos días. Bill se inclinó sobre la mesa y sirvió el resto del vino en las copas.

—¿Por qué no me cuentas la historia de Bill Sutherland? —preguntó, cuando él terminó de servir—. Aparte de lo poco que me has dicho de tu trabajo, sigues siendo un desconocido para mí.

—Por mucho que me desagrade admitirlo, disto mucho de ser perfecto y no me siento como un desconocido contigo.

Cruzó el espacio que los separaba y tomó la barbilla de Kate en una mano. Su caricia era firme y amable y ella no recordaba haber

sentido antes la necesidad de ser besada como en ese momento.

—Nunca como un desconocido —repitió con voz suave—. Me agrada mucho estar contigo. Más que eso, en realidad, me gustas mucho.

Le recorrió la mejilla con los dedos, luego la tomó por la nuca y la acercó a él. La rodeó con los brazos y la atrajo a la firmeza de su pecho. La miró un instante antes de hacer descender sus labios sobre los de la chica.

No hubo nada tentativo en el beso. Una caricia anhelante, diciéndole que se sentía como ella. Kate se derritió contra él, deleitándose en el calor de su cercanía, en el deseo apasionado que advertía en él, en el deseo que ella misma sentía.

Cuando al fin Bill se separó, Kate estaba sin aliento. ¡Sin aliento! Siempre consideró que la frase era una exageración, pero ahora le pareció una descripción perfecta. No trató de hablar. Estaba segura de que no podría hacerlo.

—Eres maravillosa, Kate. La chica más extraordinaria que he conocido. Un beso más y lo confirmaré.

A lo lejos, Kate oyó que el teléfono sonaba. Bill la liberó del cerco de sus brazos.

—Supongo que no podré averiguarlo hasta dentro de unos minutos —comentó él.

Kate se alejó de mala gana.

—Tiene que ser mi hermana —le indicó Kate—. Siempre ha sido muy inoportuna. ¿Hola? —contestó, con ansiedad.

—Tengo una llamada a cobro revertido de Tricia Ballantyne —anunció la operadora—, ¿la acepta?

—Por supuesto —tapó el auricular con la mano—. Es mi hermana —murmuró a Bill.

—Adelante, señorita Ballantyne.

—Hola, Kate, soy yo.

—Hola, yo. Ya era hora de que llamaras, ¿o lo has intentado antes?

—No… no, Kate. Ni siquiera se supone que estoy hablando contigo. Tuve que esperar hasta que Roger no estuviera por aquí —la ansiedad de Kate resurgió. Tricia no parecía una turista feliz.

—¿Por qué, Tricia? ¿Qué sucede?

Se produjo un silencio al otro lado de la línea y Kate imaginó a su hermana, mordiéndose el labio inferior, antes de decidir cuál sería su respuesta.

—Solo se trata de que Roger no quiere que nadie sepa dónde estamos. No pasa nada.

Kate hizo una aspiración profunda al detectar la mentira de su hermana y trató de controlarse antes de contestar. La misteriosa llamada reapareció en su mente. No lograba comprender por qué Roger no quería que se supiera dónde estaban. Estaba segura de que el tipo que la llamó sabía por qué… y también estaba segura de que se trataba de algo que no la haría sentirse mejor sabiendo que Tricia se encontraba con Roger. Tenía que convencer a su hermana de que volviera a casa, pero antes debía averiguar dónde estaba.

—Tricia, ¿dónde estás?

—Ya te lo he dicho. No debo revelarlo.

—Escucha, Tricia —su tono de voz se volvió amenazador—, si quieres que logre mantener la calma aquí, más vale que me des el nombre de una ciudad y el de un hotel. De otra forma, no podré controlar a papá. Está a punto de enloquecer. Si no puedo tranquilizarlo, irá a la policía a denunciar tu desaparición.

—¡Pero no he desaparecido!

—En cuanto a él concierne, sí, Tricia. Acusaría a Roger de secuestro si eso te hiciera volver a casa.

—Kate —gimió Tricia—, no puedo decírtelo.

—¡Maldición!, o me dices dónde estás, o a partir de este momento dejo de actuar como intermediaria entre tú y papá. Tú decides.

El silencio se hizo interminable, al fin Tricia murmuró algo incomprensible.

—¿Qué has dicho?

—Estamos en Cozumel.

—¿En qué hotel? —otro silencio. Kate no sabía qué era mayor, la preocupación por la situación de Tricia, o lo que la exasperaba.

—Se llama El Castillo. Está en las afueras del pueblo.

—Muy bien, Tricia —Kate anotó el nombre en un papel—, ahora dime qué está ocurriendo. ¿Por qué no quería Roger que me llamaras? ¿Cuál es el problema?

—No hay problema… bueno, no mucho. No sé de qué se trata. Roger está metido en un lío, pero todo saldrá bien —agregó Tricia, apresurada—. Lo arreglará mientras estemos fuera, pero no quiere que se sepa dónde estamos. Por eso no debía llamarte.

—Tricia, no me vengas con eso de que no pasa nada. Algo anda muy mal… y es atemorizante. Hace unas horas recibí una llamada de un tipo ordenándome que no me inmiscuya, o nos meteremos en problemas. Ahora, ¿de qué diablos se trata?

—¿Quién te llamó? —murmuró Tricia, en un tono apenas audible.

—No tengo ni idea.

—¿Qué te dijo? ¿Cómo era su voz?

Kate le hizo un resumen, percatándose de que en realidad había memorizado la llamada.

—No tengo idea de quién pudo ser, Kate —Tricia parecía a punto de llorar—. No conozco a muchos de los amigos de Roger.

—¡Pues éste no parecía un amigo! De cualquier forma, ¿qué diablos haces en una isla mejicana con un hombre que tiene amigos como ése? —¡terrible error! en el instante en el que pronunció las palabras, se dio cuenta de ello. Su hermana ya estaba a la defensiva.

—¡No le conoces, Kate! ¡No lo comprendes!

—Tricia —Kate tenía cien comentarios sarcásticos en la punta de la lengua, pero los contuvo—, ¿por qué no vuelves a casa? Cualquiera que sea el problema de Roger, él puede resolverlo solo. Tú no puedes ayudarle en nada, solo te meterás en algo que lamentarás.

—¡No, él me necesita!

Kate maldijo en silencio. El tono de voz de su hermana le indicó que la discusión era inútil. El insistir solo alteraría más a la chica. Hizo una aspiración profunda, negándose a pronunciar palabras que luchaban por escapar.

—Nosotros también te necesitamos, Tricia —señaló, en voz baja —. No lo olvides. Promete que llamarás dentro de unos días… antes si hay algún problema.

—Sí, lo prometo, ¿me ayudarás con papá?

—Haré mi mejor esfuerzo —su esfuerzo lo decidiría cuando tuviera tiempo de analizar la situación.

—Entonces, te prometo que te llamaré dentro de unos días.

Hasta pronto, Kate.

—Adiós… ten cuidado —Kate se descubrió con los dedos cruzados y estaba segura de que su hermana hacía lo mismo. Tricia llamaría solo cuando estuviera lista y dispuesta para ello, no antes. Despacio, colgó el auricular y regresó a la sala, dejándose caer en el sofá, junto a Bill.

—Tricia y Roger están en Cozumel, en un hotel llamado El Castillo.

Bill se obligó a sonreír. ¡Maldición! Permaneció demasiado en el juego.

—Tessier tiene problemas —continuó Kate—. Se suponía que Tricia no debía llamarme… él no quiere que nadie sepa dónde están.

—El Castillo es un buen lugar. Conozco la isla. El Castillo es un lugar pequeño y tranquilo. De lo que me has dicho de Tessier, no es el sitio donde alguien lo buscaría.

Bill hizo una pausa. Por mucho que quisiera haberse ido antes, ahora tenía la información, debía pasarla inmediatamente. Si hacía una llamada telefónica esa misma noche, sus hombres podrían tomar un avión por la mañana. Pero no quería dejar sola a Kate. No tenía buena cara.

—Kate… ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? Pareces muy preocupada. Las cosas no pueden estar tan mal.

—Ni siquiera sé qué tan mal están, Bill. Ése es parte del problema. No sé qué sucede. Si estuviera segura de que es algo serio, iría a buscarla y la traería a rastras si fuera necesario, pero tal vez no sea nada.

—¿Y qué hay del tipo que te llamó hace un rato? ¿Tiene idea Tricia de quién se trata?

—No, ella no conoce al grupo de Tessier. Ni siquiera le conoce bien a él, pero tiene la loca idea de que está enamorada de Roger. Él le dijo que la necesitaba y ella mordió el anzuelo. Tricia es muy insegura. El sentirse necesitada es muy importante para ella y es evidente que Tessier apretó las teclas apropiadas.

—Kate, ¿no reconsiderarás tu decisión de llamar a la policía? —la chica solo negó con la cabeza—. ¿Quieres que me quede un rato contigo?

¡Al diablo con su llamada! Si Kate le necesitaba, podría esperar un poco.

—Tengo que tomar un vuelo a Montreal a primera hora, pero puedo quedarme contigo un poco más, si quieres. Suelo arreglármelas sin dormir mucho.

—¿A Montreal?

—Tengo un trabajo pendiente allí. No estaré fuera más de un par de días. Pero, ¿qué hay de ahora, quieres que me quede?

—Gracias, pero no —le indicó, después de una breve pausa—. En este momento no seré una compañía agradable. Ya se ha hecho muy tarde y prometí avisar a mi padre en cuanto tuviera noticias de Tricia. Es muy probable que se mantenga despierto la mitad de la noche.

—Está bien, me marcharé, entonces —Bill fue a por su chaqueta y la cámara. Kate le acompañó a la puerta. Él se detuvo un momento —. Te llamaré a mi regreso.

—Me agradaría.

—Kate, quiero decirte… —¡No!, gritó una voz interior. ¡Todavía no!

—¿Decirme qué? —parecía que Bill le confiaría algo importante, pero solo sonrió y movió la cabeza.

—Puede esperar hasta que vuelva. Cuídate mientras esté fuera. Buenas noches —se inclinó y le dio un leve beso en los labios, abrió la puerta y se perdió en la noche.

Cansada, Kate corrió el pestillo de la puerta. La velada fue de maravillosa a terrible. Y todavía tendría que lidiar con su padre por teléfono. Solo le comunicaría que Tricia estaba bien y fingiendo una jaqueca, le diría que al día siguiente le daría detalles.

Capítulo 4

Los ojos azules de Sean Ballantyne lanzaban chispas desde su escritorio.

—¿Cómo quieres que me calme? ¿En Méjico? ¡Méjico! Yo pensaba en Florida, Kate. ¡Méjico es un país extranjero!

—También Estados Unidos es un país extranjero. No comprendo qué diferencia hay entre uno y otro.

—¿Estás ciega? ¡En Méjico ni siquiera hablan inglés!

—Papá, en Méjico todo el mundo habla inglés —Kate se ordenó calmar su enojo. Sería la única forma de razonar con su padre—. Llevan años recibiendo turistas extranjeros.

—¡Puede enfermar, o algo peor!

—¡Perfecto! Eso la hará regresar a casa y se aliviará. Pero el que me grites a mí, no la hará volver antes.

—Lo siento, cariño —Sean se hundió en su asiento, mesándose el cabello—. Tienes razón. Tú nada tienes que ver en esto, pero, ¿por qué tuvo que irse con ese hombre?

Kate respiró más tranquila. Unos minutos antes habría jurado que su padre tomaría el primer vuelo rumbo a Cozumel. Estaba a punto de hablar cuando oyó una tos suave a su espalda. Paul Raleigh esbozaba una sonrisa de disculpa, indicando que no era su intención entrometerse.

—Siento interrumpiros, pero necesito tu opinión, Sean. Tenemos un problema con los palcos. Tengo los dibujos detallados sobre mi escritorio.

—Estaré allí en un minuto, Paul.

Paul salió de la oficina de Sean y Kate aprovechó la oportunidad para hacer lo mismo.

—Escucha, papá —le indicó, dando unos pasos en dirección a la puerta—. Los dos estamos reaccionando de forma exagerada. Dentro de un mes estaremos riéndonos del incidente. Mientras tanto, Tricia ha prometido llamarme dentro de unos días. Te mantendré informado de lo que ocurra —ya casi estaba en el umbral—. Pero no podemos dejar que esta tontería afecte a nuestro trabajo. ¿Por qué no vas a ver qué quiere Paul? Según Tricia, todo saldrá bien.

Kate brindó a su padre lo que esperaba fuera una sonrisa convincente y huyó.

Sean se quedó unos instantes con la mirada perdida en el espacio antes de obligarse a ir a la oficina de Paul.

—Parece que tu mejor amigo acaba de morir —comentó el arquitecto al verle llegar—. No pude evitar oíros, pero la situación no es tan mala como tú crees. Tricia tiene más sentido común del que pensáis.

—¿Sentido común? ¡No conoce el significado de esas palabras! Esa chica me provocará la muerte. No sé por qué me ha ocasionado tantos problemas. Kate nunca me dio dolores de cabeza y Tricia no me da un momento de paz. Esta aventura es la gota que colma el vaso —se metió las manos en los bolsillos—. Paul, tú conoces a Tessier. ¿Por qué él? ¿Qué diablos hace Tricia con él?

—No durará, Sean.

—No importa lo que dure. ¿Qué sucede en este momento? Está destrozando su vida. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Alguna vez te habló Tricia de ese hombre? ¿De qué se trata? ¿Su dinero? ¿Su coche lujoso? Diablos, Paul, siempre le di todo lo que quiso. ¿Qué ve en él que la impresiona tanto?

—Dudo que tenga algo que ver con lo que tiene, Sean. Tricia nunca ha sido materialista.

—¿De qué se trata, entonces? No sé qué ve en él. ¡Le dobla la edad!

Paul se reclinó en su asiento, inseguro de cuánto decir, de cuánto quería saber su jefe en realidad.

—Sean, ¿de verdad quieres conocer mi opinión?

—Por supuesto, hijo.

—Bueno…

Paul pensó con cuidado. Era una oportunidad única. Si pudiera decir algo que ayudara a que Sean comprendiera mejor a Tricia, quería hacerlo.

—Creo que Tricia tiene la obsesión de sentirse necesitada —el viejo empezó a ahogarse—. Escúchame un minuto, por favor. Sé que esto parece muy freudiano, pero Kate y yo lo hemos discutido en algunas ocasiones y es la conclusión a la que hemos llegado. Escúchame y no te pongas a la defensiva.

Se detuvo un momento para darse ánimos.

—En primer lugar, no debes comparar a Tricia con Kate. No son nada parecidas. Kate siempre ha tenido mucha confianza en sí misma y se siente muy segura en lo que a ti se refiere. No me interpretes mal, pero siempre ha sido «la chica de papá». Ante tus ojos, Kate no puede hacer nada mal.

—¡Paul, no eres justo!

—Sean, no lo digo como crítica. No digo que eso sea malo. En realidad es maravilloso que os llevéis tan bien. Solo trato de hacerte ver que Tricia no es como Kate. No es la misma y no piensa como ella. De lo poco que recuerdo de cuando Beth vivía, y de lo que Kate me ha contado, Tricia era «la chica de mamá…» y tampoco lo digo como crítica. Supongo que eso es común en las familias. Al menos lo fue en la mía. Yo estaba más unido a mi padre y Fred a mamá. Pero cuando Beth murió, Tricia perdió a la persona que era más importante para ella y eso creó un gran vacío en su vida.

—La muerte de Beth fue muy difícil para todos, Paul. Para Tricia, para Kate y para mí.

—Lo sé. Yo estaba cerca. Recuerdo que tú te volcaste en el trabajo. Lo hiciste prácticamente las veinticuatro horas del día durante mucho tiempo. Kate era mayor y se fue a la universidad, pero Tricia no era más que una niña. ¿Recuerdas cómo solía deambular por los sitios de nuestras construcciones cuando no estaba en el colegio? Cada vez que la dejaban ayudarnos en algo, la chica se sentía realizada ese día. Quería sentirse útil, Sean, y supongo que la necesidad persiste. No creo que haya olvidado lo que era sentirse especial, el ser esencial para alguien. Y el que esa persona desapareciera, que su madre se borrara de su vida… Supongo que he dado muchas vueltas para llegar a mi conclusión —continuó Paul, después de una pausa—, pero para contestar a tu pregunta, creo que lo que Tricia ve en Tessier, es que él la hace sentirse importante, que la necesita. De alguna forma, él la ha convencido de ello.

—Paul… tanto Kate como yo queremos a Tricia.

—Por supuesto que la queréis. Ya lo sé y Tricia también lo sabe, pero querer y necesitar son cosas diferentes. Lo que Tricia busca no es un padre y una hermana que la quieran, sino alguien que la necesite y lamentablemente, en este momento ella cree que ese alguien es Tessier.

La voz de Paul se perdió y la oficina quedó en silencio.

—Tal vez tengas razón —comentó Sean, al fin—, pero no veo la forma de hacer algo al respecto.

Incómodo, Paul reconoció que él tampoco. Al ver los dibujos de los palcos sobre el escritorio, comentó.

—Antes de que veamos esto, quisiera comentarte un problema personal más. Anoche recibí una llamada telefónica muy extraña. No sé si debo comentarlo con Kate, con la policía, u olvidarla. Un hombre me llamó y me amenazó. Bueno, no a mí en realidad. Dijo que era amigo de Tricia y que quería darme un consejo amistoso. Me pidió que me mantenga alejado de los asuntos de Tricia, que si interfiero, pondré en peligro la seguridad de mi hija.

Paul se volvió al notar un movimiento en la puerta. Allí estaba Kate, blanca como el papel, con una mano en el cuello en un gesto instintivo.

—Yo también —murmuró la chica, mirando a su padre y a Paul.

—¿Qué quieres decir con «yo también»? —Sean miraba a Kate con ansiedad.

—Que yo también recibí una llamada en los mismos términos.

—Voy a hablar con la policía en este mismo momento —Sean se dirigió al teléfono que había en el escritorio de Paul—. Solo me contuve por miedo a preocuparte.

—¡No…!, no —repitió Kate, en tomo más suave—. Nada de policía.

—Kathleen, escúchame…

—No —Kate le interrumpió con firmeza—. Siempre has dicho que yo soy la persona juiciosa de la familia. Confía en mí. Por una vez, no discutas conmigo. No queremos la participación de la policía.

—No sé qué es lo que Kate piensa sobre el particular, Sean —intervino Paul—, pero no puedo dejar de admitir que siempre ha sido prudente. Si Tricia está en Méjico, no veo qué puede hacer la policía de Toronto. En cuanto a lo de las llamadas…

Su expresión manifestaba que no consideraba que pudieran hacer mucho al respecto. Permanecieron inmóviles unos momentos, como tres actores que esperan su siguiente escena. Por fin, Sean rompió el silencio.

—Supongo que los dos tenéis razón. Muy bien, Paul. ¿Qué pasa con esos dibujos?

Paul se lanzó a una explicación de un problema de soporte de los palcos.

Kate apenas escuchaba, perdida en pensamientos sobre su

hermana y las extrañas llamadas telefónicas. ¿Por qué llamaron también a su padre? ¿Por qué querían mantenerlos apartados de los problemas de Tricia? No, no eran los problemas de su hermana. Era la situación de Tessier lo que ocasionaba todo. Pero, ¿de qué se trataba? ¿Cómo era de serio? ¿En qué líos estaba metida su hermana? Kate no tenía respuestas. solo preguntas y no sabía de quién obtener las contestaciones.

¿Tal vez… de… Fred? No era más que una posibilidad, pero Fred podría saber algo útil, si Roger solo fue en busca de sol, o había algo más en su desaparición, si Tricia estaba en peligro. Tendría que encontrar la forma de hablar con Fred sobre las «vacaciones» de Tessier, sin despertar sospechas.

—Tú eres la experta en interiores, cariño, ¿qué opinas? —la voz de su padre la sacó de sus pensamientos.

Kate fijó su atención en la fotografía que estaba sobre el escritorio y en los palcos que señalaba Sean. Paul hablaba de la forma de sustituir las vigas de apoyo originales. Le parecían familiares… ¿sería porque vio la foto tantas veces? Quizá no.

—Creo que antes de que decidáis colocar nuevos soportes, debéis buscar de nuevo en las montañas de materiales de construcción que hay en el sótano. Harry y yo lo hemos hecho en un par de ocasiones y me parece haber visto vigas como esas allá abajo. El sótano está tan oscuro, que no pude verlas bien, pero podrían estar allí.

—Si están allí, Ballantyne, tendrá que ser la suerte de los irlandeses —sonrió Paul.

—Olvidaos de la suerte irlandesa —Kate hizo un gesto—. Será la buena vista de la hija del irlandés la que debe recibir las felicitaciones si resulta que están allí. Eso te ahorrará mucho trabajo, Paul, así que si las encuentro, tendrás que pagarme la cena esta noche, después del squash. Hasta puedes llevar a Fred para hacerle feliz.

—¡Trato hecho!

—Iré a buscar a Harry para que me acompañe. El sótano es tan fantasmal como la conejera. No quiero volver a estar sola en ninguno de esos sitios.

—¿Tienes miedo del fantasma y su martillo? —se burló Paul.

—¡Claro! Si hubieras sido tú quien se encontraba en esa escalera oscura el otro día, estarías de acuerdo conmigo en que no fue nada gracioso. De ahora en adelante, cada vez que tenga que ir a un rincón apartado del teatro, Harry estará conmigo… ¡para saber qué es lo que

se propone!

El sótano del Royal parecía más húmedo y sucio que la última vez que Kate estuvo allí. Harry encendió la linterna y la zona que los rodeaba quedó iluminada.

Con un gemido, Kate contempló el desorden que había frente a ellos. Si encontraban las vigas, se necesitarían varios hombres para sacarlas.

—Creo que están abajo, junto al muro, Harry.

El hombre gruñó y lanzó el haz de luz en esa dirección. Oyeron unas garras diminutas que rascaban al correr entre la basura y Kate saltó. «¿Por qué yo?», se preguntó. La mayoría de sus compañeras de estudios trabajaban en oficinas lujosas. Algunas hasta decoraban mansiones, viajaban a Europa, conducían coches caros y vestían a la moda.

Pero Kate Ballantyne no. ¡Por supuesto que no! Ella debía pasarse horas en sótanos húmedos, vestida con una vieja camiseta y unos vaqueros sucios, con botas de seguridad en los pies y polvo de yeso en el pelo. Para acabar de empeorar las cosas, corría el riesgo de ser atacada por un batallón de roedores.

—Si aparece un murciélago —comentó—, un solo murciélago, no saldré de mi oficina hasta que el proyecto esté terminado.

—¿Qué ha dicho, señorita Ballantyne? Ya no oigo muy bien.

—Nada importante, Harry, nada importante. Ilumina un poco más allá.

Harry lo hizo y la linterna iluminó parte de una enorme viga de madera labrada. Una sonrisa apareció en los labios de Kate. El madero se hallaba lleno de polvo y moho, pero estaba segura de que era lo que buscaban… en ese momento no cambiaría el húmedo sótano por una elegante oficina en el centro de Toronto.

—¡Allí está, Harry! Ésa es una de las vigas que buscamos. Veamos cuántas localizamos y mañana mandaremos a una cuadrilla a sacarlas —con paso inseguro se acercó a la viga—. ¿Puedes acercar más la luz, Harry? Con un poco de suerte, quizá las encontremos juntas. Deben de ser seis.

Harry movió la linterna, iluminando la parte inferior del muro. Allí estaban… las seis vigas de soporte labradas que aparecían en la

foto.

—¡Maravilloso, Harry! ¡Un problema más que queda resuelto! Si te envío un electricista, ¿podrías indicarle dónde debe colocar unos focos para que la cuadrilla pueda trabajar mañana?

—Por supuesto, señorita Ballantyne —Kate ya se iba, cuando Harry la llamó—. ¿Puedo hablar con usted un momento, señorita? Es acerca de mi trabajo.

—Por supuesto. ¿Cuál es el problema?

—No hay problema, por el momento, pero me pregunto cuándo terminarán con la restauración del teatro.

—Diría que vamos por la mitad, Harry. Tardaremos casi todo el año en terminar. Los dueños están ansiosos por reinaugurar antes de Navidad, así que quizá debamos pensar en diez meses.

—Usted sabe que éste es prácticamente el único lugar en el que he trabajado —comentó Harry—. Empecé aquí poco después de que terminó la guerra. Se suponía que era un empleo temporal y eso fue hace casi cuarenta años.

Kate sonrió indecisa, sin saber si Harry solo estaba recordando o si su relato tenía un propósito.

—Señorita Ballantyne, no tengo otro sitio adonde ir —continuó el viejo.

Kate trató de tragar el nudo que se formó en su garganta. El propósito de Harry quedó en claro. No era un secreto que no habría sitio para él en el Royal cuando concluyera la restauración. Los nuevos propietarios lo establecieron desde el principio. Seguía allí solo porque su padre insistió en la presencia del velador mientras las obras estaban en proceso. Un rápido cálculo mental le dijo que Harry era más viejo de lo que ella imaginaba.

—¿Qué hay de una jubilación, Harry? Ya debes estar próximo a esa edad.

—Supongo que sí y no me molestaría una vida de holganza, pero nunca pude ahorrar, no ganaba lo suficiente y llegué a creer que este puesto era mío para siempre. Me pregunto si ahora que ha visto mi trabajo, usted podría hablar a mi favor con su padre para que me coloque en Ballantyne Restorations.

La expresión de Harry era tan anhelante, que Kate temía tener que romper sus esperanzas, pero a la larga, tal vez sería mejor. No había lugar en la empresa para un vigilante, por mucho que ella lo deseara. Se mordió el labio, diciéndose que Harry no era

responsabilidad suya.

—Harry, sé que eres un buen trabajador y te daré buenas referencias, pero no quiero que te ilusiones con un puesto con nosotros. Sabes que los únicos empleados permanentes que tenemos, son carpinteros especializados. El resto son obreros temporales, pero espero que salga algo bueno para ti.

—Yo también —el hombre bajó la cabeza—. No quise dejar pasar la oportunidad de preguntarle a usted.

—Estaré pendiente, Harry —Kate le tocó el brazo—. Si sé de alguien que necesite un vigilante, te avisaré y me encantará recomendarte.

—Muy bien, señorita —Harry levantó la cabeza, pero sin mirarla a los ojos—. Veré qué es necesario para la iluminación.

—Gracias, Harry, te enviaré a alguien enseguida.

Ya anticipaba la cena con Paul y Fred mientras regresaba a su oficina. Si lograba plantear a Fred las preguntas adecuadas, podría obtener alguna información sobre Roger Tessier. Solo confiaba en que esa información no la preocupara más por Tricia.

Capítulo 5

—¡Las mejores hamburguesas del Mundo! —exclamó Fred, limpiándose mostaza de la barbilla—. Quisiera que hubiera un lugar como éste cerca del Rackets en Montreal. Los únicos restaurantes cercanos son un bar y una taberna francesa.

—Sí, ya sabemos que los hombres de verdad no comen más que hamburguesas —bromeó Kate.

—¡Muy graciosa, Katie! Debo agregar que lo único que no echo de menos en Montreal, son tus bromas sarcásticas sobre los hombres de verdad. La mayoría de las mujeres quedan impresionadas por mis músculos y tengo dificultades para mantenerlas alejadas. Es evidente que no te gustan las cosas buenas de la vida.

—¿Así que ahora Fred Raleigh es una de las cosas buenas de la vida? ¡Tu modestia me abruma, Fred!

—¡Paz, por favor! —clamó Paul, levantando las manos—. Había olvidado cómo sois vosotros dos. Juntos, tenéis una regresión a los cuatro años. Compórtate, Kate.

—Bueno, tal vez deba hacer un esfuerzo —comentó Kate, con una sonrisa maliciosa en dirección a Fred—. Después de todo, su derrota en el juego fue tan absoluta, que no debemos causarle más agravios esta noche.

—Tal vez tengas razón, Katie. Paul se está cargando de años. Ya no puede hacer las cosas al mismo ritmo que antes… desde que llegó a la treintena.

—¡Gracias, hermanito! Apenas tengo tres años más que vosotros. Eso no me convierte en un viejo decrépito.

—Bueno, Paul, no recuerdo que Kate te derrotara antes por un tanteo tal abultado… o tu juego va cuesta abajo, o Kate ha practicado mucho.

—Más bien lo último, Fred. Kate decidió enseñar a jugar a Tricia y se convirtió en una excelente maestra.

—¡Claro! Durante dos largas sesiones —agregó Kate con malicia —. Ya sabemos quién me reemplazó.

—Eso en realidad me sorprendió, Katie. Imagínate a la pequeña Tricia con el gran hombre. Roger-Dodger no me dijo una sola palabra acerca de ella. Pensé que Paul bromeaba cuando me informó que se

había marchado con él. Creía que iría al sur solo. ¿Adónde habrán ido?

Kate miró a Paul. Él sabía que estaban en Méjico. Se preguntó por qué no lo habría comentado con su hermano.

—Fueron al sur, Fred. Tú mismo me dijiste que iba en busca del astro rey.

—El Sur es muy grande, Katie. Roger-Dodger no me dio los detalles. Debería estar enterado de dónde se encuentra, cuáles son sus planes… por si acaso ocurre algo y debo establecer contacto con él. Ni siquiera me dijo cuándo piensa regresar. Tú debes saberlo.

—En realidad no. Supongo que no tienen planes definitivos.

—Bueno, al menos dime dónde están. Así podré llamar al hombre para averiguar qué ocurre, para saber lo que debo hacer.

—Fred, no es nada personal, pero no debo decir a nadie dónde están. Fue una petición escrita de Tricia. No obstante, no sé por qué es un secreto. De hecho, esperaba que tú pudieras decirme cuál es el motivo. ¿Qué ha estado haciendo Roger para que no quiera que alguien averigüe su paradero?

—¿Que Roger-Dodger está metido en líos? Pamplinas. Los rumores acerca de él no son más que eso: rumores. Es probable que haya tenido problemas hace mucho, pero su comportamiento actual es muy recto.

Kate le miró con escepticismo, segura de que Fred le ocultaba algo. No sabía guardar secretos. Lo único que tendría que hacer era hacer las preguntas correctas en el momento preciso y encontraría la pieza principal del acertijo.

—Vamos, Fred, tú eres el brazo derecho de Roger. Reconozco que estoy preocupada por Tricia. ¿Tengo razón para estarlo? Dime en qué está metido Roger. ¿Por qué huyó?

Fred flexionó los músculos de la espalda y le sonrió. Kate fingió estar impresionada.

—Katie, no es nada personal, pero no debo hablar, por órdenes estrictas de Roger.

La sonrisa casi sincera de Kate se convirtió en una mueca de disgusto. Había olvidado lo exasperante que podía ser Fred cuando se lo proponía. Reprimió el impulso de estrangularlo y se volvió hacia Paul. Fred tal vez no sabía nada, y de no ser así, no se lo diría.

Kate cambió de canales en el receptor de televisión y apareció otro corte comercial. Bajó el volumen con el control remoto, se arrellanó contra la almohada y volvió a coger el ejemplar de *Architectural Digest*. Las imágenes se borraron ante sus ojos. Se tapó con la colcha y volvió a mirar el televisor. Un joven trataba de venderle una puerta automática para el garaje. Apagó el receptor.

Las diez de la noche. Si se dormía en ese momento, se despertaría a las cinco de la mañana… si pudiera dormir, lo cual era dudoso. Por regla general, un par de partidos de squash la agotaban, pero esa noche era la excepción. Si apagaba la luz permanecería despierta en la oscuridad, preocupándose… por la seguridad de Tricia, por el futuro de Harry Melnyck…

¡Maldición! ¿Qué le pasaba? No acostumbraba a preocuparse y cuando algo la molestaba, meterse en la cama con una taza de té era el remedio perfecto. Tal vez el problema era que seguía enfadada con Fred. Deseó que él hubiera permanecido en Montreal. ¡Su actitud era infantil! Ella se negó a decirle dónde estaba Tricia y él le pagó con la misma moneda. No, quizá no era eso. Era probable que no supiera nada. Insinuó saber algo, solo por alterarla. Apostaría a que Roger no habló con nadie de sus planes. «Olvídate de Fred», se ordenó. «Piensa en algo agradable».

La imagen de Bill Sutherland apareció en su mente y se sonrió un poco. Él no era alguien de quién preocuparse. ¡Muy al contrario! Le echaba de menos. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía extrañar a alguien a quien conocía desde hacía solo dos días? Era una locura, pero era cierto… Volvería pronto. ¿Qué le dijo? Un par de días.

Se burló de su curiosidad por saber cuál era su misión en Montreal. No sabía nada de él. En cada ocasión que intentaba conocer algo de su vida, el tema de conversación variaba. Era extraño. A la mayoría de los hombres les gusta hablar de ellos mismos, pero Bill era distinto a los demás. Era especial.

Kate miró al teléfono. Tal vez si se concentraba, le haría llamarla desde Montreal.

El teléfono sonó; lo contempló incrédula. Si era él, tendría que agregar la telepatía a sus habilidades. Se inclinó y levantó el auricular.

—¿Kate? —la voz asustada de Tricia le llegó antes de que pudiera identificarse.

—¡Tricia! ¿Qué sucede? —inmediatamente se puso tensa.

—Se trata de Roger, Kate. Le han herido. Está en el hospital —

Tricia estaba histérica.

—Bien, tomemos las cosas con calma —le indicó Kate tan tranquila como pudo—. ¿Qué sucedió?

—Kate… dos hombres le golpearon… hace unas horas. Tiene un brazo y varias costillas rotas. También creen que está conmocionado.

—¿Y tú, Tricia? ¿Estabas con él? ¿Resultaste herida?

—No, yo me encuentro bien, solo alterada. Roger estaba solo. Había ido a pasear por la playa.

—¿Quieres decir que Roger fue asaltado cerca del hotel? —Kate dejó escapar un suspiro de alivio. Tricia estaba a salvo, pero Cozumel no le parecía un sitio seguro.

—Bastante cerca —respondió su hermana, después de una pausa.

—¿Informasteis del incidente a la policía?

—Sí, unos turistas lo encontraron tirado en la playa y los llamaron. Fue la policía quien le llevó al hospital. También me llevaron a verlo. Acabo de regresar.

—Tricia, escúchame, si la policía intervino y Roger se encuentra en el hospital, él está a salvo, pero tú no debes permanecer sola en el hotel. Regresa a casa y Roger te seguirá cuando pueda hacerlo.

—No, Kate, sabía que me dirías eso. Le dije a Roger que no quería llamarte, pero me obligó a hacerlo.

Kate trató de analizar esa información. La noche anterior Tricia no quería que Roger se enterara que telefoneaba a casa, hasta llamó a cobro revertido para no dejar huella de la llamada, pero esa noche lo hacía porque él insistió. No tenía sentido.

—¿Por qué te exigió que me llamaras, Tricia? ¿Qué hay detrás de todo esto?

—Kate… esto es muy confidencial… ¿entiendes?

—Por supuesto, ¿de qué se trata?

—Bueno, Roger fingió un asalto. Informó a la policía que luchó con los hombres para evitar que le robaran la billetera, pero Kate, no fue un asalto, esos hombres venían en busca de Roger.

Eso daba al traste con la versión de que Roger actuaba con rectitud. Debía estar inmiscuido en un negocio gordo para que le hubieran dado una paliza.

—Kate —continuó Tricia—, le informé que hablé contigo anoche. Tú eres la única que sabía dónde estábamos. Roger dice que se lo comunicaste a alguien. Es la única forma de que esos hombres pudieran encontrarle.

—Roger está delirando. Ni siquiera se lo dije a papá. Solo le comenté que estabais en Méjico, pero no entré en detalles.

—Debiste decírselo a alguien, Kate. Esos hombres venían a por Roger. No eran mejicanos y le preguntaron sobre algo que ocurrió allá en Canadá. Roger insiste en que le dijiste a alguien dónde estábamos. Quiere saber quién es.

—Tricia, la única persona que lo sabe es alguien que estaba conmigo cuando llamaste. Es un periodista que escribe un artículo sobre el teatro.

—Entonces, ¡fue él! ¡Roger tenía razón! Kate, te pedí que no se lo dijeras a nadie.

—¡Maldición, Tricia, no lo hice! Él escuchó nuestra conversación. Además, no tiene nada que ver con esto.

—¿Cómo se llama? Debo informar a Roger.

—¡No importa cómo se llame! Él no está involucrado. Ahora, escúchame, Roger está en un error en cuanto a que yo hablara con alguien y él está metido en un lío del que debes alejarte cuanto antes. Tricia, déjale allí y regresa a casa. ¡Por favor!

—Kate, no puedo. Él me necesita. No puedo dejarle solo en un país extraño y en el hospital. Los dos regresaremos… tan pronto le den de alta, te lo prometo. Podría ser mañana. Te llamaré cuando lo sepa. Te aseguro que tendré mucho cuidado. Si veo algo sospechoso, llamaré a la recepción del hotel y a la policía. Adiós, Kate.

La comunicación se interrumpió antes de que Kate pudiera agregar nada más. ¡Maldición, una y mil veces! ¿Qué haría? ¿Tomar el primer vuelo a Cozumel? Su hermana ya tenía veinte años. Legalmente podía hacer lo que de diese la gana. El que eso pudiera ser peligroso, parecía no importarle.

Dejó el auricular con violencia y una imagen absurda se formó en su mente. Tomaría el vuelo a Cozumel y una hora más tarde, Roger saldría del hospital y él y Tricia tomarían un vuelo con destino a Toronto. Tal vez sus aviones se cruzarían en vuelo. Volvió a maldecir al comprender que no tendría más remedio que esperar a que Tricia volviera a llamarla.

Se apoyo en la almohada, tratando de ordenar sus pensamientos.

Tricia no estaba involucrada en el problema de Roger. Su hermana no era tan tonta. Por lo tanto, Tricia estaba segura.

Quienes fueran esos hombres, iban detrás de Roger. ¿Acaso no lo atacaron cuando estaba solo en la playa? Si también buscaran a Tricia, los habrían atacado a ambos. Y ahora la policía había intervenido… y su hermana no sabía cuidarse.

Convencida a medias de que Tricia no estaba en peligro mortal, Kate analizó la conversación, con énfasis en la afirmación de Roger de que ella era la única que sabía que ellos estaban en Cozumel. Ella y Bill. La idea de que él estuviera mezclado en el enredo era inconcebible. ¿O no?

Claro. ¡La paranoia de Roger era contagiosa! Bill, como ella, no tenía nada que ver en el asunto. ¿Qué tenía que ver un reportero de *Interiors Canada* con el hecho de que golpearan a Tessier en Cozumel? ¡Era ridículo! Pero si ella fue a la única a quien informaron… los pensamientos de Kate giraban vertiginosos. Apenas si sabía algo acerca de Bill. Si…

El teléfono volvió a sonar y Kate lo miró nerviosa. ¿Habría ocurrido algo más en Cozumel? No, no era posible. Tricia acababa de cortar la comunicación. Sería imposible que volviera a llamar.

—¿Hola?

—Qué tal, Kate. Soy Bill.

¡Bill! Diez minutos antes se hubiese puesto muy contenta de que la llamara. Ahora no sabía si alegrarse, o llenarse de preocupación.

—Bill, te hacía en Montreal.

—Aquí estoy. Solo quería asegurarme de que te encuentras bien. He estado pensando todo el día en el tipo que te llamó anoche. ¿Han vuelto a molestarte?

—No… él no.

—Kate, ¿sucede algo?

Kate titubeó, pero sabía que debía hablar con Bill. Tenía que averiguar la verdad. Los secretos de Roger tendrían que ocupar un segundo lugar. Además, si Bill estuviera involucrado, ya sabría que Roger fue golpeado… y no con el afán de robarle. Por otra parte, si Bill era inocente, no habría hablado con nadie.

—Bill, mi hermana volvió a llamar esta noche. Hay problemas en Méjico. Parece que alguien se enteró de que están allí y le dieron una buena paliza a Roger y según él, yo soy la única que pudo decir a

alguien dónde están ellos. Solo tú y yo lo sabíamos.

—¿Y? —preguntó Bill, con énfasis.

—Y sé que yo no se lo dije a nadie.

—Kate, sé en qué estás pensando y por qué, pero no estoy enterado de que alguien golpeara a Roger Tessier. Alguien más debió averiguar dónde está.

—Sí, es lo que también pensé —le indicó, incierta—. Fue lo que le dije a Tricia —hizo una pausa, sabiendo que debía llevar el asunto a sus últimas consecuencias y quedar segura de Bill—. Supongo que me preocupé por no saber mucho acerca de ti.

—Kate —comentó Bill, después de una pausa—, ¿tienes la guía telefónica a mano? Quiero que busques bajo el nombre de Sutherland. Allí encontrarás a un William R., que vive en Grenadier Pond Road. Ése soy yo.

—Bill, nunca dudé de tu existencia. Solo…

—Está bien, Kate. No estoy molesto, no te culpo por sospechar. Ahora ve al principio de los Sutherland. Encontrarás una A. Sutherland que vive en Westerly Crescent. Ella es Annie, mi madre. Quiero que la llames. Dile que le pedí que avale mi integridad. Llámala en cuanto terminemos de hablar y pregúntale lo que quieras acerca de mí.

—¡Bill, eso es una locura! Pensará que me he escapado de un manicomio.

—Si eso te hace no dudar de mí, no importa lo que piense. No lo olvides. Ella me conoce bien. Ya nada la sorprende.

Kate cogió la guía de teléfonos y dejó escapar un suspiro de alivio al encontrar a la persona indicada en el domicilio citado. Nunca llamaría a la madre de Bill, pero le brindó la opción. Sus preocupaciones se desvanecieron al ver el nombre de su madre, la mujer que confirmaría lo maravilloso que era Bill Sutherland.

—Kate, ¿estás ahí?

—Por supuesto.

—Bien, escúchame. Estoy muy preocupado por ti. Hice todo lo posible por terminar mis asuntos hoy y regresar a Toronto esta misma noche. Es evidente que no lo logré. Estaré ahí mañana por la tarde. ¿Puedo pasar a buscarte al teatro? Podemos ir a alguna parte… para que te olvides de Tricia durante un rato.

—Bill, ya debo parecer un disco rayado, pero ella prometió

llamarme cuando sepa la fecha de su regreso. Debo volver a casa inmediatamente al salir del trabajo, pero me encantaría verte. ¿Podrás soportar otra de mis cenas?

—Me parece bien. Tal vez te lleve una pizza, lo que sea. Pasaré a por ti al teatro. Kate, anota este número —le dio un número telefónico y un número de habitación—. El prefijo es el quinientos catorce. Si necesitas a alguien con quién hablar más tarde, llámame.

—Gracias, pero creo que estaré bien. Buenas noches, Bill.

Despacio, dejó el auricular en su sitio, mirando el número telefónico que había apuntado. El teléfono de su hotel en Montreal y el de su madre en la guía. ¿Cómo pudo imaginar que Bill le pudiera ocultar algo? ¿Cómo pudo sospechar, aunque fuera por un instante, que Roger podía estar en lo cierto? Quienquiera que se enteró de que estaban en Cozumel, no lo hizo como consecuencia de la llamada de Tricia.

Sonriendo, dejó la guía telefónica en su sitio y apagó la luz. A pesar de lo preocupada que estaba por su hermana, al menos un aspecto de su pequeño mundo funcionaba bien… muy bien. Bill Sutherland volvería a su vida al día siguiente. Y era tan recto y digno de confianza como lo consideró.

Capítulo 6

—Hace más frío aquí que en Montreal —comentó Bill, cuando detuvo el Jeep delante de la casa de Kate—. Veamos quién llega antes a la puerta sin congelarse.

—¡Hecho! —Kate bajó inmediatamente del vehículo y tenía la llave en la cerradura cuando Bill la alcanzó.

—¡No juegas limpio, Kate! Yo tuve que rodear el Jeep. Pero no importa —continuó al cerrar la puerta detrás de él—, de lo que se trataba era de meterte en casa cuanto antes —la acercó, cogiéndola de la cintura por la espalda, respirando contra la nuca de la chica—. Sabía que tenía un motivo importante para ir directo del aeropuerto al Royal. Ahora recuerdo de qué se trataba. Necesito un beso más para saber si eres la mujer más interesante que he conocido en mi vida. Fuimos interrumpidos en mitad de la prueba la otra noche, ¿lo recuerdas? —la hizo dar la vuelta sin soltarla y la besó en los labios un instante—. ¿Por qué no te quitas la chaqueta mientras yo me libro de la cámara? Así podré estar más cerca de ti.

—Nunca he sido buena para las pruebas —bromeó Kate, momentos después—. ¿Y si fracaso?

—No creo que lo hagas, pero de ser así, tendremos que darte lecciones para que aprendas a besar.

—Y estoy segura de que conoces al maestro perfecto.

—Creo que podría encontrar a alguien que estaría dispuesto, pero lo de perfecto, solo tú podrás juzgarlo —la tomó de la mano y la sentó junto a él, en el sofá—. Ponte cómoda, Kate. Tenemos que ponernos al día de lo ocurrido en cuarenta y ocho horas —le pasó un brazo por los hombros, para acercarla. Observó la tensión que la invadía. Era evidente que ése no sería el momento para el romance, estaba demasiado preocupada.

Y lo peor de todo, era que tenía motivos para ello. El que Tessier hubiera sido golpeado, indicaba problemas. Los hombres de Bill fueron a Cozumel y hablaron con Roger, pero no recurrieron a la violencia. Alguien más andaba detrás de las joyas y ese alguien sabía dónde se encontraba Tessier.

Si Tricia estaba en lo cierto, si Kate no fue la única que lo sabía, ¿de quién se trataba? ¿Cómo se enteró? Tal vez si la hacía hablar, algo le daría un indicio.

—Kate, debes concentrarte para salir bien en la prueba y me parece que tu mente está a cientos de kilómetros de aquí. ¿Quieres hablar del problema de tu hermana?

—Lo siento, Bill, no es mi intención ignorarte. Me alegro mucho de que estés aquí, pero no puedo dejar de estar pendiente del teléfono. Debo tener instintos masoquistas por querer que llame Tricia, ya que cuando lo hace, las cosas se ponen peor. Me siento una inútil. No logro hacerla entrar en razón. Si no hay nada que pueda hacer para ayudarla, preferiría no saber qué es lo que ocurre. Debe parecerte tonto, pero antes de su llamada, solo estaba un poco preocupada. Ahora quisiera que no hubieran venido a arreglar la línea telefónica.

Bill contempló a Kate pensativo. Algo de lo que dijo no encajaba. De pronto comprendió.

—Kate, piensa en la llamada de tu hermana el martes. Lo primero que recuerdo fue que le preguntaste si trató de comunicarse contigo antes. ¿Cuál fue su respuesta?

—Que no. Comentó que tuvo que esperar para llamar hasta que Roger no estuviera cerca. No me pareció importante, pero parece que el que mi teléfono estuviera estropeado no afectó en nada.

—¿Estás segura de que el teléfono estaba fuera de servicio? Observaste algún fallo antes de que viniera el técnico?

—No… pero me llamaron de la compañía Bell para informarme que había un fallo en las líneas de toda la calle y que esperara la visita de un técnico. ¿En qué piensas, Bill?

—En que cualquiera pudo llamarte y decir que era de la compañía telefónica.

Bill hizo una pausa al recordar al joven que le pareció conocido. Aún no lo identificaba, pero estaba seguro de haberlo visto antes.

—Kate, no creo que el hombre fuera de verdad un técnico —se puso de pie y fue hacia la puerta que conducía al sótano—. Es posible que alguien interviniera tu teléfono. Así fue como se enteraron de que Tessier está en Cozumel.

Kate se apresuró a seguir a Bill. Cuando llegó al sótano, él ya estaba junto a una ventana, examinando los cables telefónicos. Trató de ver qué hacía, pero le fue imposible. Bill era demasiado alto y sus hombros le impedían la vista. Tuvo que rodearlo. Un grueso cable negro entraba del exterior por una perforación en el marco de la ventana. Ya en el interior se abría un abanico de cables multicolores fijos a sus terminales. Bill examinaba con cuidado cada conexión.

—¡Lo encontré! —exclamó Bill, de pronto. Un momento después, se volvió, con la mano extendida. En ella tenía lo que parecía una batería diminuta, similar a la usada para una calculadora portátil. Kate levantó la vista, esperando una explicación de Bill.

—Esto, Kate —continuó él—, es un transmisor… para intervenir un teléfono.

Su teléfono intervenido. Kate contempló el pequeño adminículo. Alguien escuchaba sus conversaciones telefónicas. Así averiguaron dónde estaban Roger y Tricia. Quien lo hizo fue el técnico. ¿Quién era en realidad? ¿Quién le envió?

Desolada, subió por la escalera. No tenía respuestas y el silencio de Bill, le indicaba que él tampoco. Fue a sentarse en el sofá, sin dejar de observar a Bill, que miraba hacia la calle. «Bienvenido a mi mundo», le dijo ella, en silencio. Al fin se obligó a hablar.

—Lamento haberte metido en este enredo, Bill. Tal vez estés deseando haber permanecido en Montreal.

—No digas tonterías, Kate —le sonrió él, al volverse—. Me alegro de haber regresado, y de que encontráramos la interferencia. Solo lamento no haber hecho caso a mis instintos el otro día. Sabía que había algo extraño en ese tipo. Debí hacerle más preguntas.

Guardó silencio, tratando de recordar dónde había visto al falso técnico. La imagen del joven apareció en su mente y de pronto lo identificó. Fue el lunes por la mañana en la cafetería que se hallaba frente al teatro. Él esperaba la llegada de Kate y un individuo de chaqueta de cuero negro estaba sentado en la barra. Fue el mismo hombre, con la misma chaqueta el que apareció en la puerta de Kate el martes por la tarde.

¿Qué diablos significaba eso? El hombre le seguía a él, e intervino el teléfono de Kate. Las respuestas empezaron a surgir. Él era el «otro» que buscaba las joyas Cassidy, quien averiguó dónde estaba Tessier, quien lo mandó golpear y que los utilizó a él y a Kate para localizar a Roger.

De alguna forma averiguó que Bill trataba de localizar a Tessier. Si lo hubiera hecho a través de los contactos que tenía en las compañías de aviación o en el Rackets, el individuo de la chaqueta negra habría estado allí para compartir su descubrimiento. Obtuvo la información que quería mediante la llamada telefónica de Tricia.

Pero, ¿quién era? Ésa era la pregunta clave. ¡Y Bill quería averiguarlo porque el hombre y sus asociados eran muy peligrosos!

—Bill, me siento como si estuviera metida en la vida de otra

persona —apuntó Kate, con voz suave—. Los acontecimientos de los últimos días no suelen ocurrirme. Llevo una existencia tranquila. Lo más emocionante que me ha ocurrido, fue el susto que nos dio Harry Melnyck el lunes pasado. Pero de pronto mi hermana desaparece con un hombre de dudosa reputación, un desconocido viene a intervenir mi teléfono y un chiflado me llama amenazándome. Ésta no es mi vida, Bill y no sé cómo afrontarla. ¡Quisiera que su propietario legítimo viniera a recobrarla!

Con las manos en los bolsillos, Bill estuvo tentado a decirle la verdad. Al diablo con Clive Robertson y sus estúpidas instrucciones. Ya era suficiente. Debía decirle a Kate quién era en realidad y lo que sucedía. Lo haría si no temiera su reacción. Para ella lo primero era la seguridad de su hermana. Su prioridad era recobrar las joyas de Xenia Cassidy. Si Kate decidía que esas prioridades estaban en conflicto, no dudaría en lanzarlo a la nieve.

Así no podría ayudarla… y tenía el presentimiento de que necesitaría su ayuda antes de que ese lío terminara. Tricia la metería en problemas que no podría manejar. Si eso ocurría, él quería estar cerca. Tendría que continuar con la mascarada un poco más. ¡Quería saber con seguridad qué era lo que sucedía! Después de visitar Cozumel, sus hombres quedaron seguros de que las joyas jamás salieron de Canadá. Hablaron con Tessier e investigaron para asegurarse de que las joyas no estaban en el hotel. Si Roger llevó las joyas a Méjico, jamás las habría dejado fuera de su alcance.

Por lo tanto, ocultó las piezas en alguna parte antes de emprender el viaje. Tal vez pensaba guardarlas hasta que las cosas se calmaran. Pero después de ser golpeado, Roger debía comprender que la situación no solo no se relajaba, sino que se volvía peligrosa. Alguien lo buscaba y estaba decidido a jugar sucio.

Tessier no permanecería tomando el sol en la playa cuando le dieran de alta en el hospital. Intentaría recuperar las joyas y deshacerse de ellas antes de que alguien se las quitara… o lo eliminara a él. Si el hombre determinaba que necesitaba un cómplice, Tricia era la candidata ideal. ¿A quién más encontraría desde una cama de hospital en Méjico?

—Aquí llega la pizza —anunció Bill, desde la ventana.

—Será mejor que compruebes la identidad del repartidor —le indicó Kate, con una media sonrisa—. Odiaría romperme un diente con un transmisor con forma de seta.

Bill sonrió al ir a la puerta. Se alegró de que al menos el buen humor de la chica todavía funcionara. Pagó al empleado y llevó la

pizza a la sala.

—¿Te parece que comamos aquí? —la chica asintió y Bill se sentó a su lado y abrió la caja—. Vamos, Kate, se hace tarde. El matarme de hambre no te ayudará. Al menos, ya sabemos que la próxima vez que llame Tricia, tú serás la única que la escuche.

Kate comía sin saborear la pizza. Lo último que la preocupaba en ese momento era el comer. Solo aguardaba esa maldita llamada telefónica. Bill le pasó un brazo por los hombros.

—Kate, estás muy tensa. Trata de relajarte un poco —le frotó la base del cuello. Su contacto era mágico; Kate advirtió que la tensión desaparecía. Cerró los ojos, descansó unos minutos y se enderezó de pronto, sin saber dónde se encontraba.

El instante pasó. ¿Cómo pudo dudarlo? La presencia de Bill llenaba sus sentidos. El aire que respiraba tenía el peculiar aroma masculino que pertenecía a Bill Sutherland. A pesar de lo ocurrido, tenía la misma sensación de relajamiento que advirtió con él unas noches antes, la misma seguridad de que todo estaría bien si él permanecía con ella.

Su brazo la rodeaba por los hombros, protector. Bajo la suave lana de su suéter contra su rostro, su pecho era cálido y firme y su corazón latía acompasado. Se soltó de su brazo para mirarle a los ojos.

—Te has quedado dormida —sonrió Bill.

—Sí… solo un segundo —se irguió para ver el reloj de mesa—. ¿Las dos y media? ¡No es posible!

—Lo es. El segundo fue bastante largo —Bill se inclinó y la besó la mejilla.

—¡Esperaba que Tricia llamara! —el sueño desapareció y Kate ya estaba bien despierta. La realidad de su vida… ¿o era la de alguien más?… volvió de repente.

—Lo más probable es que ya no llame. Debe estar dormida. ¿Por qué no te vas a la cama?

—Por supuesto. Es una locura. Lamento haberte mantenido despierto hasta ahora.

—No te preocupes, no tenía nada especial que hacer. El estar aquí sosteniéndote en mis brazos fue una forma agradable de pasar el tiempo.

—¡Apuesto a que sí! —sonrió Kate—. Además de sostener contigo una charla por demás agradable, tal vez jamás recobres la

circulación en tu brazo.

—El brazo se recobrará y en realidad la charla fue muy interesante. Sabías que hablas dormida, ¿no es así?

—¡No lo creo! ¿Lo dices en serio? —¡no era posible! De ser cierto, ¿qué habría dicho acurrucada en los brazos de Bill? Lo observó con detenimiento, pero no pudo decidir si él hablaba en serio—. ¡No hablo en sueños! Sé que no lo hago… ¿Qué fue lo que dije?

—Cosas muy interesantes: Que te alegrabas de que estuviera aquí contigo. Que me extrañaste ayer y que desearías que Tricia estuviera aquí para olvidarnos de ella y ocuparnos de nosotros.

Kate le miró con escepticismo. Si habló dormida, bien pudo decir eso, pero nadie le había comentado antes que lo hiciera.

—Creo, señor Sutherland, que está poniendo palabras en mi boca.

—Tal vez algunas y solo porque tú no dices lo que me gustaría escuchar —le apartó un mechón de la frente—. Tricia estará bien, Kate. Concéntrate en nosotros.

Volvió a acercarla a su pecho y se inclinó para besarla. El calor de sus labios la hizo estremecerse hasta convertirse en una pulsación profunda dentro de ella.

El beso de Bill la hipnotizaba con sus movimientos atormentadores. Deslizó las manos por su espalda, acercándola más, oprimiendo sus senos contra su pecho. Entre brumas, Kate se maravilló de que un hombre a quien apenas conocía tuviera tanto poder sobre su mente, que la hacía olvidar sus problemas con una caricia. Era como si le conociera de siempre… y él a ella, pues sabía cómo complacerla, cómo excitarla.

Pero, ¿por qué insistía en convencerse de que no conocía a Bill?, se preguntó. No le conocería mejor si llevaran varios años tratándose. Habría acumulado más información sobre él, pero no le conocería mejor.

Lo que sentía por Bill nada tenía que ver con un lapso de tiempo. Hay algo más profundo en conocer a una persona que el sumar el número de horas que se han pasado con ella. Conocía a Bill Sutherland y lo indicado que era para ella. Apareció justo cuando le necesitaba, cuando los acontecimientos de su vida la hundieron en un marasmo de confusión. Estuvo allí cuando le necesitó. Y lo que ahora requería era a él.

Bill atrajo a Kate al deslizarse en el sofá, necesitando sentir todo

su cuerpo contra el suyo. Era tan pequeña y tan frágil en sus brazos, que temía hacerle daño… pero no podría soltarla. Su cercanía le enloquecía, sus labios eran tan sensuales y excitantes, que podría besarla para siempre.

No, no era posible. La punzada de deseo en su cuerpo se lo decía con claridad. Besarla no era suficiente. Quería hacerle el amor… quería, pero no lo haría. Tenía escrúpulos, muy pocos, tal vez, pero eran suficientes para hacerle esperar hasta que las mentiras entre ellos fueran eliminadas. Se colocó de lado y al fin hizo que el beso terminara.

Kate se acurrucó contra él, deslizando los dedos por su brazo, haciendo imposible que ignorara las señales que el cuerpo de Bill enviaba a su cerebro. Se hacían más urgentes a cada instante. Tenía que salir de allí antes de que perdiera los escrúpulos.

—Será mejor que me vaya, Kate.

—¿Sucede algo? —preguntó ella, con ojos brillantes.

—No… por supuesto que no. Solo se hace tarde.

—¿Bill?

—¿Sí?

—Si hubiera hablado en sueños… te habría dicho que me alegro de que estés aquí… que te extrañé ayer —acarició el cuello de Bill y él sintió que sus escrúpulos se desvanecían.

—Escucha, Kate —le indicó despacio—, debes saber lo que me haces. No hay nada en el mundo que prefiera a irme a la cama contigo, pero has tenido días difíciles. Tus emociones deben estar bastante alteradas. Si quieres que te haga el amor, Kate, es maravilloso… pero solo si estás segura de que eso es lo que quieres. Si tienes miedo, o estás alterada, podemos permanecer aquí y solo te abrazaré —Kate deslizó la mano por el pecho de Bill y él la contuvo—, pero si vamos a quedarnos aquí, tendrás que mantener las manos quietas. Me enloqueces.

Kate sonrió con malicia, moviendo una cadera contra él, acrecentando el deseo de Bill.

—¿Solo son mis manos las que te preocupan, Bill? ¿Podemos darnos unos besos más? —trazaba con la lengua círculos pequeños en el cuello de Bill.

—¿Sabes, Kate? —dejó escapar un suspiro, sabiendo que no podría resistir—, no me has enseñado la parte superior de tu casa.

Kate miró al otro lado de la almohada. La luz del pasillo, resabios de su infancia como protección nocturna, iluminaba el rostro de Bill. Lo estudiaba con cuidado, pareciéndole más rudo sin las gafas. Bill se movió y ella deseó que no se despertara aún, todavía no eran las seis, no había amanecido y ella fue quien durmió toda la velada. Bill permaneció despierto, sosteniéndola entre sus brazos y después…

Kate sonrió por el recuerdo. El hombre maravilloso, también era un amante maravilloso. Qué combinación tan extraordinaria.

—¡Te he descubierto!

Kate se sobresaltó al oír la voz de Bill y rio.

—No pude evitarlo. No estoy acostumbrada a despertar y encontrarme a un hombre desnudo, o vestido en mi cama.

—Me alegro, pero más vale que te vayas acostumbrando —Bill se acercó a ella, electrizándola—, si siempre despiertas tan sensual como estás ahora, también deberás habituarte a que te besen por las mañanas… a hacer el amor temprano.

Bill depositaba pequeños besos en el cuello de Kate y subió hasta apoderarse de sus labios en una caricia tan sensual que despertó un deseo ardiente en sus venas. Kate contuvo el aliento y lo tomó del cuello, acercándole para hacer el beso más profundo, queriéndole más cerca, deseándole.

Los residuos del sueño habían desaparecido. El cuerpo de Kate estaba lleno de vida, anhelando las caricias de Bill. El acariciaba los senos, llenando los pezones erectos de exquisito placer. Luego deslizó las manos por la espalda de Kate acercándola a su cuerpo en toda su extensión. Sus labios trazaron un camino descendente por el cuello de la joven hacia los senos hasta que su lengua mágica alcanzó los pezones, las caricias de sus manos se hicieron más íntimas, tornándola en fuego líquido incapaz de tener un pensamiento racional.

Solo era consciente de la firmeza del cuerpo de Bill contra el suyo, de su aroma que la envolvía, de su dolorosa pasión. Palpitaba de deseo, tan dispuesta como él. Lo tomó de las caderas, guiándolo por instinto, necesitando hacerlo parte de ella. Y Bill al fin lo hizo, llenándola con tal sensualidad, que la obligó a murmurar su nombre en un gemido de placer.

Bill empezó a moverse despacio, enloqueciéndola en su excitación hasta que ella lo sintió perder el control y que ella misma

perdía la percepción de sus identidades separadas. Cada movimiento, cada impulso, los llevaba como uno a la felicidad completa que compartieron la noche anterior. Kate se estremecía… ¿O era él? Luego las olas del éxtasis los envolvieron y un fuego líquido los consumió.

Permanecieron juntos hasta que el fuego se apagó y la marea bajó. Poco a poco Kate fue advirtiendo el peso del cuerpo de Bill sobre el suyo. Se quedó inmóvil, no queriendo que él se alejara. Cuando al fin lo hizo, Bill preguntó:

—¿Satisfecha, Kate?

—Soy tan feliz que me siento culpable —suspiró la chica.

—No tienes por qué hacerlo. Mereces ser feliz, pero, ¿puedo hacerte todavía más feliz si te digo que me estoy enamorando de ti?

—Oh, Bill, eso me llevaría más allá de la felicidad. Me pondría en estado de éxtasis.

—Me estoy enamorando de ti, Kate Ballantyne —su sonrisa la tenía cautivada.

—Una feliz coincidencia, Bill Sutherland, porque creo que yo también me estoy enamorando de ti —apenas podía contener su alegría al ver la amplia sonrisa de Bill.

—No solo me enamoro de ti, Kate, sino que he decidido que eres la mejor chica que he conocido.

—Según recuerdo, solo te faltaba un beso para tomar esa decisión. Te dejaste llevar en tu programa de recogida de datos, ¿no es así?

—Bueno ya sabes cómo son las cosas. Además, no mantuviste las manos apartadas.

—No pude controlarme.

—Me alegra que pierdas el control. Esperaré la próxima ocasión con ansiedad.

—Ahora que lo dices… soy la hija del jefe. Podría tomarme el día libre y tendríamos muchas próximas ocasiones.

—Es la proposición más interesante que me han hecho en mi vida, pero lamentablemente, yo no soy la hija del jefe, tampoco su hijo y debo ir a trabajar. De hecho, a menos que lo haga sin afeitarme y con la misma ropa que ayer, será mejor que me vaya ahora. ¿Nos vemos esta noche? ¿En el mismo sitio y a la misma hora?

—De acuerdo, pero, ¿no quieres desayunar, o al menos un café?

—No, gracias, es demasiado temprano. Tomaré café en la oficina. Duerme un poco más. Te veré en el Royal esta tarde… tan pronto como me sea posible —Bill le dio un beso en la nariz y bajó de la cama, para vestirse—. Te veré luego, mi amor.

Kate se tapó con las mantas hasta el cuello y se arrellanó en la cama. «¡Mi amor!», ¡Bill la había llamado mi amor! Se estaba enamorando de ella. ¿Cómo se las arreglaría para pasar el día hasta volver a reunirse con él? Dormitó y soñó despierta hasta las siete y media. Si no se daba prisa, llegaría tarde al trabajo. No importaba. Nada importaba más que Bill. Hasta la preocupación por Tricia pasó a un segundo plano frente a Bill.

Tricia. La euforia de Kate desapareció. Oró por que nada más ocurriera en Cozumel. Tal vez debiera llamar a Tricia. Analizó la posibilidad mientras se duchaba y vestía. Por fin decidió esperar hasta esa noche. Con un poco de suerte, Tricia y Roger ya iban de regreso a casa en ese momento.

Cuando cogía la chaqueta para salir, observó la caja con los restos de la pizza y la cámara de Bill sobre la mesa. Tal vez la necesitara y podría llevársela al teatro. Corrió al teléfono. Quizá Bill ya no estaría en casa. Llamaría a su oficina. Si aún no había llegado, le dejaría un mensaje.

Buscó en la guía el número de *Interiors Canada* y lo marcó.

—Con Bill Sutherland, por favor.

—¿Perdón, qué nombre me ha dicho? ¿Bill Sutherland? Lo siento, aquí no trabaja nadie con ese nombre —le indicó la operadora.

Kate pensó deprisa. Tal vez Bill trabajaba de forma independiente y no disponía de oficina permanente. No, eso no tenía sentido. Dijo que tomaría café en su oficina.

—¿Está segura de que no hay un Sutherland? ¿Tal vez un William?

—Lo siento, no tenemos ningún Sutherland. Quizá marcó mal el número.

—No, es a *Interiors Canada* a donde llamo. ¿Podría el señor Sutherland ser un periodista independiente? ¿Los conoce a todos?

—Creo que sí, pero el editor no está aquí. Si quiere la comunico con él para que lo compruebe.

—Sí… muchas gracias.

Kate apenas logró soportar la breve conversación con el editor.

Interiors Canada no tenía tratos con ningún Bill Sutherland, ni habían encargado un artículo sobre el Royal.

—Lamento haberle molestado —logró decir Kate al fin. Con sus pensamientos en remolino, dejó el auricular, tratando de encontrar una explicación lógica. ¡Tenía que haberla!, gritaba su corazón.

Buscó en la guía el número de Bill. No obtuvo respuesta. Bueno, eso no significaba nada. Retrocedió una página y buscó Sutherland, A.; A. de Annie, dijo él. ¿Quería hacer el ridículo con la mujer? Acababa de hacerlo con el editor, ¿por qué no con una madre? Dejó que el teléfono llamara veinte veces antes de desistir. Nadie le daría la respuesta. Tendría que encontrarla ella sola. Regresó despacio a la sala y al sofá que compartió con Bill la noche anterior.

Las lágrimas empezaron a rodar con libertad por sus mejillas. Sentía la garganta reseca y tenía un dolor en la boca del estómago. Trató de ignorarlos, tragándose el conocimiento de que quienquiera que fuera Bill Sutherland, no era lo que afirmaba ser. Entonces, ¿quién era… quién era?

«Retrocede», se ordenó, «retrocede al lunes y analiza lo ocurrido desde entonces».

Bill Sutherland apareció en su vida, mintiéndole acerca de su identidad y alterando su existencia. Excepto por su viaje a Montreal, se le pegó como una lapa. ¿Por qué? No porque estuviera enamorado de ella, de eso estaba segura.

Las lágrimas volvieron a fluir y se las limpió con el dorso de la mano con rabia. Ese no era el momento de lamentaciones. Tenía que averiguar qué se proponía Bill. Su credibilidad ya se había agotado.

Pasó unas horas con ella el lunes en el teatro. Luego fueron a cenar, ¿algo extraño en esas ocasiones? ¡Sí! El fotógrafo del restaurante. El tipo que hizo la foto y desapareció. Movió la cabeza confundida.

El martes Bill fue a buscarla al teatro y el técnico, que no lo era, se presentó para intervenir su teléfono. Después recibió la extraña llamada de amenaza. Bill estaba allí y lo escuchó. ¿Era eso significativo? No lo sabía. ¡No parecía saber nada! Obligó a su mente a seguir funcionando. ¿Después, qué? Más tarde, Tricia la llamó para informarla que estaba en Cozumel. Bill también lo escuchó…

—¡Maldición! —exclamó Kate, entre dientes. Era Tricia. Lo que hiciera Bill, tenía que ver con Tricia y Tessier. Apareció en su vida justo cuando desaparecieron los viajeros. Pero, ¿qué interés podría tener Bill en ellos? «Utiliza la cabeza», se ordenó. «Tienes que

averiguarlo».

Él averiguó lo que quería sin ningún esfuerzo. ¿Esfuerzo? ¡Ella prácticamente le obligó a escucharla! Volvió a maldecir en silencio y trató de recordar qué hizo Bill después de la llamada de Tricia.

Partió diciéndole que iría a Montreal por la mañana. Se enteró de que Tricia y Roger estaban en Cozumel y fue a Montreal. ¿De verdad lo hizo? Tal vez fue a Méjico y golpeó a Tessier. No… no era posible. Además, Bill la llamó desde Montreal. O quizá lo hizo desde Cozumel, contando con que le llamara, o que se pusiera en contacto con su madre… si en realidad A. Sutherland era su madre.

Kate estaba realmente alterada. Cualquiera que fuera la participación de Bill, obtuvo la información que necesitaba al estar en la sala de su casa. ¿En dónde encajaba la interferencia en su teléfono? Él no pudo haberlo hecho en persona. No había bajado al sótano hasta el día anterior. Era posible que el transmisor no hubiera sido colocado, que lo que parecía una batería, no lo fuera en realidad. No llegó a verlo en detalle y ella no sabía nada de transmisores. Quizá Bill le mostró una batería de su cámara para que creyera que su teléfono estaba intervenido y no pensara que fue él quien averiguó el paradero de Tessier y usó la información. Tal vez el técnico era de verdad empleado de la compañía telefónica y fue Bill quien la hizo creer lo contrario.

Las lágrimas corrían libres por las mejillas de Kate. No podía contenerlas y ya no podía pensar con lógica. En ese momento en lo único que pensaba era que la noche anterior estuvo en brazos de Bill mientras dormía… Y más tarde… el recuerdo la llenó de furia y golpeó el brazo del sofá con el puño. Bill se quedó en su casa solo porque esperaba la llamada de Tricia. El resto no fue más que un juego cruel.

Bill se aprovechó de ella, en tanto que Kate se enamoraba de él. ¿Cómo pudo ser tan tonta? ¿Cómo pudo enamorarse de un delincuente y hacer el amor con él? ¿Y qué diablos haría ahora?

Llamar a Tricia. Se levantó del sofá. Eso sería lo que haría en primer lugar: la llamaría para prevenirla. ¿Prevenirla? ¿De qué? Ni ella misma lo sabía. Pero al menos podría darle el nombre de Bill y una descripción física. Quizá Tessier supiera quién era él. También podría intentar hacerla volver a casa.

Impaciente, esperaba que la operadora la pusiera en contacto con el hotel y su hermana. Al fin un hombre contestó en español. Dejó escapar un suspiró de alivio cuando comprendió que quería comunicarse con la habitación de Tessier.

—Hola —la voz de Tricia era apenas un murmullo. Algo andaba muy, muy mal.

—¿Tricia? Soy Kate.

—¡Kate! Creí que tendría que esperar para hablar contigo hasta esta noche. He cogido el auricular una docena de veces para llamarte al teatro, pero temía que fuera papá quien contestara. Me alegro de que hayas llamado… No sé qué hacer. ¡No me dejan marcharme!

—¿Quién Tricia? —Kate trataba de mantenerse lo más tranquila posible.

—¡La policía!

La policía. Gracias a Dios. Para su fortuna, ellos no fueron quienes atacaron a Roger.

—Empieza por el principio, Tricia. ¿Qué ha ocurrido desde el miércoles por la noche?

—Kate, ayer estuve en el hospital toda la mañana —Tricia estaba a punto de llorar—. Roger quería verme y la policía me llevó con él. Todo está bien, salvo por el hecho de que Roger no será dado de alta hasta dentro de unos días. Mi intención era llamarte anoche para informarte… pero cuando regresé, la habitación estaba hecha un desastre. La destrozaron buscando algo. La administración del hotel llamó a la policía y me interrogaron durante horas.

—¿Qué te preguntaron?

—En su mayor parte querían saber del asalto a Roger. Él no les dijo mucho y creo que sospechan que en realidad no fue un asalto.

—¿Qué les dijiste tú?

—Nada. Absolutamente nada. Roger me hizo prometer que no le diría nada a nadie. Ni siquiera debí decírtelo a ti, Kate.

—Estás equivocada. Hiciste lo correcto, pero tal vez también debiste informar a la policía.

—Kate, no sé si debí hacerlo o no. Me asustaron mucho, así que insistí en decirles que no sé nada. Y es la verdad. Yo no estaba allí cuando sucedió. Yo no vi a los hombres. Comenté a la policía que Roger no me habló mucho del asalto. Kate, Roger no dijo a la policía toda la verdad y creí que si yo hablaba, metería a Roger en problemas. ¡Eso es lo último que él necesitaba! Cuando al fin se marcharon, traté de hablar con Roger sin éxito, o tal vez no entendieron lo que yo quería, así que cogí un taxi y regresé al hospital para informarle.

La chica hablaba atropelladamente.

—Él me dijo que debía irme, que debía volver a casa… que no quería que me hicieran daño. Me dio dinero y ordenó que estuviera en el aeropuerto antes de las siete de esta mañana para que tomara el primer vuelo con destino a Estados Unidos. De allí me sería fácil transbordar con destino a Toronto. Supongo que debí llamarte anoche, pero ya era tarde. No quise preocuparte y creí que podría tomar el avión esta mañana y que podría hacerme cargo de todo, pero al llegar al aeropuerto esta mañana… —el relato de Tricia se rompió en un sollozo.

Kate esperó paciente a que su hermana continuara.

—Cuando esta mañana intenté comprar el billete el encargado llamó a la policía y me impidieron tomar el vuelo. Me retuvieron la tarjeta de turista y así no podré salir nunca. Volvieron a interrogarme acerca del asalto, a pesar de decirles que no sé nada. Dicen que tendré que permanecer aquí hasta que averigüen quién asaltó a Roger y destrozó la habitación del hotel —Kate oyó un suspiró al otro lado de la línea—. La policía me trajo de regreso a El Castillo, Kate. Creo que uno de ellos vigila el hotel. No me permiten salir de Cozumel… y estoy segura de que quienes asaltaron a Roger están aquí. Oh, Kate, ¿qué voy a hacer?

¿Sería posible que la policía de Cozumel retuviera a su hermana contra su voluntad? Kate no tenía la menor idea, pero era evidente que Tricia no podría hacerlo sola. Y si Tessier consideraba que ella estaba en peligro allí, en verdad lo estaba.

Tricia debía volver a casa de alguna forma. Tenía que encontrar la manera de sacarla de Méjico y tendría que hacerlo antes de que pasase algo grave.

—Está bien, Tricia, escúchame. Voy a ir a tratar de ayudarte tan pronto como me sea posible, quizá hoy mismo, pero debes prometerme que no saldrás del hotel hasta que yo llegue.

—No puedo prometerte eso, Kate. Debo informar a Roger de lo que ocurre y en el hospital no me permiten hablar con él por teléfono. Tendré que ir, pero lo haré con cuidado.

—No, Tricia. La mayoría del personal del hotel debe hablar inglés. Al menos el hombre que atendió mi llamada me entendió. Ve a la recepción y pide que alguien te comunique con el hospital en español, para hablar con Roger.

—Está bien —aceptó Tricia, poco convencida.

—Así me gusta. Y Tricia, tenías razón. El individuo que estaba aquí en casa la otra noche está involucrado de alguna manera. No es

periodista. Dice que su nombre es Bill Sutherland. Informa a Roger. Puede significar algo para él, a menos que su verdadero nombre no sea Sutherland. Dile que tiene unos treinta y cinco años. Alto, rubio y bien parecido… —Kate se interrumpió al escuchar la súbita aspiración de Tricia—. ¿Qué sucede, hermana?

—Es él, Kate. ¿Recuerdas que te comenté que Roger me dijo que sus asaltantes no eran mejicanos? Bueno… mencionó que uno de los hombres era alto y rubio.

Capítulo 7

Kate dejó el auricular con mano temblorosa. La última información de Tricia todavía resonaba en su oídos. Su hermana estaba bajo arresto domiciliario… ¿o existía el término arresto isleño? Sus peores sospechas acerca de Bill se hacían realidad. No solo no era el hombre que decía ser, sino que minuto a minuto parecía más un delincuente.

Uno de los hombres que golpeó a Tessier era alto y rubio. Y el alto y rubio Bill Sutherland salió de Toronto la mañana del asalto… fue él quien averiguó dónde estaba Tessier.

¡Montreal! No había una posibilidad en un millón de que Bill hubiera ido allí. Por mucho que ella se resistiera a creerlo, el viaje fue en realidad a Cozumel. Se apoyó en la pared de la cocina con un fuerte dolor que oprimía su corazón. Trató de determinar qué era lo que sentía: ¿Odio? ¿Miedo? ¿Repulsión? Ninguno de los términos se ajustaba a la realidad. Era una emoción que ella no conocía y que no quería volver a experimentar.

¿Qué fue lo que Tricia dijo acerca del asalto a Roger? Resultó con un brazo y unas costillas rotas y conmoción cerebral. Kate se sintió mareada. Bill era un hombre violento. Sus manos que tanto placer le causaron con sus caricias, podían ser armas de violencia brutal. El saberlo la enfermaba. Hizo una aspiración profunda, diciéndose que no debía vomitar. No podría hacerlo. Había tanto que hacer y no sabía por dónde empezar.

Sí lo sabía. Tendría que empezar por apartar los pensamientos de Bill de su mente. Ya estaba fuera de su vida y debía quitárselo de la cabeza. Tenía que llegar a Cozumel. Empezaría por reservar el billete. Llamaría a la compañía de aviación. No, estaba en un error. Ni siquiera sabía qué líneas volaban a Cozumel. Iría a la agencia de viajes de la calle Queen.

Ropa. Tendría que hacer la maleta y también debía llamar a su padre para informarle. ¿Informarle qué? No lo sabía. Empezaría por la maleta, decidió. Así podría ir al aeropuerto desde la agencia de viajes. Con un poco de suerte, inventaría una buena historia para su padre mientras guardaba sus cosas…

Corrió hasta el armario del dormitorio donde guardaba sus vestidos de verano. Vio con desilusión que no tenía nada que pareciera «de negocios». Si tuviera un empleo formal, contaría con varios trajes de lino que impresionarían a cualquier funcionario para

hacerlo devolver la tarjeta de turista de Tricia, pero por regla general usaba vaqueros para trabajar. No había mucho de donde escoger. Por fin se decidió por un par de vestidos que usaba cuando tenía reuniones con clientes.

Sacó una maleta y guardó los vestidos y otras prendas informales. Solo le faltaban zapatos y ropa interior. Se detuvo un instante al ver el bikini rojo en un cajón. Solo Dios sabía cuánto tiempo estaría en Cozumel. Lo arrojó a la maleta, ordenándose sacar el mayor provecho de la ocasión. Al menos Tessier no eligió ir a Alaska a esconderse.

Ahora, ¿qué se pondría para el viaje? Se decidió por una blusa de cuadros amarillos y una falda recta. Después de cambiarse se dirigió al espejo, con el ceño fruncido. Todavía no se había librado del par de kilos adquiridos por excederse en la comida durante las fiestas de fin año. La falda parecía más estrecha y corta de lo que recordaba. Bueno, al menos no parecía tan estrecha como la sentía. Cerró la maleta con llave. Solo le faltaba llamar a su padre. Ya debía estar preguntándose por qué no había llegado al trabajo. Se dirigió al teléfono de su habitación y marcó el número del teatro, todavía rogando por que le viniera la inspiración.

—¿Hola?

—¿Paul?

—Hola, Kate, ¿dónde estás?

—Aún en casa, ¿Está mi padre?

—Llegó y se fue a ver a un posible cliente hace diez minutos. Lo cual tal vez sea mejor para ti —continuó Paul, con una risita—. Al marcharse se quejaba de que llegaras tarde al trabajo otra vez.

¡Santo Dios!, si su padre ya estaba molesto porque llegaría tarde, cuando se enterara de dónde iba, sus gritos romperían los tímpanos de alguien. Kate pensó deprisa. No debía esperar a que volviera, pero tampoco podría irse sin avisarle.

—Paul… tengo un pequeño problema. No te lo pediría si no estuviera en apuros, pero, ¿podrías dar un mensaje a mi padre?

—Claro que sí, Kate.

—No estés tan seguro antes de saber de qué se trata. Me temo que él se pondrá furioso cuando se entere. Volverá a ser la historia de liquidar al mensajero que trae malas noticias.

—Kate, llevo diez años oyendo gritar a tu padre. No me matará de un tiro porque le dé un mensaje. ¿Cuál es el problema?

—Se trata de Tricia, Paul. Se ha metido en líos en Méjico. Tengo que ir a ayudarla.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? ¿De qué se trata?

—No estoy segura. Espero poder arreglarlo. Aparentemente se trata de conseguirle una autorización de salida. Lo único que tú puedes hacer es evitar la explosión de mi padre cuando se entere de que me he ido. Suavízale las cosas, Paul. Indícale que no te di detalles, pero que parecía muy despreocupada del asunto.

—Está bien. Solo quiero que me digas dónde estarás, por si pasa algo.

—Me parece justo. Confío en que guardes el secreto. Tricia está en Cozumel, en un hotel llamado El Castillo. No se lo digas a mi padre. Se alteró tanto cuando se enteró de que Tricia estaba en Méjico, que no entré en detalles con él. No sé por qué tengo el presentimiento de que de nada serviría decírselo ahora. Solo coméntale que volví a hablar con Tricia, que se encuentra bien y que decidí ir a pasar unos días al sol a su lado.

—Kate, sabes que nunca me creerá eso.

—Lo sé, pero cualquier cosa más que le digas conseguirá inquietarle. Lo siento, Paul, no quería inmiscuirte en esto.

—Está bien, Kate. ¿Para qué son los amigos? Solo espero que no tenga un garrote a mano cuando le informe.

—Gracias, Paul. Quedaré en deuda contigo —Kate cortó la comunicación, alegrándose de la amistad de Paul y con alivio por no haber tenido que tratar con su padre. Pidió un taxi por teléfono. Con suerte, estaría en la agencia de viajes antes de las diez.

La joven se volvió hacia Kate con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento. La respuesta del ordenador es muy lenta. En esta época del año los vuelos a Méjico están saturados.

Kate correspondió a la sonrisa. La chica hacía lo que podía. Doreen regresó a su pantalla y tecleó nuevos datos. Kate cerró los ojos e inmediatamente la sonriente imagen de Bill se formó en su cerebro. Un nudo doloroso la molestó en la garganta. Qué equivocada había estado respecto a él.

¿Cómo era posible que su adorable sonrisa fuera tan falsa? ¿Cómo pudo confiar en Bill con tanta facilidad y dejarse amar por él

tan pronto? Se estremeció al recordar sus caricias. ¿Cómo pudo permitir que un hombre como él la tocara y disfrutara tanto? Solo había una respuesta.

Era una tonta. Lo que tomó por sinceridad, no fue más que una buena actuación.

No, no fue buena, el término correcto era magnífica. Ella se tragó el anzuelo por completo. Si hubiera un premio para una tonta, ella lo merecía. Abrió los ojos para apartar la imagen de Bill, deseando poder borrar los pensamientos de él con la misma facilidad. Se negaban a darle un momento de tranquilidad.

—No hay forma de que llegues allá mañana —comentó Doreen. El último vuelo programado sale de Miami a las tres de la tarde y está completo… hasta con lista de espera. No hay posibilidades de que pudieras abordarlo. Ya de por sí sería difícil que llegaras a Miami antes de las tres. El único vuelo disponible desde Toronto es vía Chicago, con una escala. Para hacerte llegar a Miami esta tarde, tendríamos que llevarte a Nueva York y allí cambiar de línea aérea. Si mañana hay un vuelo de Miami a Cozumel, podría reservar pasaje para ti en el vuelo de las ocho de la mañana. Eso te daría tiempo de hacer el cambio de vuelo en Miami.

—Tiene que haber una forma de que llegue hoy —insistió Kate —. Mi hermana tomó un vuelo directo y sé que hizo planes a última hora.

—Seguro que fue en un vuelo chárter. Son los únicos directos de Toronto a Cozumel.

—Doreen, es necesario que llegue hoy.

—Bueno, si es tan urgente, podríamos intentar hacerte llegar a Miami a las tres de la tarde. No obstante, insisto en que es muy difícil que consigas sitio en el vuelo de Mexicana. Es probable que tengas que pasar la noche en Miami… a menos que quieras contratar un vuelo privado en un avión pequeño. No hay garantías de que puedas arreglar algo y te saldrá bastante caro.

—Si no hay más remedio, ¿para qué son las tarjetas de crédito?

—Perfecto —rio Doreen—. Un vuelo directo a Miami a la orden. ¿Fecha de regreso?

—No. Todavía no sé cuándo podré regresar.

—Lo siento, señorita —comentó el encargado del mostrador de Mexicana de Aviación. Ya están abordando el vuelo de Cozumel y no hay un solo asiento disponible.

—Gracias por su esfuerzo —¿dónde estaba la suerte de los irlandeses?, se preguntó Kate—. Me dijeron que podría contratar un vuelo privado. ¿Dónde puedo enterarme?

—Lo lamento. Acabo de ser trasladado a Miami y apenas si sé dónde están las compañías grandes. Hable con un maletero. Ellos conocen a todos en el aeropuerto.

—Gracias —Kate cogió su maleta y se alejó. Caminó lo que parecieron kilómetros hasta que distinguió a un hombre con aspecto de mecánico. Se dirigió a él.

—Por supuesto —contestó a su pregunta. Se acercó a una ventana—. ¿Ve esos hangares y los pequeños aviones que hay frente a ellos? Vaya allí y empiece a preguntar. Quizá alguno de ellos esté interesado en llevarla.

—Muchas, muchas gracias —sonrió Kate. El panorama empezaba a aclararse. Con tanto aparato frente a ella, encontraría a alguien que la llevara en el vuelo de media hora. Dos jóvenes charlaban junto a un avión que un anuncio manifestaba que era un SENECA PA-34. Kate lo observó con cautela. El volar no la entusiasmaba y el Séneca era diminuto. No obstante, parecía en buen estado de mantenimiento.

«Así que ahora eres experta en aviación», le dijo una voz interior. Decidió ignorarla.

—Trato de llegar a Cozumel hoy mismo. Me dijeron que aquí podría contratar un vuelo.

Los hombres se miraron y luego se volvieron hacia Kate. Le recordaron a Mutt y a Jeff, los personajes de una tira cómica. Uno de ellos no medía más de un metro sesenta y el otro parecía un escuálido jugador de baloncesto.

Mutt parecía muy divertido por las palabras de Kate. Apuntó al pequeño Séneca.

—Estoy trabajando en la máquina. Necesito algunas horas todavía. ¿Qué dices tú, Jack? —lanzó un sonrisa maliciosa a su alto compañero.

No eran Mutt y Jeff, sino Mutt y Jack, se corrigió Kate. Miró a Jack, esperanzada.

—Tal vez pueda hacerlo, señorita. Debo verificarlo con el parte

meteorológico. Sin embargo, el viaje le saldrá caro.

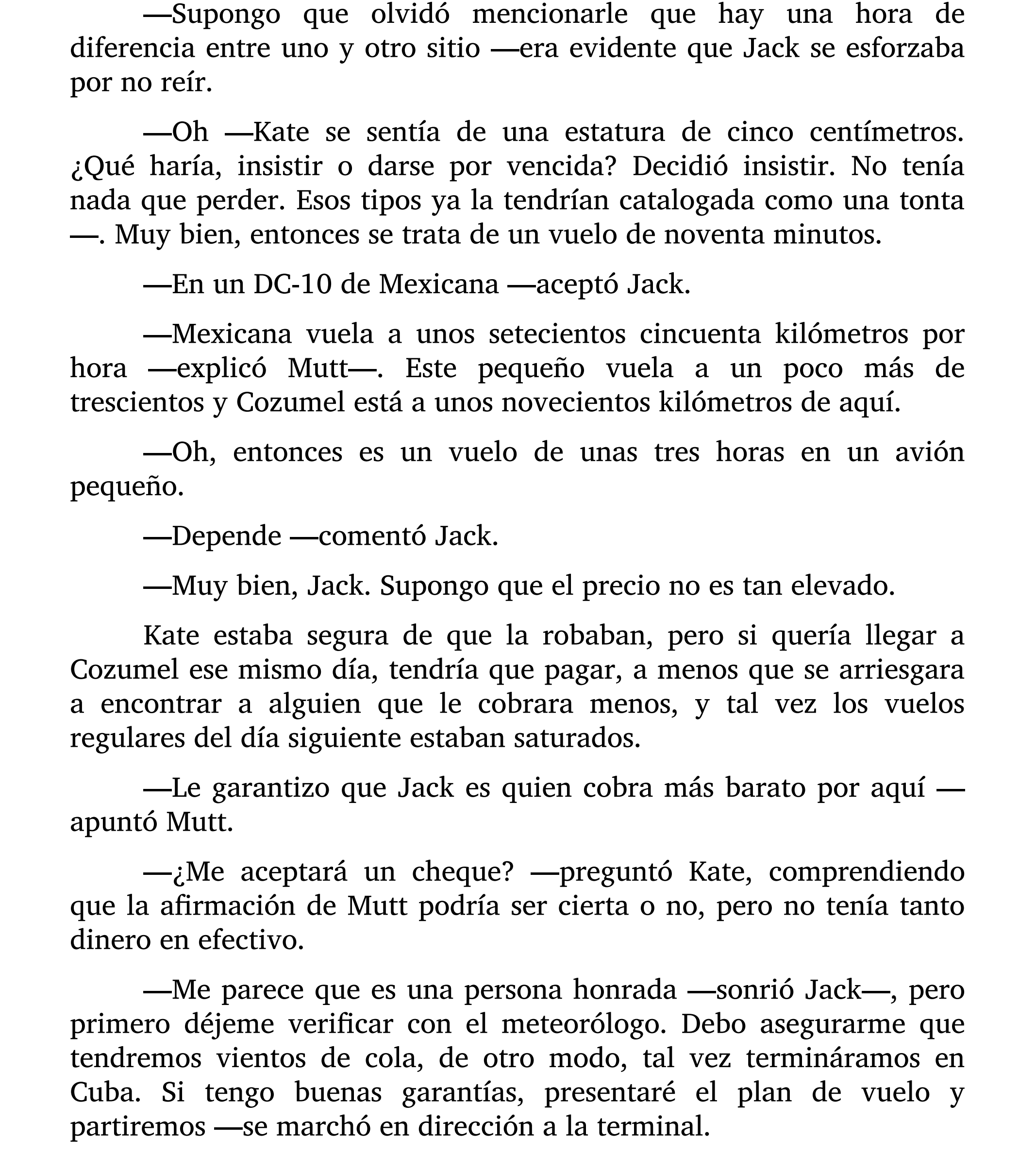
—¿Cuánto costará?

Jack mencionó una cifra que hizo que Kate se ahogara.

—¿Para un vuelo de media hora?

—¿Quien le dijo que era de media hora? —preguntó Jack, intercambiando mirada con su compañero.

—En una agencia de viajes. Me comentó que el vuelo de Mexicana sale a las tres y llega a Cozumel a las tres y media.



—Supongo que olvidó mencionarle que hay una hora de diferencia entre uno y otro sitio —era evidente que Jack se esforzaba por no reír.

—Oh —Kate se sentía de una estatura de cinco centímetros. ¿Qué haría, insistir o darse por vencida? Decidió insistir. No tenía nada que perder. Esos tipos ya la tendrían catalogada como una tonta —. Muy bien, entonces se trata de un vuelo de noventa minutos.

—En un DC-10 de Mexicana —aceptó Jack.

—Mexicana vuela a unos setecientos cincuenta kilómetros por hora —explicó Mutt—. Este pequeño vuela a un poco más de trescientos y Cozumel está a unos novecientos kilómetros de aquí.

—Oh, entonces es un vuelo de unas tres horas en un avión pequeño.

—Depende —comentó Jack.

—Muy bien, Jack. Supongo que el precio no es tan elevado.

Kate estaba segura de que la robaban, pero si quería llegar a Cozumel ese mismo día, tendría que pagar, a menos que se arriesgara a encontrar a alguien que le cobrara menos, y tal vez los vuelos regulares del día siguiente estaban saturados.

—Le garantizo que Jack es quien cobra más barato por aquí —apuntó Mutt.

—¿Me aceptará un cheque? —preguntó Kate, comprendiendo que la afirmación de Mutt podría ser cierta o no, pero no tenía tanto dinero en efectivo.

—Me parece que es una persona honrada —sonrió Jack—, pero primero déjeme verificar con el meteorólogo. Debo asegurarme que tendremos vientos de cola, de otro modo, tal vez termináramos en Cuba. Si tengo buenas garantías, presentaré el plan de vuelo y partiremos —se marchó en dirección a la terminal.

—¿Vientos de cola? —preguntó Kate al otro hombre. Cada vez tenía más dudas.

—Cozumel está más allá del límite de la mayoría de los aviones pequeños. Jack cuenta con un tanque de combustible adicional, pero necesita contar con buenos vientos de cola —levantó la vista hacia un poste con un indicador de dirección de viento—. Está en la dirección correcta. Llegarán bien. El único problema será que Jack tendrá que permanecer allí hasta que el viento cambie y pueda regresar. Tiene amigos en Cozumel y le gusta bucear cuando puede —el hombre se alejó y volvió al motor de su avión.

Kate se sentó a esperar en su maleta, ordenándose descansar y disfrutar del sol de Florida, tratando de no pensar en la frecuencia con la cual los vientos podían cambiar. Se concentró en pensar cómo se las arreglaría para convencer a la policía mejicana para que dejaran partir a Tricia, cuando Jack regresó.

—Plan de vuelo registrado —comentó él, con una sonrisa—. Ahora, solo necesito su cheque. Extiéndalo a nombre de Jack Burnside.

Kate sacó de su bolso uno de los cheques de la compañía que llevaba para una emergencia. Para ella la ocasión lo justificaba, si bien el contable diría lo contrario, se dijo, mientras firmaba el documento.

—Muy bien. Vámonos —le indicó Jack después de examinar el cheque, y cogió la maleta de Kate—. Tenemos que llegar a Cozumel antes del anochecer, señorita Ballantyne —emprendió la marcha a paso acelerado siguiendo la fila de aviones pequeños.

Kate corría para mantenerse cerca de él. ¡Llegar a Cozumel antes del anochecer! Jack debía ser un comediante. Todavía contaban con más de tres horas de luz solar.

—Allí está —anunció Jack, cuando estaban próximos al final de la fila de aviones.

Kate miró hacia donde apuntaba y se le encogió el corazón. Tenía que ser una broma. El aparato en cuestión debía ser más viejo que ella. No había pagado tanto para volar en una pieza de museo. Sin embargo, Jack no parecía bromear, su expresión era de legítimo orgullo. Kate comprendió por qué Jack cobraba las tarifas más económicas y el motivo la aterrorizaba. Tal vez le devolviese el cheque. Pero, ¿entonces? Tendría que pasar la noche en Miami… tal vez varios días. Se dijo que Jack no levantaría el vuelo si el aparato no fuera seguro.

«¿Cómo lo sabes?», preguntó la voz interior. No lo sabía. Hacía

solo media hora que había conocido a Jack. Tal vez el individuo tenía tendencias suicidas. Pero el avión tenía que ser seguro. Debía cumplir con ciertos requisitos de seguridad para operar.

El Séneca era un elegante aparato plateado. Aquél parecía un insecto superdesarrollado. En la punta chata tenía una hélice, más pequeña que las hélices del ventilador que tenía en casa, insuficiente para mantener a un avión en el aire.

—Una sola hélice, ¿eh? —comentó Kate, en un tono que esperaba pareciera despreocupado.

—Un motor, una hélice —respondió Jack, encogiéndose de hombros.

¡Maravilloso! Un solo motor. Nada mejor que volar sobre el Atlántico con un solo motor. Eso no la haría sentirse mejor.

—¿Qué tipo de avión es?

—Un Piper Club, modelo J-3 —comentó Jack, orgulloso—. Este pequeño es uno de los aparatos más antiguos que vuelan en Florida. Fue construido en el cuarenta y seis.

—¿Mi novecientos cuarenta y seis? —insistió Kate, titubeante.

—Así es, poco después de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, le he hecho un buen número de modificaciones. Sin ellas no volaba a más de ciento veinte kilómetros por hora. Ahora lo hace a más de ciento sesenta con un buen viento de cola, pero en realidad es un aparato viejo, casi tanto como mi madre —sonrió Jack.

—¿Y aún así le dejan operar desde un aeropuerto de importancia como éste?

—¡Por supuesto! Se necesita un permiso especial para aparatos sin radio. Por eso debemos llegar a Cozumel antes de que oscurezca —volvió a acelerar el paso.

Kate asintió, decidiendo no hacer más preguntas de cuyas respuestas quizá no quisiera enterarse. Al menos había reglamentos, alguien vigilaba el estado de cosas. Cuanto más se acercaban, peor parecía el pequeño avión. Tenía roturas en el fuselaje. No era posible, observó con cuidado. O estaban allí, o alucinaba.

Jack pasó bajo el ala del aparato, tiró de una ventanilla con goznes y miró hacia atrás.

—Irá delante, señorita Ballantyne, así que será mejor que suba yo antes. Llevaré su maleta —le indicó Jack y subió a la parte posterior del avión.

Kate observaba el aparato con incredulidad. Los dos minúsculos asientos estaban uno detrás del otro. Solo le hacía falta un casco de cuero y una bufanda y pasaría por el Barón Rojo.

—Ponga el pie en el estribo, apoye su peso en el larguero y colúmpiese para subir.

Kate levantó la pierna y la falda la detuvo a medio camino hacia el estribo.

—Supongo que tendría que subírsela —sugirió Jack.

Kate se levantó la falda, empezó a subir al avión y se detuvo. ¿Ella iría delante? Había controles allí. Contempló el… como se llamara que se erguía al centro del que sería su lugar.

—No se preocupe por el timón, señorita Ballantyne. Solo estará entre sus piernas. Casi ni lo notará. Yo conduciré el aparato desde el asiento posterior.

—Entonces, ¿qué son todas… esas cosas?

—Son para si se lleva copiloto, pero el tablero de mandos está aquí detrás. Suba, póngase el cinturón de seguridad y partiremos.

Kate se subió más la falda para dejar esa cosa, ¿cómo la había llamado?, ¿timón?, entre sus piernas. Moriría en ese pequeño aparato. No tenía dudas de ello. Moriría con la falda demasiado ajustada alrededor del cuello y un estafador en el asiento del piloto, detrás de ella. Volarían sobre el Golfo de Méjico y serían devorados por los tiburones. Al menos, Jack no tendría la oportunidad de cobrar su cheque.

Jack puso en marcha el motor y el pequeño aparato se sacudió. Kate se aferró a su asiento. Si por algún milagro no moría, lo primero que haría al llegar a Cozumel sería asesinar a su hermana. Se ajustó el cinturón de seguridad y cerró los ojos, esperando que al abrirlos, descubriría que todo era parte de una pesadilla.

El sol tropical se ponía en occidente cuando Jack aterrizó en Cozumel. Llevó al avión a un punto cercano a la terminal aérea y lo detuvo.

—Muy bien, aquí estamos sanos y salvos antes de que haya oscurecido. Dejaremos aquí el aparato. Alguien se hará cargo de él en unos minutos.

Temblorosa, Kate bajó del avión, resistiendo la tentación de

besar el suelo. Jack bajó detrás de ella, maleta en mano, y emprendió la marcha hacia la terminal.

—Será mejor que le diga dónde estaré alojado. Es probable que me quede aquí un par de días. Tal vez quiera que la lleve de regreso.

—No, regresaré con mi hermana. Necesitaremos algo más grande.

El piloto abrió la puerta del edificio, para que ella pasara.

—Todavía estaré aquí un rato para asegurarme de que el avión sea atendido. Puede coger un taxi en la entrada. ¿Sabe adónde ir?

—Sí, muchas gracias.

—Entonces, me despido —con una sonrisa, Jack dejó la maleta de Kate en el suelo—. Fue un placer hacer negocios con usted, señorita Ballantyne. Disfrute de su estancia aquí.

Después de cambiar moneda, Kate se dirigió a la entrada del aeropuerto y al abrir la puerta, la recibió un coro de voces anunciando taxis. Cuando asintió, uno de los miembros del coro cogió su maleta, la guardó y le abrió la puerta de un viejo taxi. Cansada, Kate ordenó al conductor que la llevara a El Castillo. El hombre aceleró y partieron raudos del aeropuerto.

Después de una carrera enloquecedora, en diez minutos el taxista detuvo su vehículo con un rechinado de neumáticos y frente a ellos estaba el hotel. Kate se asombró de que hubiera llegado de una pieza.

—El Castillo, señorita. Diez mil pesos, por favor.

¿Diez mil? El individuo debía estar en contubernio con Jack Burnside. Al pagarle, decidió que al día siguiente se dedicaría a calcular las tasas de cambio. También al día siguiente se ocuparía de recobrar la tarjeta de turista de Tricia. Sería un día muy atareado.

El hotel parecía acogedor. Kate se detuvo en la entrada para apreciar las losas de cantera del vestíbulo, el espeso follaje de macetas rojas y el mobiliario en piel. Enseguida reconoció a una joven que charlaba con un hombre de avanzada edad, a pesar de que le daba la espalda. Tricia estaba a salvo, se dijo, con un suspiro de alivio.

—Hola —saludó y Tricia se puso de pie de un salto.

—¡Kate!, lograste llegar hoy. Ya es tarde y pensé que no vendrías hasta mañana. No sabes cuánto me alegro de verte —le indicó, abrazándola—. Hablaba de ti con el señor Williams.

Mientras Tricia parloteaba y le presentaba al anciano, Kate

observó que, aparte de las ojeras, el aspecto de su hermana no había cambiado: una versión más joven de ella misma, la misma estatura y constitución física y el mismo pelo rizado. Excepto por el color de los ojos, el parecido era notable. Kate era la única de ojos verdes en la familia. Los de Tricia eran tan azules como los de su padre.

Tricia estaba de maravilla, mucho mejor que ella, supuso Kate, después de pasar uno de los peores días de su vida, empezando por la llamada a *Interiors Canada* y terminando con el alocado recorrido en el taxi en Cozumel, incluyendo el viaje en el Piper. Tricia se despidió del señor Williams y cogió a Kate del brazo.

—Cuánto me alegro de que estés aquí, Kate. Me he pasado todo el día aquí en el hotel, como me indicaste, pero es muy aburrido. Todo está demasiado tranquilo. Ya no estoy asustada como cuando hablé contigo esta mañana, tal vez fui una tonta. Estoy segura de que lo único que tendrás que hacer es hablar con la policía y me dejarían irme. ¿Ya has cenado? ¿Quieres salir un rato?

—Tricia, lo único que quiero es un baño caliente y una cama y no, no he cenado. Ahora que lo mencionas, no desayuné ni almorcé tampoco. ¿Podrán subir algo a la habitación?

—Por supuesto, la comida es excelente, Ven, te llevaré a nuestro cuarto.

Kate estaba sentada en la cama, vestida con la bata de Tricia, secándose el pelo con una toalla. La ducha la hizo volver a sentirse humana… excepto por el terrible vacío que rodeaba su corazón. «Olvídalo», se ordenó con firmeza. Ya eran suficientes los problemas que le causó Bill Sutherland. El pensar en él solo le ocasionaba más dolor.

—Déjame hablarte de mi viaje, Tricia. Tuve un día increíble —se obligó a sonreír.

Tricia rio de buen grado al escuchar el relato del viaje en el viejo avión de Jack Burnside.

—¡Kate, no puedo creer que hayas hecho eso! ¿Además le diste un cheque de la compañía? El viejo Raystone te asesinará cuando volvamos. Ya sabes cómo es respecto a la «aplicación irregular de fondos de la compañía». ¡Espera y verás! —rio Tricia—. Raystone presentará a papá una serie de historias horripilantes de cómo la oficina recaudadora de impuestos le acusará de evasión fiscal, o algo peor, por ese cheque. Tal vez sea papá mismo quien te asesine. ¿Crees

que al estar ocupado contigo se olvidará de mí? —preguntó, maliciosa.

—No es probable. Tú encabezas su lista de prioridades, Tricia, pero estoy segura de que a mí me alcanzará algo de su furia.

—¿Está muy molesto? —las risas de Tricia se transformaron en expresión de ansiedad.

—Cualquier descripción se queda corta y debo agregar que yo tampoco estoy muy contenta contigo —señaló en tono serio.

—Kate, no sabes cómo lo siento y de verdad aprecio que hayas venido a ayudarme. Sé que no debí huir con Roger. Solo me pareció… —Tricia se estremeció, con expresión de desolación—. Creía estar enamorada de él, pero ahora… —hizo una pausa—. Kate —continuó —, ¿recuerdas lo que mamá solía decirnos cuando nos metíamos en problemas? «Incluso una mala experiencia es buena si sacas algún provecho de ella». Bueno, he aprendido mucho estos días… lo principal, es que no soy tan madura como consideraba y que debo prestar más atención a mis mayores.

Kate asintió despacio. Era asombroso lo bien que Tricia recordaba a su madre. Habían pasado muchos años desde su muerte y no obstante, Tricia la recordaba al detalle.

—Tricia, más vale que recuerdes lo que has hecho desde que llegaste. Necesito saber con precisión a lo que me enfrentaré mañana.

—Kate, ¿qué crees que debo hacer si vuelven a interrogarme. Esos tipos me intimidaban mucho. ¿Debo informarles de lo que Roger me comentó sobre sus asaltantes?

—No lo sé, Tricia. Para mí debiste decirles todo desde el principio. Ahora, considero que mientras menos sepan, mejor. No quiero asustarte, pero hay un par de cosas que me preocupan: En primer lugar, ¿todavía habrá alguien en la isla que ande detrás de Roger? Si dices algo a la policía y esos tipos se enteran, podrían venir en tu busca —la miró a los ojos—. En cuanto a lo que a la policía se refiere, he oído algunas historias dramáticas de la policía mejicana. Si ahora determinan que les mentiste, podrían prolongar tu estancia aquí, creyendo que sabes más de lo que les has dicho. Quizá esté equivocada, pero creo que debes ceñirte a la historia de que no sabes nada, al menos hasta que averigüe a qué debo atenerme con ellos.

Tricia asintió, con una sonrisa nada convincente.

—¿Qué hay de Roger? —continuó Kate—. ¿Lograste hablar con él?

—Sí, seguí tu consejo y alguien de la recepción del hotel llamó al hospital para que me pusieran en comunicación con él.

—Tricia… ¿le preguntaste acerca de Bill Sutherland?

—Sí. Dice no conocer su nombre, pero que si el individuo resultó no ser periodista, es alto y rubio y escuchó nuestra conversación telefónica, debe ser el mismo que apareció por aquí.

Por supuesto, se trataba de Bill, concedió Kate, triste. ¿Qué más evidencia necesitaba? Se obligó a no pensar en él.

—¿Qué dice Roger respecto a que la policía no te deje marcharte?

—Sugirió que intentes sobornarlos.

—¡Claro, típico de él! —Kate lamentó sus palabras al instante, pero eran ciertas. Roger Tessier siempre pensaría que el cohecho es la mejor solución. No la sorprendía.

—Kate, él solo trata de ayudar —comentó Tricia—. Está muy preocupado por mí. Quiere que salga de aquí cuanto antes.

—¡Maldición, Tricia! Así es como debe ser. Él fue quien te metió en este lío. ¿Hasta dónde estás inmiscuida? —miró a su hermana con ansiedad.

—¿En qué, Kate? No te entiendo.

—Me refiero al hecho de que Roger está en un enredo. Eso es evidente. Quiero saber si tú estás involucrada. ¿Hay algo que no me comentaste? ¿Sabes cuáles son sus intenciones?

—Nada, te lo digo con sinceridad. Lo único que Roger dijo cuando salimos de Toronto, era que estaba harto del invierno, que necesitaba cambiar de aires y que quería que viniera con él. Hasta que no estuvimos aquí no me indicó que no informara a nadie de dónde nos encontrábamos… que tenía un ligero problema.

—¿Un ligero problema? Tricia, por favor. Cuando él terminó en un hospital, debe haberse dado cuenta de que el problema no es nada ligero. Debió darte una explicación del porqué fue golpeado.

—No, solo me informó lo que ocurrió, no el porqué. Paseaba por la playa cuando dos desconocidos empezaron a hacerle preguntas. Uno era alto y rubio, el otro era de estatura media, gordo, de pelo castaño y bigote espeso. Eso es todo, Kate.

—Acerca de las preguntas. ¿Qué querían saber?

—Deseaban información de algo que ocurrió antes de que

saliéramos de Toronto, pero Roger no tenía respuestas para ellos. Por eso lo golpearon. Tal vez creyeron que así le harían recordar.

—¿Y tú no tienes idea de qué se trata? ¿Qué es eso de lo que él «no sabe nada»?

—No, Kate, no tengo idea.

—Está bien —aceptó Kate, cansada—. Háblame de la policía. ¿Por qué insisten en que te quedes? Si les has dicho una y otra vez que no sabes nada, ¿en qué creen que puedes ayudarlos?

—Kate, su inglés no es muy bueno. Me fue difícil averiguar lo que trataban de decirme, mucho menos saber cuáles son sus motivos. El encargado del mostrador en el aeropuerto traducía a medias lo que me decían y él tampoco sabe mucho inglés. Como te informé, ellos ya tenían mi nombre registrado. Me retiraron la tarjeta de turista y me interrogaron. Más tarde, me trajeron de nuevo al hotel y me prohibieron abandonar la isla. Eso es todo.

Kate miraba por la ventana, sintiéndose abrumada y poco calificada para tratar con la policía. No sabía una palabra de español. A menos que encontrara un oficial que hablara inglés, no tendría ninguna oportunidad.

—¿Quieres salir a la terraza? —preguntó Tricia—. El jardín es muy agradable. Me alegro de que la habitación esté en el primer piso, ya que el aroma de las flores es delicioso —abrió las puertas y salieron hasta unas sillas que había en el patio.

—Tienes razón —murmuró Kate—. Es muy agradable. Supongo… —se interrumpió al oír un ruido entre los arbustos que las rodeaban y se volvió ansiosa hacia Tricia.

—Hay un sendero al otro lado, Kate. Quizá solo se trate de alguien que pasea.

Kate se esforzó por ver entre los matorrales. Tricia tenía razón. Se trataba de un hombre que deambulaba. Entre las sombras, solo se distinguía el fuego de su cigarrillo.

—Espero no haberlas asustado, señoritas. No las había visto.

—Está bien —respondió Tricia.

Kate le vio tirar el cigarro y dirigirse hacia la zona iluminada de la piscina. Era de estatura media y de constitución robusta. Se detuvo junto a la piscina y se sacó otro cigarrillo del bolsillo de la camisa. Lo encendió, protegiendo la llama de la brisa con las manos. La llama reveló que su cabello era color castaño y tenía un bigote espeso.

Kate le miró atónita. Dos asaltantes. Un hombre alto y rubio y el segundo que coincidía con la descripción de su hermana. Se volvió hacia ella y en su expresión descubrió el temor que seguramente reflejaba su cara.

—¡Tricia! ¿Has visto antes a ese hombre? ¿Es huésped del hotel?

—No lo sé. No lo había visto antes, pero, ¿no crees que Roger sí?

Capítulo 8

Kate estaba frente al mostrador de la recepción del hotel, escuchando ansiosa la conversación telefónica del administrador, sin comprender una palabra de lo que decía.

—Un momento por favor —el hombre tapó el auricular del teléfono—. El oficial Martínez habla inglés, señorita, pero no podrá recibirla hasta las cuatro, esta tarde.

—Estoy segura de que no le quitaré mucho tiempo. ¿Podría verme unos minutos antes de esa hora? Es urgente.

Kate oró porque así fuera. Si no recobraba la tarjeta de turista de Tricia antes de las cuatro, no saldrían de la isla ese mismo día y no quería permanecer allí un minuto más de lo necesario, en especial después de ver al hombre del bigote merodeando por los alrededores de su cuarto la noche anterior.

El asaltante alto y rubio de Roger ya se encontraba de regreso en Toronto, lo sabía demasiado bien. Pero estaba dispuesta a apostar todo su dinero, y otro cheque de la compañía, a que el otro asaltante era el que las rondaba. De ser así, ella y Tricia podrían estar en peligro al quedarse en Cozumel.

El administrador seguía hablando por teléfono. Hizo una pausa para escuchar, se encogió de hombros y comentó.

—Sí, claro, muy bien —cortó la comunicación y se volvió hacia Kate—. Me temo que su cita es a las cuatro. El oficial Martínez no puede recibirla antes.

—Bueno, muchas gracias por su ayuda.

Kate regresó a su habitación. Era evidente que no partirían ese mismo día. Sin embargo, confiaba en que pudieran hacerlo por la mañana. Llamaría a las compañías de aviación para reservar los billetes. Después… después se enfrascaría con Tricia en una segunda discusión sobre si debían ir al hospital a ver a Roger. Bueno, Tricia podría discutir todo lo que quisiera, pero no lo harían.

No saldrían de la seguridad del hotel a menos que fuera indispensable. Un policía vigilaba la entrada, según observó cuando estaba en recepción y el hombre del bigote no había intentado nada la noche anterior, seguramente consciente de la presencia del agente. Por lo tanto, ella y Tricia permanecerían allí. Podían pasar el día en la piscina hasta que fuera hora de acudir a la cita con Martínez.

El oficial Martínez extendió las manos regordetas sobre el escritorio y negó con la cabeza.

—Lo siento, señorita, yo no establezco las reglas, solo las impongo. Su hermana no podrá irse hasta que nos diga todo lo que sabe.

—Pero…

—Se lo diré de nuevo, señorita. El turismo es la única industria en Cozumel y la isla es conocida por su seguridad. Solo en las áreas desiertas tenemos algún problema ocasional, pero en las calles y playas de San Miguel, los visitantes pueden pasear con tranquilidad de día o de noche. Por eso no podemos tomar a la ligera lo que le ocurrió al señor Tessier. Si hay alguien asaltando turistas, debemos detenerlo. Lamentablemente, su hermana no quiere colaborar con nosotros.

Kate trató de controlarse. El salir de sus casillas siempre la hacía decir más de lo debido y cuanto menos hablara con Martínez, mejor. Conociéndolo, sabía que no debía apartarse de la historia de Tricia de que ella no sabía nada. Estaba segura de que algo raro ocurría. Los motivos que esgrimía Martínez para hacer que Tricia permaneciera en la isla eran ridículos, pero el insistir en ello no la llevaría a ninguna parte. Lo único posible, era tratar de convencerlo de que debía dejar ir a su hermana.

—Oficial Martínez, comprendo su preocupación por detener a los asaltantes, pero mi hermana no puede decirle más de lo que ha informado y tal vez la expone a un peligro al mantenerla aquí. ¿Qué opina del hombre que merodeaba cerca de nuestra habitación anoche? Sé que no quiere que le pase nada a Tricia. Además, ella no se guarda ninguna información, porque no la tiene. Ni siquiera estaba con Roger cuando le atacaron.

—Eso es lo que ella dice, no lo que nosotros creemos. Lo siento, pero su hermana no puede salir de Cozumel. Estará segura aquí. Vigilamos su hotel. Sugiero que no intente marcharse hasta que esté autorizada. Si lo hace, tendrá que conformarse con un alojamiento menos cómodo que el del hotel.

—¡Eso no tiene sentido! —Kate se contuvo, lamentando sus palabras. Continuó en un tono más conciliador—. Tricia no es más que una chiquilla y no sabe nada que pueda serles de utilidad. No veo el objeto de que quieran mantenerla aquí.

—Señorita Ballantyne. Yo no me atrevería… —Martínez hizo

una pausa para observar la tarjeta de turista de Kate—. No me atrevería a ir a la policía de Toronto a decirles cómo deben llevar sus investigaciones. Si no le gustan nuestros métodos, tal vez prefiera regresar a Canadá. Podríamos hacer gestiones para usted.

Sin dejar de mirar a Kate a los ojos, le devolvió su documento de viaje. Ella leyó su advertencia no expresada. Si seguía discutiendo, ellos se encargarían de que saliera de la isla, con o sin su consentimiento.

—Gracias, pero pienso quedarme con mi hermana. ¿Cuándo cree que podrá partir?

—Depende, señorita Ballantyne. Mañana… pasado mañana… la semana próxima… Yo se lo haré saber. Quizá… —la miró con expresión libidinosa—, quizá quiera reunirse conmigo esta noche, o mañana por la noche cuando no esté de servicio. Podríamos tomar una copa y hablar de lo que usted puede hacer para acelerar las cosas.

Kate sintió que la recorría un escalofrío. Se obligó a sonreír.

—Gracias por recibirme, oficial Martínez. Le aseguro que mi hermana no sabe nada. Si se entera de algo, o volvemos a ver a ese hombre, le llamaré.

—Me alegrará saber de usted, señorita —Martínez le lanzó una sonrisa de triunfo. Empujó la silla y se puso de pie—. Permítame acompañarla hasta la puerta —la llevó a la entrada, cogiéndola del brazo con mano sudorosa.

Abrió la puerta y la despidió con un exagerado gesto de caballerosidad.

Kate salió, alegrándose de escapar de los dominios del asqueroso policía. Se cubrió los ojos con la mano para protegerlos del brillo del sol. No había ningún taxi a la vista, pero por ningún motivo regresaría a la delegación de policía. Analizó la posibilidad de regresar a El Castillo a pie. La distancia no era mucha. Eso le daría la oportunidad de ordenar sus pensamientos.

Emprendió la marcha, tratando de definir las opciones que se le presentaban, aparte de la de tomar tequila con Martínez. ¡Prefería que Tricia y ella tuvieran que pasar el resto de sus vidas allí, antes que recurrir a eso!, pero, ¿qué podría hacer? Tenía la mente en blanco. Tal vez lograría pensar mejor en el hotel, con su aire acondicionado. Allí en la calle hacía demasiado calor.

Necesitaba ayuda, eso era evidente y no la recibiría de la policía de San Miguel, ¿quién la ayudaría? Tenía que haber una embajada de Canadá, pero estaría en Méjico capital, en el centro del país. La ayuda

que recibiría a larga distancia no sería mucha. Además, era sábado. Dudaba que hubiera alguien en la embajada, por lo que estarían solas hasta el lunes.

Así las cosas, la seguridad de su hermana estaba en sus manos, lo cual no era mucho. La policía podía estar vigilando el hotel, pero después de hablar con Martínez, no estaba segura de que la policía estuviera del lado de Tricia. El guardia del hotel podría estar protegiendo a Tricia, tanto como espiándola. No pasaría mucho tiempo antes de que su hermana insistiera en ir a visitar a Roger al hospital. Una vez que saliera del hotel, solo Dios sabía que ocurriría.

Llegó a una esquina y trató de orientarse. ¿Cuánto había andado? Volvió la vista hacia atrás y se le paró el corazón. Bill Sutherland estaba unos diez metros detrás de ella. Intentó esconderse en el quicio de una puerta cuando comprendió que le acababa de descubrir, pero era demasiado tarde. Ella le reconocería en cualquier parte. Kate dudó un instante. No llevaba las gafas, pero con o sin ellas, no era un hombre a quien ella confundiría. Estaba segura de que era Bill Sutherland… y que la seguía.

Tragó con dificultad. ¿Qué hacía Bill en Méjico? ¡Qué pregunta tan estúpida! La respuesta era la misma que la de sus otros interrogantes. De alguna manera estaba mezclado en las actividades de Tessier. Éste se encontraba todavía en Cozumel y regresó a buscarle. Pero, ¿por qué la seguía a ella?

Respiró profundamente y volvió sobre sus pasos. Estaba aterrorizada, pero las cosas habían ido demasiado lejos. Llegó al umbral por el que Bill desapareció. En un rincón de una pequeña tienda de ultramarinos había un refrigerador de refrescos y semioculto detrás de él, se encontraba Bill. Kate recorrió el oscuro pasillo entre el mostrador y la pared de la tienda y llegó a su lado, se detuvo y le tocó en la espalda con un dedo.

—Espero que ese dedo no esté cargado, Kate —murmuró él.

—¡Olvídate de las bromas! Deberías alegrarte de que sea un dedo y no una pistola. Si lo fuera, tu vida no valdría un comino. ¿Por qué no te das la vuelta y me dices qué diablos pasa, o debemos empezar porque me digas quién eres en realidad?

—¡Maldición! —Bill se volvió—. Lo siento mucho, Kate, de verdad lo siento. No sabía que ya hubieras descubierto eso, pero puedo explicarlo todo. Ese es el motivo principal por el que estoy aquí.

Kate le miraba furiosa. Ya imaginaba cuál sería su explicación. Ya había caído una vez en sus mentiras. No volvería a herirla.

—Kate, debí decirte la verdad antes de irme de tu casa ayer. En cuanto salí lo comprendí. Me preocupaba tanto, que fui a buscarte al teatro para llevarte a comer y explicarte las cosas. Al no encontrarte allí, llamé a tu casa. Te telefoneé durante todo el día, hasta que desesperado, llamé a tu padre. Estaba a punto de sufrir un ataque de apoplejía, lo cual me hizo suponer que habrías ido a Méjico. Después de presionarle un poco, confirmó mis sospechas —colocó una mano sobre el brazo de Kate.

—¡No me toques, Bill! No te quiero cerca, mucho menos que me toques. Deseo escuchar esa explicación que tanto te inquieta, luego te quiero fuera de mi vida… de la mía y de la de Tricia. ¡No sé qué tendrán que ver tus andanzas con ella, pero debo detenerlas!

—Escucha, Kate. Te daré todas las explicaciones que quieras.

—¡Me alegro! No tengo prisa y supongo que tus explicaciones serán muy divertidas.

—Muy bien —Bill ignoró su sarcástico comentario—. Te daré el último detalle, pero no aquí en una tienda de comestibles. Vi un café al otro lado de la calle. Vamos allí.

Kate giró sobre sus talones y salió rauda de la tienda. Bill la cogió del brazo para cruzar la calle y ella volvió a librarse de su mano con violencia.

—Hablar, Bill. Vamos a hablar, no a tocarnos. Indícame dónde está el café y guárdate tus sucias manos.

Bill se metió las manos en los bolsillos y marchó delante de Kate hasta cruzar una puerta estrecha. Pidió dos cervezas, camino a una mesa.

—¿Quieres que empiece por decirte quién soy, Kate?

—¿Por qué no?

Bill sacó una tarjeta de su billetera y se la entregó a Kate. Ella leyó: *William R. Sutherland, Presidente, Wm. R. Sutherland & Co. Ltd., Investigadores de Seguros.*

—Bonita tarjeta, Bill —le indicó con sarcasmo—. Podría decirse que es auténtica. ¿Cuántas series de identificaciones tienes? Apuesto a que tienes otra que indica que trabajas para la Interpol, otra que eres inversionista de bolsa y tal vez una más como corredor de bienes raíces. Hasta una que señale que perteneces a *Interiors Canada*.

—Kate, olvídate de los sarcasmos, no te van nada. ¡Solo escúchame, maldita sea! Soy quien esa tarjeta dice que soy. Toda esta farsa empezó por una reclamación de seguros. ¿Recuerdas el robo de

joyas en Montreal la víspera de Año Nuevo? Le fueron sustraídas a Xenia Cassidy cuando visitaba a unos amigos. ¿Leíste algo de eso?

Kate observaba a Bill, impasible, trazando círculos en su vaso empañado por la condensación. Cuanto más le dejara hablar, antes se delataría.

—Las joyas estaban aseguradas por Edinborough Rock Insurance. Dado que el hurto se efectuó en Canadá, la sección canadiense de la empresa hace las investigaciones. Si las piezas no son recuperadas en un plazo de noventa días, Edinborough tendrá que pagar. Fui contratado por Edinborough para acelerar la investigación. En ocasiones también actuamos como intermediarios. Roger Tessier está involucrado en el robo. Él sabe dónde están las joyas. Si logro convencerlo de que las devuelva, ahorraré una fortuna a la compañía de seguros. De no ser así, es probable que pierda a mi cliente principal… y algo más —la miró a los ojos—. Fue tu relación con Tessier lo que te involucró en el enredo. Pensamos que sabrías dónde estaban tu hermana y Tessier… que tú serías la forma más rápida de encontrarlos.

—¿Por qué no me lo preguntaste desde el principio? —le espetó Kate.

—Nunca quise engañarte. Te habría dicho con gusto quién era desde el principio, pero Clive Robertson, el director de Edinborough Rock, insistió en que adoptara una identidad falsa. Clive consideró que si Tricia huyó con Tessier, era muy probable que estuviera mezclada con los ladrones.

—¿Mi hermana? —explotó Kate—. Tricia no tiene nada que ver con ningún delito. ¡No tiene idea de lo que hace Tessier!

—Kate solo trato de explicarte cómo se inició todo. Clive insistió en que fingiera ser otra persona. Consideró que si Tricia estuviera inmiscuida y tú y tu padre sospecharais algo, nunca daríais información a alguien que estuviera investigando un robo. El caso es que no tuve otra alternativa, pero en cuanto te conocí y comprendí que me estaba enamorando de ti, quise decirte la verdad.

—Pero no tenías mucha prisa, ya que seguiste utilizándome.

—Kate, no te estaba utilizando, hacía todo lo posible por no hacerlo. Desde el día en que te conocí decidí que el aprovecharse de ti para llegar a Tessier era una mala idea. Preví que algo como esto sucedería y no quería correr el riesgo. Imaginé que ésta sería tu reacción, así que traté de usar otras fuentes. Pasaba el tiempo contigo porque quería hacerlo… y porque empecé a preocuparme por ti después de aquella llamada telefónica. Yo no quería que me dieras la

información sobre Tricia. ¡Solo sucedió! —Bill la miraba muy serio a través de la mesa—. Kate, intenta ser razonable.

—¡No tengo por qué ser razonable, maldita sea! ¡Soy de ascendencia irlandesa! ¿Y por qué debo ser razonable? ¡No te lo mereces! ¿Cómo sé que no estás engañándome en este mismo instante? O me engañaste antes, o lo haces ahora. O siempre lo has hecho. No me gusta que me mientan, Bill. Tampoco me gusta que me utilicen o me traten como a una estúpida.

—¡No lo hacía, Kate, estoy enamorado de ti! Te prometo que fui al teatro ayer para decirte la verdad… por mucho que eso molestara a Clive. Y me encuentro aquí porque estaba preocupado por lo que pudiera sucederte. Puedo ayudar, Kate. Por tu expresión cuando saliste de la delegación de policía, sospecho que necesitas ayuda, ¿no es así?

Kate estaba tan furiosa con Bill que podría matarle, pero a la vez quería creer en él, confiar en él para que la ayudara. Su historia parecía plausible. No obstante, también era admisible su versión de que era periodista. «Ten cuidado», se dijo. «Piensa en las preguntas. Piensa en todo lo que requiera una respuesta».

—Bill, tienes razón, necesito ayuda, pero no estoy convencida de que tú puedas prestármela. Si pensabas decirme la verdad, ¿por qué me seguías? ¿Por qué no me gritaste al verme, «¡Kate, soy yo, ya estoy aquí!»? Y en primer lugar, ¿cómo supiste dónde encontrarme?

—¿Por qué siempre disparas una docena de preguntas seguidas? En relación a la última, fue fácil. El administrador de El Castillo me dijo que tenías una cita a las cuatro de la tarde con la policía.

—¡No te creo! Él no te conoce, ¿por qué habría de informar a un desconocido de mis negocios?

—Porque le di dinero por la información.

—¡Soborno! ¡Santo Dios! Tal vez Roger tenía razón y debí ofrecer dinero a Martínez —¿lo habría estropeado todo por ignorancia?

—Y no te seguía —continuó Bill—. No quería interrumpirte en la comisaría. Te esperaba en la calle en la sombra cuando advertí que otro hombre vigilaba la salida. Cuando tú hiciste tu aparición, me oculté para ver qué hacía. Como esperaba, empezó a seguirte. No era yo quien iba detrás de ti, Kate, era él y yo iba a su lado.

—¿Cómo era él? —inquirió Kate, pensando en el hombre del bigote.

Bill describió al hombre que ella vio la noche anterior, pero, ¿en realidad la seguía y Bill le seguía a él, o solo era Bill? No, de ser ése el caso, no le habría descrito con tanto detalle. A menos que le conociera bien, ya que Sutherland era el asaltante rubio de elevada estatura, después de todo. De ser así, volvía a mentirle.

—Bill, cuando volví la vista, te vi a ti. Si alguien más me seguía, ¿por qué no lo advertí?

—Se ocultó antes de que acabaras de darte la vuelta, Kate, pero a mí me pescaste desprevenido. Supongo que es más hábil que yo. Hacía años que no me dedicaba a esto. Ahora estoy más en labores de oficina. Me falta práctica.

—¿Por qué te escondiste cuando te detecté?

—Pensé que existía la posibilidad de que al verme sin gafas, no me reconocieras. En realidad no las necesito. Dado que ya había estado en el Rackets, Clive consideró que ayudarían a que no me reconocieras. Aun cuando tú me hubieras visto y siguieras tu camino, el individuo te habría seguido y quería averiguar quién era.

Kate se detuvo a pensar. Existían muchas verdades posibles y demasiadas mentiras factibles. Era un acertijo embrollado con muchas soluciones por averiguar. Hechos. Necesitaba más hechos.

—Vuelve a lo del robo de las joyas, Bill. ¿Qué te hace estar tan seguro de que Roger está involucrado? Si lo está, ¿por qué no le detuvo la policía?

—Le estaban cercando, Kate. Hubo una serie de asaltos en Montreal y la policía está segura de que Tessier está involucrado. Tiene pruebas circunstanciales que le ligan a los robos, incluyendo el hecho de que lo hurtado en Montreal ha aparecido en Toronto, pero no tenían pruebas concretas para arrestarle antes de que Tessier desapareciera.

Kate asintió despacio. La historia de Bill tenía sentido. Tal vez solo era porque ella quería creerle con desesperación. Tenía que ser muy cuidadosa en esa ocasión. Debía obtener todos los detalles, toda la información posible. Una vez logrado, trataría de separar los hechos de la ficción. Pero, ¿cómo podría hacerlo cuando sus emociones giraban en un remolino? ¿Cómo podía creer en él cuando todavía estaba furiosa por lo que le hizo?

—Kate, ¿qué puedo hacer para que confíes en mí? —preguntó Bill en voz baja—. ¿Quieres llamar a Clive a Toronto? —buscó en su billetera—. Mira, aquí está el teléfono de su casa. ¿Le llamamos para que te diga quién soy en realidad? Se pondrá furioso conmigo, pero te

dirá la verdad.

—¿Llamar a alguien de quien supe su existencia hace cinco minutos, Bill? ¿Tal como querías que llamara a tu madre? Y ahora que pienso en ello, ¿qué pretendías al pedirme que la llamara aquella noche? Si lo hubiera hecho, habría tirado por la borda tu historia del periodista. De hecho la llamé… después de que averigüé que no trabajabas para Interiors. Tal vez si hubiera estado en casa ayer por la mañana, podría creerte ahora, pero no puedo. Es probable que tu Clive Robertson no sea el director de una compañía de seguros como dices. Me das nombres y números telefónicos. ¿Cómo debo enterarme de quién es quién? ¡Tal vez tu Annie Sutherland ni siquiera existe!

—Annie es mi madre, Kate. Y jamás encontrarás una persona más honrada.

—Entonces, ¿por qué me diste su número y te arriesgaste a que la llamara para que me dijera que no eres quien afirmabas?

—Estará todo el mes en California.

—¡Malvado! ¡Nunca te perdonaré que me tomaras por tonta! No habría podido establecer contacto con ella. Pero debes haber imaginado que yo no era tan estúpida como para llamarla —Kate estaba furiosa, recordando que eso fue lo que pensó.

—Kate, lo siento mucho —manifestó, avergonzado—. No tienes un pelo de tonta. Solo quería decirte algo que te diera confianza. Fue lo único que se me ocurrió en ese momento. No deseaba que pensaras que no estaba de tu lado, que creyeras que yo tenía algo que ver con la paliza que le dieron a Tessier. No fue así, lo juro, Kate.

—¿Quién lo hizo entonces, Bill? Dos hombres golpearon a Roger. Él se los describió a Tricia. Creo que uno de ellos es quien dices que me seguía. Un hombre de esas características estaba frente a nuestro cuarto de hotel anoche. Roger dice que el otro hombre es alto y rubio.

—No fui yo, Kate. Hacía tres años que no venía a Cozumel. Dos de mis hombres vinieron y hablaron con Tessier. Eso fue todo lo que hicieron. Le golpearon otros tipos. Alguien más busca también esas joyas. Aquí es donde entra el técnico de la compañía telefónica. Alguien más está detrás. Alguien que tiene muchos amigos contratados, incluyendo el hombre del bigote —se quedó pensativo un momento—. Escucha, Kate, hace poco admitiste que necesitas ayuda. Estoy seguro de que es más de la que imaginas. Los asociados de Tessier juegan en serio. Dime qué sucede. ¿Qué hay de la policía?

Kate titubeó. ¿Le perjudicaría hablar? Si no lo hacía, él

sobornaría a alguien para obtener la información.

—La policía no permite que Tricia salga de la isla, lo cual no tiene sentido. No, la falta de lógica de todo esto es lo que constituye el problema. Lo único que obtuve de ese vil oficial de la policía fue una sarta de pretextos tontos. No logré nada con él.

—Kate, tenemos que hablar de eso detenidamente —Bill fruncía el ceño, preocupado—. Tienes que decirme todo lo que ha ocurrido, si bien no me agrada lo que he escuchado hasta ahora. Mira, he tenido que hacer algunas investigaciones en Méjico, lo cual me ha permitido conocer a algunos funcionarios gubernamentales que pueden ayudarnos. Me pondré en contacto con ellos el lunes. Hasta entonces, me mantendré cerca de ti.

Kate le miraba dudosa.

—Lo único que quiero es ayudarte… y protegerte si es necesario. Kate, a pesar de lo molesta que estés conmigo, sin importar el que no creas en mí… soy lo único a tu alcance en este momento. ¡Por el amor de Dios, confía en mí!

La mente de Kate corría alocada. ¿Podría hacerlo? ¿Debía hacerlo? ¿Podría confiar en un hombre que la engañó desde el principio? Sería una tontería por su parte. Eran demasiadas las mentiras para confiar en él a ciegas. Hasta donde ella sabía, ese «alguien más» no existía. Tal vez Bill Sutherland, investigador de seguros, alias Bill Sutherland, periodista, era en realidad Bill Sutherland, delincuente. Quizá solo deseaba obtener las joyas. Era probable que el técnico del teléfono trabajara para él. ¿Cómo diablos resolvería el acertijo?

No le era posible. Solo contaba con la palabra de Bill y hasta ese momento, era de poco fiar. Lamentablemente, estaba en lo cierto al decir que era el único con el que contaba. Aun cuando no confiara en él, sería una tonta si rechazaba su oferta. La seguridad de Tricia podía estar en peligro. Si Bill conocía a quien pudiera hacer gestiones para que su hermana saliera de Méjico, Kate no tenía más remedio que confiar en él.

Muy bien, lo haría… pero con extremo cuidado. No lo haría como antes, en especial, no con su corazón. Hasta donde ella sabía, Bill era un sicópata capaz de volverse en su contra. Procedería con mucha cautela.

—¿Así que quieres hacerme creer que es una coincidencia que uno de los asaltantes de Roger sea alto y rubio.

—¡Eso es, Kate! —Bill chasqueó los dedos—. Tessier puede

identificar al rubio que le asaltó. Cuando me vea sabrá que no soy uno de los hombres que le golpearon. De todos modos pienso visitarle. ¿Por qué no vienes conmigo? Podemos ir al hospital en este momento. Roger confirmará que yo nada tuve que ver con lo que le ocurrió.

¿Sería posible?, pensó Kate. Sí, tenía sentido. Al menos encontraría la respuesta a una de sus muchas preguntas. Eso la haría sentirse mejor.

—Está bien, Bill, me parece un buen punto de partida, pero primero vayamos al hotel a buscar a Tricia. Me matará si se entera de que fuimos a ver a Roger y no la llevamos.

—De acuerdo, en el camino podrás informarme de todo lo que ha ocurrido desde ayer por la mañana.

Kate observó de reojo mientras iban hacia su habitación en el hotel. No cabía duda que se sentía más segura con él a su lado. Llamó a la puerta antes de introducir la llave en la cerradura y se anunció.

Tricia abrió antes de que Kate diera vuelta a la llave. Recorrió a Bill con la vista se volvió hacia su hermana con ansiedad.

—Tricia, él es Bill Sutherland.

—Hola, Tricia. Es un placer conocerte al fin.

Tricia solo asintió con la cabeza, sin dejar de mirar a Bill y a su hermana.

—Luego te explicaré —la informó Kate—. Es una historia larga y confusa, pero Bill es un investigador de seguros. Resulta que hay más de un hombre alto y rubio en el mundo. Bill no es quien creíamos. De hecho, vamos a ir con él a ver a Roger y lo confirmaremos.

—Entonces, ya me gustas —Tricia se relajó al instante—. Apareces por aquí y puedo salir de El Castillo por primera vez en varios días.

—Mi hermana tiene una vena dramática —sonrió Kate—. Los «varios días» a que hace referencia, se inician ayer por la mañana. Y tampoco la he mantenido encerrada en un armario. Podrás observar que está muy bronceada.

—En lo que a Tricia se refiere, no tengo punto de comparación. En cuanto a ti, observo que ya te ocupas del tuyo. Empiezo a pensar que solo viniste aquí para escapar del invierno de Toronto.

—Debes saber que el bronceado lo he adquirido cumpliendo con mi deber. Ayer, el único sol que tomé fue mientras estaba sentada en mi maleta en la pista del aeropuerto de Miami. Hoy estuvimos junto a la piscina, solo porque Martínez se negó a recibirme antes de las cuatro.

—A propósito, ¿cómo te fue con él? —preguntó Tricia.

—Como en una pesadilla. Baste decir que el hombre no obtendrá ningún premio ni por su aspecto, ni por sus modales. No podremos salir mañana —ante la expresión de desolación de su hermana. Kate agregó—: Bill conoce a algunos funcionarios del gobierno, considera que pueden ayudarnos, pero tendremos que esperar hasta el lunes para que establezca contacto con ellos.

—Me agrada más a cada minuto que pasa —sonrió Tricia a Bill —. Ya pensaba que tendría que tomar lecciones de español y buscar trabajo aquí.

—Con un poco de suerte, eso no será necesario —rio Bill—. En ocasiones, algunos funcionarios se exceden en su autoridad. Ése parece ser el caso de Martínez. De ser así, mi conocido le pondrá en su sitio inmediatamente.

—¿Y podremos salir todos, incluyendo a Roger?

—Eso depende —respondió Bill—. Kate solo habló de ti con Martínez. Tendremos que averiguar qué dice la policía respecto a Roger. Se lo preguntaré cuando le veamos.

—Sigo sin querer dejarle solo aquí, Kate —se lamentó Tricia—. Solo Dios sabe lo que puede ocurrirle.

—Ya veremos eso en su momento, Tricia —señaló Bill con firmeza—. No sé con precisión los líos en los que está metido tu amigo, pero es por ti por quien estamos preocupados. Enfrentémonos a la realidad. Roger ya es mayor de edad y nadie le hizo venir aquí bajo falsas pretensiones. Los problemas en los que está metido, se los ha buscado él solo. Tenemos que ver cómo se presentan las cosas.

—Tal vez tengas razón —aceptó Tricia—. Vamos, estoy lista — cogió su bolso.

Kate contempló su vestido ajado, pero decidió no cambiarse. Unos minutos en ese calor abrasador y el vestido limpio estaría igual.

El hospital era un edificio pequeño, de un solo piso. La

temperatura era más agradable que en la calle. Tricia los guió hasta la habitación de Roger, se detuvo delante de la puerta y se volvió hacia Kate y Bill.

—¿Por qué no te adelantas, Tricia? —sugirió Bill—. Nosotros te seguiremos en un par de minutos —se apoyó en la pared y sonrió a Kate—. Es increíble cómo os parecéis.

—Ella tiene los ojos azules.

—Bueno, siempre he tenido preferencia por los ojos verdes. Tricia no es lo que esperaba. Después de que huyó con Tessier y de esas llamadas telefónicas, la imaginaba una chiquilla echada a perder. Conociéndola, me parece encantadora.

—Lo es, pero un poco inmadura y a veces no piensa las cosas. Supongo que la edad y la experiencia la harán asentarse. Espero no volver a verme en líos como este por ella.

—Todo saldrá bien, Kate. Estaremos de vuelta en Toronto a principios de la próxima semana. Tricia estará a salvo y nosotros podremos comenzar de nuevo, ¿o no?

—No Bill, no empieces a pensar en eso. No tienes idea de lo que me has hecho pasar… lo asustada y dolida que estaba. Creo que si ayer por la mañana te hubiera tenido cerca y una pistola en la mano, ahora estaría en la cárcel. Además, desde que apareciste esta tarde, una voz interior me dice que podrías estar mintiendo de nuevo. Tu actuación fue muy buena y no sé cuánto tardaré en olvidarlo… si lo logro. Nunca podríamos continuar algo que empezó con engaños.

—Kate, no fueron engaños… no lo que se refiere a que me haya enamorado de ti, tampoco en lo que respecta a que tú te hayas enamorado de mí, ¿o sí?

—Bill, no me enamoré del que eres hoy. Me enamoré de un hombre que fingía estar interesado en las artes, en la arquitectura, lo mismo que me interesa a mí. Era una persona sencilla y abierta. El hombre con quien pasaba el tiempo se preocupaba por mí, por lo que ocurría en mi vida. No estaba allí para ver qué obtenía de mí.

—¡Kate, ya hemos hablado de eso! ¡Ya me expliqué! Comprendo que mi proceder no fue el debido. Comprendo que no quieras tener nada que ver conmigo, pero te amo, Kate. Yo…

—Por favor, Bill, no sigas. Demos un paso a la vez. Concentrémonos en regresar a casa.

—¿Y luego, Kate?

—Me conoces a mí tal cual soy, Bill —Kate se encogió de

hombros—, pero no tengo un solo indicio del Bill real. Lo único que sé es que hay muchas mentiras entre nosotros… tal vez demasiadas.

Bill quería hablar, pero se contuvo. ¿Por qué esperaba que Kate quisiera volver a saber de él? Tendría que volver a conquistarla. No podía ni siquiera pensar en cuánto le dolería que ella no amara al verdadero Bill Sutherland.

—Vayamos a hablar con Roger, Kate. Podrás empezar a conocer al Bill verdadero, asegurándote de que él no me ha visto jamás.

Kate cruzó el umbral con un nudo en la garganta. Se ordenó dejarse de ridiculeces. Si Roger conociera a Bill, no estarían allí, jugando a identificar al alto y rubio. Roger estaba fuera de la cama, sentado en una silla cerca de la ventana, con una sábana cubriéndole las piernas. Tenía una venda en la frente y su cabello, siempre bien peinado, estaba alborotado. Llevaba un brazo escayolado y Kate advirtió vendajes en el pecho. No parecía el hombre fuerte que Fred mencionó.

—Hola, Roger, ¿cómo te sientes? —Kate lo observaba en busca de la menor señal de que reconocía a Bill cuando le viera.

—No tan mal, a pesar de las apariencias, gracias, Kate. Mi aspecto es peor de como me siento. Creo que fueron estudiantes de medicina practicando los que me vendaron —Roger volvió la vista de Kate a Bill. La señal de reconocimiento que ella esperaba no se produjo. Los músculos del estómago de Kate se relajaron un poco—. Y usted debe ser el famoso Bill Sutherland de quien Tricia me ha hablado. Cuando le mencionó por primera vez, era un periodista que escuchaba conversaciones telefónicas en casa de Kate. Ahora me dice que es investigador de seguros. Pues ha hecho un largo viaje para nada, señor Sutherland. No tengo más que decirle que lo que informé a esos tipos que supongo trabajan para usted.

—¿Trabajar para ti? —exclamó Kate.

—Kate, ya te dije que mis hombres vinieron y hablaron con Roger, pero ellos no fueron los que le atacaron.

—Tal vez sus hombres olvidaron mencionarle la segunda reunión —bufó Roger, molesto—. En la primera se presentaron como investigadores que trabajaban en una reclamación de seguros, e hicieron algunas preguntas. Cuando mis respuestas no les agradaron, volvieron a visitarme… en la playa.

—No fueron los mismos hombres, ¿verdad? —inquirió Bill, negando con la cabeza.

—No.

—Entonces, los de la playa no trabajan para mí. Yo envié a dos hombres. Lo interrogaron y tomaron el vuelo a Toronto unas horas más tarde.

—Lo cual también indica que no fueron sus hombres los que destrozaron el cuarto de hotel al día siguiente.

—Tiene razón, no fueron ellos. Debo ser sincero, mis hombres sí examinaron su cuarto… cortesía del administrador, pero después de su visita, ustedes no encontraron ni un alfiler fuera de lugar. Escuche, Roger, soy dueño de una compañía investigadora de seguros y es un negocio legal. Dudo que se pueda decir lo mismo de sus segundos visitantes —se volvió hacia Kate—. Hay algo que Roger y yo debemos tratar en privado, ¿queréis tú y Tricia esperarnos unos minutos afuera?

—¿Más secretos, Bill?

—No, por supuesto que no —se acercó a Kate y murmuró a su oído—: Ya te dije de lo que tengo que hablar con él. ¿Crees que va a hablar de las joyas delante de vosotras?

Kate le lanzó una mirada suspicaz, pero hizo una señal a Tricia y las dos salieron de la habitación. Bill las acompañó hasta la puerta y la cerró cuando desaparecieron. Regresó a la cama y se sentó al borde.

—Muy bien, Tessier —le indicó en voz baja—, hagamos un trato.

Capítulo 9

—Escuche Sutherland, se dirige al hombre equivocado, ya les dije a sus empleados… y a los que afirman que no lo son… que no tengo nada con lo cual hacer un trato.

—Eso no es lo que se dice en Montreal, Tessier.

—Pues allí también están en un error.

—Está bien, que sea como usted quiere. No tuvo nada que ver con el robo a Cassidy y no tiene idea de dónde están las joyas. El hecho de que desapareciera unos días después de las joyas, no es más que una coincidencia.

—Es un tipo listo, Sutherland. Dio en el clavo a la primera.

Bill reprimió un comentario sarcástico, decidiendo conservar la calma.

—Lamento cómo están las cosas para usted, Tessier, porque podría facilitarle la situación si supiera dónde están las piedras. Hay una buena recompensa por las joyas, si aparecen. No será tanto como lo que la compañía de seguros pagaría por ellas, por supuesto, pero sí más de lo que obtendría por ellas en el mercado negro.

Tessier solo se movió de su silla y contempló el espacio por la ventana.

—¿Por qué no nos olvidamos de las tonterías, Tessier? —lo presionó Bill—. Tiene las joyas escondidas en alguna parte, pero ya sabe que si insiste en guardarlas, no vivirá para venderlas.

—Bueno, todos tenemos que irnos alguna vez, ¿no es así? —comentó Tessier con expresión aburrida.

—Claro, pero usted lo hará antes, si persiste en su actitud —Tessier se encogió de hombros, pero no apartó la vista—. Yo diría que la única esperanza que tiene de permanecer vivo es deshaciéndose enseguida de las joyas, antes de que esos individuos regresen a buscarlas. El único problema es que la policía también anda detrás de usted, solo que aún no tienen pruebas en su contra. Pero el deshacerse de las joyas en este momento sería su peor error, porque cuando aparezcan en la calle, la policía seguirá la pista para la investigación. Quizá tengan suerte y consigan algo concreto que le implique… Librándose de las piezas, o guardándolas, está en problemas.

—Todos tenemos problemas, Sutherland. En este momento tengo

uno aquí en mi habitación. Alguien que habla demasiado.

—Creo que confunde problemas con soluciones, Tessier. Le ofrezco otra opción. Supongamos que las joyas son entregadas a Edinborough Rock Insurance… a cambio de la recompensa, por supuesto. Xenia Cassidy ya está en Los Angeles, a miles de kilómetros de Montreal. Si recobra sus joyas perdidas de la compañía de seguros, la policía de Montreal se olvidaría de la investigación. Eso soluciona su problema. Y la recuperación de las joyas atraería la atención de la prensa. Sus visitantes de la playa se enterarían de que volver para obtenerlas de usted sería inútil. Fin del problema. Diría que el que Edinborough Rock recupere las joyas tiene bastante que ver con que usted viva una larga vida, Tessier.

—Y yo diría que en el momento en que la compañía de seguros obtenga lo que quiere, usted iría a hablar con la policía.

—¿Por qué habría de hacerlo y qué les diría? Yo no recibiría las joyas de usted, sino a través de un intermediario… tal vez un abogado aquí o en Cancún. Hasta uno en Toronto —Bill anotó unos nombres y números telefónicos en el reverso de una de sus tarjetas y se la entregó a Tessier—. Recibiría las joyas a través de uno de ellos. Como mucho, mi conversación con usted no sería más que un rumor.

—Escuche, Sutherland, déjeme en paz, ¿quiere? No tengo problemas con la policía de Montreal siempre que permanezca fuera de Canadá y una vez que salga del hospital, me iré a Méjico rumbo al sur. Fin de la segunda serie de problemas.

—Tal vez descubra que estará en Cozumel más tiempo del que espera. Kate habló con la policía en relación a la salida de Tricia. No lo permitirán. Ella tiene la impresión de que pasa algo raro. No me sorprendería que esos pillos que lo golpearon hayan hecho algún soborno… solo para asegurarse de que ninguno de los dos vaya a otra parte. No obstante, si está dispuesto a cooperar, podría arreglar que pueda salir del país inmediatamente.

Advirtió un brillo de interés en los ojos de Tessier. Por fin había apretado la tecla correcta. El dinero de la recompensa no era suficiente para él, pero el hombre estaba dispuesto a cambiar las joyas por su seguridad.

—¿Qué hay de Tricia, Sutherland? ¿Está haciendo gestiones para sacarla?

—Me ocuparé el lunes —respondió, sorprendido por la pregunta —. No puedo hacer nada hasta que mis contactos estén en sus oficinas. Una vez que lo haga, todo se moverá deprisa.

—Me alegro, es una buena chica. No debí traerla conmigo, pero nunca imaginé que pasaría esto… —su voz se perdió mientras observaba por la ventana.

Bill le miraba en silencio, sintiéndose mejor de pronto por el hombre y por Tricia. Después de todo, ella no era tan tonta. Por fin Tessier apartó la vista de la ventana.

—Muy bien, Sutherland, hagamos un trato. Usted me saca de Méjico, el abogado de Toronto retiene la recompensa hasta que usted lo ordene y autorizará la entrega una vez que yo le diga todo lo que sé del robo de las joyas Cassidy.

—Autorizaré la entrega del rescate una vez que el abogado reciba las joyas —le corrigió Bill. Comprendió que sus hombres estaban en lo cierto. Tessier eligió al abogado de Toronto, lo cual significaba que las piezas todavía estaban en Canadá.

—El trato —insistió Tessier—, es que usted me saca de Méjico y yo le digo todo lo que sé. No puedo hacer más.

Bill pensó rápido. ¿Cuál era la trampa? ¿Qué significaba ese «todo lo que sé»? ¿Habría algo vital que Tessier conociera? ¿Acaso no podía entregar las joyas? A Edinborough solo le importaban las piezas. Todo lo demás era asunto de la policía. No pagaría por la información. Si no había joyas, no habría recompensa.

—Creo que el trato debe ser que me informe todo lo que sepa en este momento. No puedo ir más lejos.

—Debe entenderse bien con Kate —murmuró Tessier—. Es tan duro como ella. ¿Y si lo que sé no es suficiente?

—No podré juzgarlo hasta que lo escuche. Supongo que si determino que dice la verdad, aún cuando no sea suficiente para otorgarle la recompensa, todavía le ayudaré a salir de Méjico —Bill esperó a que Tessier tomara su decisión.

—Tengo un amigo en Montreal —empezó Roger, con un suspiro —. Su nombre no tiene importancia y no quiero que se sienta obligado a revelarlo a la policía.

—De acuerdo. No me interesan sus amigos, sino las joyas.

—Bien, mi amigo tuvo que ver con el robo de las joyas. No lo supe hasta unos días después. De cualquier forma, él me llamó la noche de Año Nuevo y me pidió que me reuniera con él en el Rackets. Me comentó que necesitaba guardar algo durante unos días y quería que yo lo hiciera por él. Lo oculté en mi escritorio, en un cajón con llave. Pocos días después regresó a por ello. Cuando abría el cajón,

descubrimos que el paquete que guardé allí había desaparecido. No encontramos señales de que el cajón hubiera sido forzado, pero el paquete no estaba allí.

Tessier observaba a Bill para ver si creía su historia, antes de continuar:

—Mi amigo estaba bastante alterado. Creía que abrí el paquete y decidí conservar el contenido. Fue entonces cuando me enteré de que se trataba de las joyas de Xenia Cassidy, pero yo no abrí el cajón desde que dejamos allí el paquete. Mi amigo no me creyó, me pidió que recuperara el paquete y enseguida. Desplegué mis informadores en el medio para averiguar si alguien sabía algo y dado que tenía que ir a Toronto, hice lo mismo allí.

Se detuvo un momento, como si pensase lo que diría a continuación.

—Después de un día o dos, mi amigo empezó a volverse más amenazador. Decidí que los kilómetros que nos separaban no eran suficientes para mi seguridad, por lo que preferí desaparecer hasta que las joyas aparecieran, lo cual es obvio, no ha ocurrido. Mi presencia aquí ya no es un secreto. Ahora estoy más en peligro que si hubiera permanecido en casa. Al menos allí tengo contactos, mientras que aquí…

Bill no creía la parte de la historia de Roger referente a guardar un paquete para un amigo. La policía de Montreal estaba segura de que Tessier tuvo participación directa en el hurto de las joyas. Estaba seguro de que no le había dicho todo lo que sabía del robo. Pero sí era cierto el que no supiera dónde estaban las joyas en ese momento. Lo supo antes. Tal vez las ocultó en su escritorio y luego algo ocurrió con ellas. De alguna forma, le fueron robadas.

¿En dónde estarían? ¿Y quién era ese amigo? Según la policía, Tessier tenía un socio, el que realizaba los robos. ¿Sería ese amigo su socio? ¿Un socio que se creía traicionado por Tessier?

—Dígame, Tessier, ¿ese amigo suyo es un hombre joven, de unos veintitantos años, delgado y de pelo oscuro? ¿Suele llevar una chaqueta de cuero negra?

—Es probable —Tessier parecía sorprendido—, sí, tal vez tenga un amigo que corresponde a esa descripción, ¿por qué?

—Me parece que le conozco. Un individuo de muchos recursos —Bill se levantó de la cama, seguro de que Roger no le diría nada más —. Veré lo que puedo hacer por usted. No me agradó mucho su amigo.

—En este momento yo tampoco siento mucha simpatía por él —comentó Tessier.

Bill cruzó la habitación y abrió la puerta. Las dos hermanas charlaban sentadas en un banco. Ambas levantaron la vista, ansiosas.

—¿Quieres despedirte de Roger, Tricia? Kate y yo te esperamos aquí.

—¿Y bien? —preguntó Kate en cuanto Tricia cerró la puerta.

Rápidamente, Bill la puso al corriente.

—Ahora tendremos que esperar hasta el lunes —continuó—. En este momento lo único que quiero es llegar al hotel, cenar algo e irme a la cama. Tuve que estar en el aeropuerto antes de la siete de la mañana.

—Me parece bien. Este calor me agota. Si Tricia sugiere que vayamos a un club nocturno, la derrotamos por mayoría.

—¿Vas a decirle lo de Tessier y las joyas, Kate?

—Creo que es mejor hacerlo. Si no lo hago, me reprochará que la sigo tratando como a una niña.

Kate se despertó sobresaltada. La habitación quedó en silencio un instante antes que los golpes en la puerta se reiniciaran. A tientas, encendió la lámpara de noche.

—¿Qué hora es? —preguntó Tricia, asustada, desde la otra cama.

—La una y media. Pásame tu bata, Tricia —todavía adormilada, Kate se puso la prenda y fue hacia la puerta. Se asomó por la mirilla, sin distinguir a nadie—. ¿Quién es? —inquirió.

—Policía —contestó una voz.

Kate se obligó a pensar. ¿Qué hacía la policía en su cuarto a esa hora? ¿Debía llamar a Bill? Todavía no estaba segura de que podía confiar en él, pero, ¿a quién más recurrir? Al menos, él hablaba algo de español.

—Tricia —murmuró—, llama a recepción, pide que te pongan con la habitación de Bill. Infórmale de lo que ocurre. Un momento, por favor —agregó en voz alta.

—Señorita Ballantyne, soy el oficial Martínez, abra por favor —

le indicó una segunda voz.

Kate se volvió hacia su hermana, que tenía el teléfono en la oreja.

—Creo que me han entendido… sí, ya llaman.

—Un momento, por favor, oficial Martínez. Me pondré una bata, ya voy.

—Bill dice que les abras, estará aquí en unos minutos —murmuró Tricia. Kate abrió la puerta.

Martínez entró y recorrió el cuerpo de Kate con la mirada y la boca entreabierta. Un segundo policía le siguió y cerró la puerta. Kate se ajustó la bata. Tricia seguía en la cama, pero se había tapado hasta los hombros con la manta.

—No esperaba tener el placer de volver a verla tan pronto, señorita Ballantyne.

—Ni yo esperaba ser despertada a media noche, oficial Martínez. ¿Qué quiere?

—¿Es su hermana? —preguntó Martínez—. No tenía el gusto de conocerla. Mis colegas son los que han tratado con ella —el policía observó a Tricia y con la mano en la funda de la pistola, fue al baño, abrió la puerta, encendió la luz y se asomó. Luego se dirigió al armario. El enojo de Kate crecía. Martínez fue a las puertas que daban al jardín y comprobó que estuvieran cerradas para al fin volverse hacia Kate.

—Debo disculparme por molestarla a esta hora. Me desagrada tanto como es evidente que la disgusta a usted. No estaba de servicio, pero me llamaron ya que hablé con usted esta tarde.

Kate asintió, deseando que el hombre fuera al grano y que Bill llegara. Se oyó una llamada a la puerta y Kate suspiró. Al menos un deseo que se cumplía.

Martínez la miró con curiosidad. Kate se limitó a encogerse de hombros. Él también se merecía alguna que otra sorpresa. Martínez ordenó a su acompañante que abriera. En el momento en que lo hizo, Bill se introdujo en la habitación.

—Vi la luz encendida bajo tu puerta, Kate. Pensé que tal vez Tricia y tú querríais ir un rato a la discoteca —se volvió hacia Martínez—. Espero no interrumpir, oficial —extendió la mano—. Soy Bill Sutherland, viejo amigo de la familia Ballantyne.

—Mucho gusto en conocerle, señor Sutherland. Ahora, si no le

molesta…

Bill ignoró la indicación de Martínez hacia la puerta y se dejó caer en una silla.

—No hay problema, continúe. Como le he dicho, soy un viejo amigo de la familia. No tenemos secretos. Acompañaré a las señoritas mientras usted termina su asunto.

—Señor Sutherland, debo insistir. Este asunto no le concierne.

—De hecho, oficial…

—Martínez —intervino Kate.

—Oficial Martínez, tal vez no debiera decirlo, pero… —bajó la voz a un tono confidencial—, si me permite quedarme, terminará agradeciéndomelo. El que apareciera por aquí mientras usted atiende un asunto oficial, es una coincidencia fantástica. Me brinda la oportunidad de ver a la policía local en acción.

—¡Señor Sutherland! —explotó Martínez.

—Permítame explicarme —continuó Bill, tranquilo—. He vivido una serie de coincidencias admirables desde que llegué esta tarde. En primer lugar me encuentro a Kate y a Tricia, quienes no sabía que estuvieran en Méjico. Luego encuentro esta reunión. Tal vez no lo crea, oficial, pero la semana próxima me reuniré con el general José Álvarez en la ciudad de Méjico.

—¿El general José Álvarez? —Martínez casi se puso en posición de firmes.

—Eso es lo sorprendente —asintió Bill—. Mi compañía… —hizo una pausa, para buscar su billetera—. Éste soy yo —le indicó entregándole una tarjeta—. Mi compañía va a colaborar con el gobierno mejicano en un proyecto de revisión de los procedimientos policíacos en poblaciones pequeñas —se detuvo un momento para observarle—. Queremos determinar qué se hace bien y qué mal, junto con un plan para establecer protección de seguros en algunas dependencias gubernamentales. Esta ocasión me dará la oportunidad de apreciar de primera mano cómo procede un policía local y estoy seguro de que también complacerá al general Álvarez. No tienes ninguna objeción, ¿verdad, Kate?

—Por supuesto que no —Kate le sonrió incrédula—. Puedes quedarte donde estás. Un viejo amigo de la familia siempre es bienvenido.

Martínez se aclaró la garganta y habló algo en español con el otro policía. El hombre salió de la habitación inmediatamente,

cerrando la puerta.

—Muy bien, señor Sutherland, esto es muy irregular, pero… dado que va a trabajar con el general Álvarez…

—¡Maravilloso! Se lo agradezco mucho, oficial Martínez —Bill se arrellanó en su silla, a la expectativa.

—¿Qué le trae por aquí, oficial? —preguntó Kate, con dulzura.

—Se trata de su amigo, el señor Tessier —manifestó Martínez, nervioso.

Kate se volvió hacia Tricia, quien permanecía inmóvil, tensa. Deseando que continuara así, Kate volvió su atención a Martínez.

—¿Qué pasa con él?

—Ha desaparecido. Salió del hospital. Una enfermera fue a verle para prepararle para dormir y no le encontró. Ha desaparecido —repitió, mirando nervioso, primero a Bill y luego a Kate—. Por eso estamos aquí, señorita Ballantyne. El personal del hospital nos informó que tuvo visitantes… tres.

—En efecto —interpuso Bill—. Fui con las señoritas para que el pobre Roger no estuviera en desventaja numérica.

—Pensé que tal vez habría dicho algo… que ustedes podrían saber, pero de no ser así —se apresuró—, lo entiendo. Siento haberlas molestado. Si no hay nada que puedan informarme… Muy bien, lamento que sea tan tarde.

Martínez emprendió la marcha hacia la puerta y se detuvo de pronto con una sonrisa malévola.

—Por supuesto, señor Sutherland, debo cerciorarme de que el señor Tessier no está en su habitación, antes de concluir mi investigación. El señor Tessier tuvo tres visitantes y debo comprobarlo todo.

—Por supuesto —sonrió Bill, entregándole su llave—. ¿Por qué no envía a su colega a revisar mi cuarto? Hay un par de preguntas que quisiera hacerle respecto a la desaparición de Tessier y estoy seguro de que sus respuestas interesan a las damas.

La expresión de Martínez cambió, pero aceptó la llave, abrió la puerta, dio instrucciones a su compañero y se volvió.

—¿Qué quiere saber, señor Sutherland?

—Para empezar, ¿Tessier abandonó solo el hospital, o iba acompañado?

—Nadie le vio salir, pero no tuvo más visitas. Guardó sus cosas y se marchó. Todo parece indicar que lo hizo solo.

—Ya, el otro punto es el referente al que trató con la señorita Ballantyne. Me pregunto si ha tenido la oportunidad de reconsiderar si su hermana puede regresar a casa.

—Sí, por supuesto —respondió Martínez—. Puede marcharse cuando quiera. No hay problema. Solo queríamos estar seguros al pedirle que se quedara un día o dos —se volvió hacia Tricia—. Puede irse. De hecho —buscó en el bolsillo—, traje su tarjeta de turista. Debo tenerla por aquí.

Kate extendió la mano y aguardó hasta que Martínez encontró el documento.

—Muchas gracias, oficial Martínez. Me alegro de que todo se haya solucionado esta noche.

—Intentamos ser eficientes —Martínez se volvió hacia Bill—. Espero que encuentre que todas las comisarías pequeñas son tan eficientes como la de San Miguel.

—Eso espero —le indicó Bill, con otra sonrisa.

—Me reuniré con mi compañero en su habitación —con una inclinación de cabeza, salió del cuarto.

—Gracias, estaré con usted en un momento —le indicó Bill.

Kate se dejó caer sobre la cama y empezó a reírse en el momento en el que la puerta se cerró. Bill sonrió, indicándole que guardara silencio y fue a ver que el pasillo estuviera desierto.

—Ya puedes reírte, el malvado oficial ya se ha marchado.

—¿Quién es el general Álvarez? —preguntó Kate, entre risas.

—El equivalente al Edgar Hoover norteamericano. A Martínez no le agradaría enfrentarse a él.

—¿Y de verdad es tu contacto aquí en Méjico?

—¡Claro que no! Mi amigo está cuatro niveles por debajo de Álvarez, pero conocía su nombre.

—Y ahora estamos libres para irnos cuando queramos. Debo admitir que el mentir ayuda en algunas ocasiones… dependiendo de las circunstancias.

—Kate, hay algunas personas a las que nunca volveré a engañar.

—¿Qué habrá pasado con Roger? —intervino Tricia, ansiosa.

—Tricia, Roger y yo hablamos detenidamente sobre su problema —le indicó Bill—, cuáles eran sus opciones para resolverlo. Parece que él encontró otra. Estoy seguro de que no quiere quedarse aquí y tampoco regresar a Canadá con nosotros.

—¿Pero qué hay de los hombres de la playa, Bill? ¿Y si Roger no quería salir del hospital y ellos le obligaron?

—No es factible, Tricia. Roger se habría defendido y el personal del hospital le habría oído. Además, cuando alguien es secuestrado, no le dan la oportunidad de recoger sus cosas. No, estoy seguro de que Roger partió hacia un lugar desconocido.

—Estará bien, Tricia —Kate abrazó a su hermana—. Roger sabe cómo cuidarse solo.

—Supongo que sí, pero quisiera estar segura —se quejó Tricia.

—¿Partiremos por la mañana? —preguntó Kate.

—Llamaré al aeropuerto temprano —comentó Bill—, pero no contéis con ello. Debe ser casi imposible conseguir plazas en domingo. Dudo que podamos salir antes del lunes. No obstante, el pasar el día en Cozumel no será desagradable. Os llevaré a un lugar increíble: La Laguna de Chancanab, un acuario natural, y la bahía es ideal para nadar y bucear.

—¡Bravo! —exclamó Tricia—. ¡Espero que los aviones estén llenos!

—Creo que ya es tarde —señaló Bill—. Necesitaremos dormir. Buenas noches, chicas. Si no consigo los billetes, os dejaré dormir hasta tarde. Llamadme cuando os despertéis.

—Es un gran tipo, Kate —comentó Tricia cuando la puerta se cerró—. Espero que no le dejes escapar cuando volvamos a casa.

—No lo sé, Tricia. No sé nada de él. Parece ser maravilloso… y supongo que ahora sí es quien dice. Por muchas preguntas que me haga, siempre hay una respuesta lógica. El que sea investigador de seguros tiene sentido… todos los detalles de la historia concuerdan… pero cada vez que le veo, es una persona diferente. Acabas de verle actuar.

—¡Fue maravilloso, Kate! Nos sacó de aquí sin tener que valerse de influencias. Destrozó a Martínez con un dedo.

—Sí… ése es el problema. Su actuación es tan buena, que no sé si es él en realidad, o representa un papel. En lo que a mí concierne, no conozco al verdadero Bill. Es un camaleón, Tricia, eso me pone nerviosa. ¿Cómo saber qué piensa, qué siente, cuál es mi posición con

él?

—Kate, hazme caso. Sé cuál es tu posición con él desde el momento en que le vi mirarte por primera vez. ¿Qué te sucede? El noventa y nueve por ciento de los hombres que conoces son unos verdaderos plomos. Conoces a uno interesante y te pones a analizarle como si fuera un experimento psicológico. ¡Por todos los santos, despierta! Bill es extraordinario, sigue la corriente.

—Seguí la corriente, Tricia —Kate apagó la luz—. Me dejé llevar y casi me ahogo. Creo que soy demasiado conservadora para viajar en balsas.

—¿Lo lleváis todo? —preguntó Bill—. ¿Trajes de baño, toallas, crema bronceadora?

—Todo está aquí —Tricia tocó el pequeño maletín de lona que tenía al lado—. Es la primera vez que subo a un pequeño Volkswagen.

—Solo porque eres demasiado joven —bromeó Kate—. Recuerdo la época en la que en Toronto abundaban estos coches.

—¡Hace años que desaparecieron! —protestó Tricia.

—Aquí no, Méjico todavía los fábrica —terció Bill. Puso el vehículo en marcha y salió del hotel—. Chancanab no está lejos. El agua es transparente, podréis ver el fondo y la gran variedad de peces. Antes la gente solía nadar con ellos.

—Me alegro de que ya no lo permitan —comentó Kate—. No me gustaría que un banco de peces chocase conmigo.

—Entonces no es probable que te guste nadar en la bahía tampoco —sonrió Bill—. Según recuerdo, también está bastante poblada de peces. Las personas suelen alimentarlos con la mano desde la orilla.

—Espero que no haya tiburones.

—Nunca en domingo —bromeó Bill.

—Kate tiene miedo de todo animal que no ladre o maúlle —rio Tricia.

—Qué lástima. Pensaba comprarle un ratón como mascota para su cumpleaños. Me pareció que los que vimos en el teatro le gustaron.

—¡Muy gracioso! —protestó Kate.

Avanzaron unos quince minutos y llegaron a la entrada del parque nacional. Bill siguió el sendero hasta la zona de aparcamiento.

—Los vestidores están cerca de aquí —comentó Bill—. ¿Por qué no nos cambiamos ahora? Así no tendremos que volver antes de nadar —detuvo el coche. Bajaron y se dirigieron hacia la construcción blanca que albergaba el área de vestidores—. Según recuerdo, los de mujeres están a la derecha y los de hombres al otro lado. Sería mejor que dejáramos la ropa en el coche. Os veré aquí en diez minutos.

—Bonito lugar, ¿no te parece? —preguntó Tricia, cuando caminaban por la arena.

—Precioso.

—Kate, me pregunto si en realidad tenemos que regresar mañana. Ahora que el problema ha desaparecido, quizá podríamos quedarnos unos días y divertirnos.

—Tricia, ¿acaso el sol te secó el cerebro? No nos quedaremos aquí un segundo más de lo que sea necesario. En primer lugar, la presión sanguínea de papá debe estar subiendo a cada minuto que estamos fuera, en segundo lugar, el hombre del bigote todavía puede andar rondando por aquí. En tercero, mañana es lunes y las oficinas gubernamentales estarán abiertas. ¿Y si Martínez decide verificar lo del programa de seguros de Bill? Si descubre que Bill no es amigo de Álvarez, es probable que nos encierre en una celda a los tres. Lo siento, pero partiremos mañana a primera hora —Kate dio la vuelta al llegar a la esquina del edificio.

—¡Kate! —gritó Tricia.

Kate se volvió y al hacerlo, un fuerte brazo la cogió por la cintura. Intentó apartarse y distinguió las facciones del hombre que la apresaba. ¡Era el del bigote! Le empujó con las manos, tratando de soltarse.

—¡Kate! —volvió a gritar Tricia, frenética.

Kate alcanzó a volverse para ver a su hermana. La sujetaba un hombre alto y rubio.

Kate trató de decir algo, pero su atacante la apretó con fuerza y la obligó a avanzar por la parte posterior del edificio. Oyó que Tricia y el rubio los seguían. Luego escuchó un golpe seco y un gemido ahogado.

—Vamos, chiquilla —murmuró una voz masculina—. Camina deprisa y mantén la boca cerrada, o te llevarás unos cuantos azotes.

Kate intentó zafarse del brazo del hombre del bigote. Él se limitó

a darle un empujón que casi la hizo caer.

—Está bien, chicas —comentó, continuando la marcha—. Llegaremos hasta el extremo del edificio y regresaremos al aparcamiento. Vamos a parecer amigos, o lamentaréis no haber cooperado.

El aparcamiento. Seguramente habían seguido al Volkswagen desde el hotel. Kate trató de elaborar un plan. Ella y Tricia podrían terminar muertas si subían a un coche con esos dos. Tenía que haber una forma de escapar, pero el soltarse sería difícil con un hombre más grande y fuerte que ella.

¿Y si gritaba? Tal vez solo lograra hacerlo durante un segundo. El hombre la golpearía para hacerle callar. Solo tendría una oportunidad. Se acercaban al extremo del edificio. Allí estaban los vestidores de hombres y Bill se encontraba en ese sitio. Distinguió una ventana abierta. Unos pasos más y estarían bajo ella.

—¡Bill!… —una mano le tapó la boca con violencia.

—Ordené que guardarais silencio. No quiero más bromas —con la mano cubriendo la boca de Kate, empezó a correr.

Dentro, Bill se detuvo un instante, con el bañador en una mano y el resto de la ropa sobre un banco. Resbalando en el suelo mojado corrió a la ventana. Aún cuando apenas podía ver, lo que observó lo volvió a inmovilizar. ¡Tenía que salir de allí e impedir lo que ocurría! Observó su cuerpo desnudo. ¡Le habían pillado sin nada encima! Corrió al banco y empezó a ponerse los vaqueros. Sin acabar de subírselos empezó a correr, tropezó y estuvo a punto de caerse de bruces. Siguió corriendo mientras se subía la cremallera.

El brillo del sol le cegó un momento, luego las vio, y a los dos hombres. La descripción de los asaltantes de Tessier coincidía con ellos.

—¡Kate! —advirtió que la chica intentó volverse al oírle, pero el hombre que la sujetaba la empujó hacia delante. Bill corrió ignorando las piedras que herían sus pies descalzos. Maldijo cuando el cuarteto se detuvo junto a un coche. El rubio abrió la puerta y subió después de arrojar al interior a Tricia y a Kate. El otro agarró el volante. Un instante después, el sedán azul partió raudo.

Bill cambió el rumbo y fue hacia el Volkswagen, nunca los alcanzaría a pie. El otra coche salió del aparcamiento cuando él todavía batallaba para introducir la llave en la cerradura de la puerta. Al fin la abrió y subió inmediatamente. El asiento le quemaba la espalda, el interior del vehículo parecía un horno. Bill puso el motor

en marcha, bajando el cristal a la vez. Intentó dar marcha atrás, pero imposible. El sedán azul se perdía dejando detrás una nube de polvo. Al fin recordó que para meter la marcha atrás debía empujar hacia abajo la palanca de velocidades. Al fin logró ponerse en movimiento.

Pisó el acelerador a fondo. El coche se caló. Después de un par de pequeñas explosiones, al fin inició la marcha. Bill observó el sedán que desaparecía en la distancia. Si lograba llegar a tiempo para ver qué dirección seguía en la carretera, tendría una oportunidad. El coche volvió a calarse. ¿A quién intentaba engañar? Nunca podría alcanzarlos.

Logró acelerar y vio que el sedán tomaba rumbo al sur, alejándose de San Miguel. Al fin llegó a la carretera, no podía permitir que el coche azul llegara a la zona desierta donde podría perderse con facilidad, pero no había forma de que pudiera alcanzarlos.

El sedán pasó raudo frente a un restaurante que había junto a la carretera y de pronto apareció otro vehículo haciendo sonar la sirena. ¡Era increíble, una patrulla de la policía seguía al sedán azul! Bill continuó conduciendo, observando la persecución delante de él. El coche azul se alejó de la patrulla y de pronto viró, para tomar un camino, desapareciendo entre los arbustos. La patrulla fue en su busca, con la sirena funcionando. De pronto, el sonido cesó. La patrulla debió detenerse de repente, pensó Bill.

Llegó al camino y giró bruscamente a la derecha. Horrorizado, se aferró al volante cuando el coche patinó en una superficie mojada. Al fin se detuvo cuando el Volkswagen cayó en una zanja poco profunda. Saltó del vehículo y corrió entre el barro, a tropezones. Los otros dos coches se encontraban a unos treinta metros. El sedán estaba inclinado peligrosamente al borde de una zanja, con una rueda fuera del camino. Las dos puertas de delante estaban abiertas. Dos policías, Kate y Tricia se hallaban junto al coche.

—¡Kate! —como en sueños, Bill advirtió que los cuatro se volvieron hacia él, pero solo tenía ojos para Kate. ¡Estaba a salvo! Pasó junto a la patrulla, llegó al sedán y envolvió a Kate en sus brazos. Era tan pequeña, tan indefensa, pero no estaba herida. Miró a su alrededor. No había señales de los secuestradores. Debieron escapar entre los arbustos.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Tricia, aclarándose la garganta.

—¿También quieres un abrazo, Tricia? —Bill se inclinó, besó a Kate en la frente y la soltó.

—Pensándolo bien, creo que pasaré. Estás hecho un desastre —señaló la joven, examinándolo de pies a cabeza.

—Para mí no —murmuró Kate.

—Señor Sutherland —Bill se volvió, percatándose de que uno de los policías era Martínez—. Señor Sutherland, intentaremos capturar a esos hombres, pero será difícil. Sugiero que usted y las señoritas vayan a su hotel y permanezcan allí hasta su partida. Entiendo que es mañana —había sospecha en la expresión del policía.

Bill pensó deprisa. Era evidente que Martínez los seguía y que había investigado por su cuenta.

—En efecto. Hice tres reservas para mañana por la mañana. Las chicas han tenido tantos sobresaltos, que decidí acompañarlas a Toronto y regresar desde allí a la ciudad de Méjico para asistir a mi reunión con el general Álvarez.

—Me extrañaba la tercera reserva, señor Sutherland —comentó Martínez con alivio—. No me explicaba por qué iba a salir del país, teniendo una cita tan importante.

—Y yo me preguntaba, oficial Martínez, qué hacía usted por aquí.

—No quería que les pasara nada a las señoritas Ballantyne, por lo que decidí vigilarlas. Uno de mis hombres los siguió al interior del parque mientras mi compañero y yo comíamos algo en el restaurante. Afortunadamente, el hombre del parque contaba con radio. Siempre estamos en comunicación cuando estamos de servicio.

—Me impresiona, oficial Martínez. Puede estar seguro de que hablaré con el general Álvarez de su eficiencia. ¿Necesita interrogar a las señoritas acerca de este incidente?

—Ya les he hecho algunas preguntas. Esos hombres, como yo, querían saber el paradero del señor Tessier. Sé quienes son. Los arrestaremos cuando aparezcan. ¿Hay algo más que pueda informarme? —preguntó a Kate.

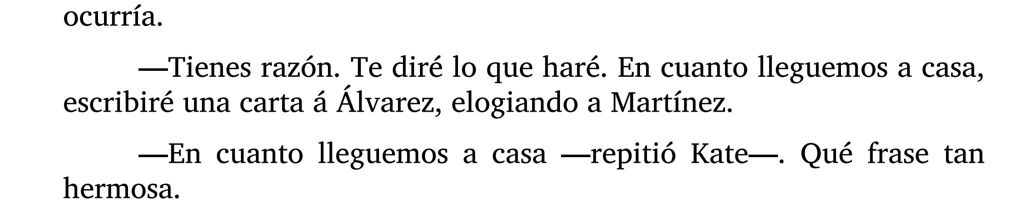
—No. Eso fue lo único que nos preguntaron. Solo quiero darle las gracias, oficial Martínez. ¡Jamás me alegró tanto ver una patrulla de la policía!

—Fue un placer, señorita Ballantyne. Las acompañaremos a ustedes y al señor Sutherland a su coche para desearles buen viaje.

Con la ayuda de los policías, pronto iban de regreso al hotel.

—¿De verdad estáis bien? —preguntó Bill.

—Sí, pero sospecho que fue solo porque Martínez estaba aterrorizado de lo que diría el famoso general Álvarez si algo nos



ocurría.

—Tienes razón. Te diré lo que haré. En cuanto lleguemos a casa, escribiré una carta á Álvarez, elogiando a Martínez.

—En cuanto lleguemos a casa —repitió Kate—. Qué frase tan hermosa.

—Para vosotros —murmuró Tricia desde el asiento posterior—. Yo todavía tengo que enfrentarme a papá.

Capítulo 10

Como una gigantesca serpiente mecánica, el carrusel de equipaje serpenteaba en uno de los extremos de la sala de recepción del aeropuerto internacional de Toronto.

—Aquí vienen los palos de golf de nuevo —comentó Tricia, preocupada—. Debí contar desde el principio. Estoy segura de que han pasado frente a nosotros unas treinta veces.

Kate miró a Bill, que se limitó a encogerse de hombros. El equipaje de los tres no llegó de Miami. Cuando partieron de Cozumel esa mañana, pensó que sus problemas al fin quedaban atrás. Ahora ya no estaba segura. ¿Por qué había desaparecido todo su equipaje?

—Vámonos —sugirió Bill, cuando cambiaron el anuncio de su vuelo por otro procedente de Boston—. Iré a ver qué es lo que debemos hacer para recobrar el equipaje.

—Mientras lo haces, yo llamaré a papá para avisarle que vamos retrasados. Cuando estuvimos en Miami le llamé para decirle que pasaríamos por el teatro. Debe estar esperándonos —comentó Kate y fue a telefonearle para asegurarle que estaban bien y que llegarían tarde al teatro.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó Tricia, nerviosa, cuando la conversación telefónica concluyó.

—Con sorprendente tranquilidad —comentó Kate—. Se alegró de que ya estemos aquí y nos espera en el teatro. Él y Paul están ocupados preparando una cotización para un nuevo proyecto. Saldrán tarde de allí. Tienes suerte, Tricia. Si está tan ocupado como parece, no explotará contigo —hizo una pausa al ver que Bill regresaba—. ¿Y bien? ¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a casa. Cuando las maletas aparezcan, nos llamarán. Tendremos que venir para que pasen aduana. Mientras, iremos a la sección de reclamación de equipajes para informar de lo que nos falta.

—Siento que haya pasado esto —se disculpó la encargada—. El movimiento es tal en esta época del año, que a veces se producen errores.

—¿Dónde podrá estar nuestro equipaje? —preguntó Kate.

—El error pudo producirse en Miami con el cambio de avión, o tal vez ni siquiera salió de Cozumel. ¿Los tres registraron su equipaje al mismo tiempo?

—Así es.

—Entonces, tal vez haya habido alguna confusión. Lo más probable es que sus maletas se quedaran en la sección de equipajes, en lugar de ser mandadas al avión. Con las etiquetas de destino que les fijaron cuando se registraron, serán detectadas y enviadas en el siguiente vuelo a Miami y allí reexpedidas a Toronto. Quizá lleguen hoy mismo.

Kate dejó escapar un suspiro de alivio. Lo que la mujer decía, era lógico. Quizá todo se debía a un error, pero ya sospechaba de todo. Al fin salieron de la terminal y enseguida notaron el cambio de temperatura. El invierno de Toronto era muy diferente al calor que soportaron en Cozumel.

—La nevada debió ser fuerte —comentó Bill, al ver los montoncitos de nieve que brillaban bajo el sol de media tarde—. Me alegro de haber dejado el jeep bajo techo. Odiaría tener que retirar la nieve ahora —dejó el maletín de mano de Tricia, única pieza que llegó con ellos por haberla llevado a bordo en el asiento posterior del Cherokee. Unos minutos después, emprendieron la marcha—. ¿Estaba tu padre preocupado por nuestra llegada, Kate?

—No, ¿por qué?

—Quiero parar un momento.

—Yo también —intervino Tricia—. ¿Podríamos pasar un minuto al Rackets, Bill? Quiero ver si Fred ha sabido algo de Roger.

—Tricia —la interrumpió Kate, tajante.

—No empieces, ¿quieres? Sé que tenías razón respecto a Roger. Pero es mucho mejor de lo que tú crees, aunque no volveré a acercarme a él. Aunque le encontráramos en el Rackets, solo le diría: «Hola, Roger, me alegro de que estén bien», y nos iríamos. Solo me gustaría saber que está a salvo. Tal vez llamó a Fred. Después de todo, no puede olvidarse de su negocio.

—Tricia, ya te hablé de los otros «interese de negocios» de Roger. Quizá no esté muy preocupado por lo que ocurra en el Rackets.

—Tal vez no, Kate, pero podría ser. ¿Podríamos comprobarlo, Bill?

Bill se volvió en actitud interrogante hacia Kate.

—Anda, Kate —insistió Tricia—. Me sentiré mejor si sé que Roger está bien.

—Bueno, supongo que serán dos paradas, entonces —cedió Kate,

sabiendo que su postura era irracional—. ¿Cuál será tu escala Bill?

—Es una sorpresa, pero no nos desviaremos mucho. Iremos allí antes —llegaron al centro de la ciudad, a una sección de casas victorianas convertidas en oficinas. Se detuvo frente a un edificio de tabique amarillo—. Muy bien, aquí estamos. Todos abajo.

—¿En dónde estamos? —preguntó Kate, cuando bajaron del jeep.

—Aquí, en el segundo piso, se encuentran las oficinas de Wm. R. Sutherland y compañía —anunció Bill con orgullo y señaló una placa metálica en la entrada—. Quería que comprobarais que la empresa existe y que conozcáis a mi secretaria y a los otros empleados que estén aquí en este momento.

Kate contempló la placa de bronce. Una extraña excitación bullía en su garganta. Intentó no sonreír, pero algo la obligaba a hacerlo. Wm. R. Sutherland no solo existía, sino que parecía una empresa floreciente y respetable desde el exterior.

—Vamos —sonrió Bill—, subamos. Quiero que compruebes que la placa no es falsa —cuando Tricia se adelantó, murmuró al oído de Kate—. Quiero que te asegures de que no soy falso.

Un calor agradable invadió a Kate. La oficina parecía tan sólida como el edificio que la albergaba. Bill Sutherland era tan maravilloso como su intuición le dijo desde el principio. Cierto era que le mintió un poco, pero, ¿qué importaba? No tuvo alternativa, ahora lo comprendía. Podía olvidarse de todos los malentendidos.

Todo lo que hizo por ellas los últimos días compensaba con creces sus engaños. Las sacó de Méjico a salvo. Estaban de regreso en casa donde no encontrarían al tipo del bigote, ni al alto y rubio. Sus problemas habían quedado atrás y Bill demostraba ser quien decía. Kate jamás se sintió más contenta. Concluyeron la visita a la oficina y emprendieron la marcha, escaleras abajo. Bill cogió la mano de Kate y la apretó con ternura.

—¿Todo en orden? —preguntó, con una sonrisa.

—Todo en orden —repitió ella. ¿Cómo podía no estarlo cuando ese hombre maravilloso le asía de la mano y la miraba con adoración?

—Podría llevarte a conocer a Clive Robertson, si quieres.

—No, gracias. No creo que sea mi tipo. Sin embargo, me gustaría conocer a tu Annie Sutherland en alguna ocasión.

—A mí podría interesarme que la conocieras. No, olvídate del condicional. Yo ya conozco a tu familia y debo corresponder antes de

que la situación se vuelva más seria.

¿Más seria? Kate no creía que fuera posible. Estaba tan embelesada de que todo se resolviera entre ellos, que le parecía caminar entre nubes.

—¡Caramba! —protestó Tricia, cuando al abrir la puerta, una racha de aire helado la hizo estremecerse—. ¡Hace tanto frío, que quisiera no haber salido de Cozumel!

—Solo se trata de que no estás vestida como es debido —rio Kate—. No obstante, me ofrezco a pagarte una sesión de rayos U.V.A. Debe ser más seguro que regresar a Cozumel.

Tricia emprendió la marcha hacia el jeep y se detuvo de pronto.

—¡Bill, la puerta posterior está abierta y mi maletín ha desaparecido!

El estado de felicidad que invadía a Kate desapareció inmediatamente y se estremeció, sin saber si era de frío, o de miedo. Primero su equipaje y ahora el maletín de Tricia. Era evidente que no fue un error el que su equipaje continuara en Cozumel. Alguien se apoderó de sus maletas, buscando algo. Y seguro que se trataba de las joyas Cassidy. Pero lo peor de todo, era que alguien las buscaba allí, en Toronto. La pesadilla las siguió hasta allí. Al mirar a Bill, comprendió que él había llegado a la misma conclusión.

—Me alegro de que no necesitemos ropa de verano durante unos meses —comentó la chica, en voz baja.

—Yo diría que las probabilidades de que la recuperemos son nulas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Tricia, nerviosa.

—¿Tu maletín estaba cerrado con llave? —inquirió Bill. Ante la negativa de la joven, agregó—: Entonces, es probable que solo quisieran ver qué había dentro y que todavía esté por aquí. Veamos el pasillo lateral exterior del edificio. Es el lugar más obvio. Alguien pudo detenerse allí sin ser visto desde la calle.

En la parte posterior del edificio había un coche deportivo sobre bloques de madera y protegido para el invierno. Alrededor de él estaban las pertenencias de Tricia y Bill encontró el maletín debajo del vehículo.

—¿Te falta algo? —preguntó Bill.

—Parece que no —respondió Tricia, revisando sus cosas.

—¿Debemos llamar a la policía? —preguntó Kate, ayudando a su

hermana a recogerlo todo.

—Sí, debemos informarles de todo lo acontecido, pero no nos apresuremos. Tengo a varios amigos en la fuerza pública. Quiero pensar en quién es el más indicado. Además, no tiene objeto llamarlos ahora, si no falta nada.

—¡Pero alguien robó mi maletín! —protestó Tricia—. Es un delito, ¿o no?

—No se trata de nada serio, Tricia. Lo sacaron del jeep y vaciaron su contenido en la calle. Nadie podrá relacionarlo con todo lo demás.

—Pero nosotros sabemos que sí está relacionado, Bill —comentó Kate—. Y si es así, alguien cree que nosotros sabemos dónde están las joyas y la situación vuelve a ser peligrosa, ¿no es cierto?

—Tienes razón —aceptó Bill—. Hablaremos con la policía, aun cuando dudo que el decirles que creemos que estamos en peligro nos sirva de mucho. No podrán hacer gran cosa hasta que pase algo concreto… algo más significativo que el que vaciaran el maletín de Tricia.

Kate se apoyó en la pared, tratando de ordenar sus pensamientos. Era imposible. El enredo era demasiado grande.

—Bill, ¿qué crees que sucede? ¿Por qué nos persiguen todavía?

—Tendremos que hacer conjeturas, Kate —Bill se pasó la mano por el pelo—. Ése es uno de los problemas que tendremos al hablar con la policía, pero considero que los tres debemos analizar la situación. Volvamos a mi oficina, antes de que nos congelemos.

La secretaria de Bill les sirvió café. Agradecida, Kate rodeó el tarro caliente con los dedos y se arrellanó en un sillón, tratando de ignorar el nudo que tenía en la garganta. Cuando la secretaria salió, Bill se inclinó hacia delante.

—¿Por qué no os presento el panorama según lo veo yo? Interrumpidme si omito algo, o creéis que estoy equivocado.

Kate y Tricia asintieron.

—Muy bien. Roger definitivamente estuvo involucrado en el robo de las joyas Cassidy, la policía de Montreal tiene demasiadas evidencias para demostrarlo. Por lo que me han dicho, ha participado en los robos a residencias desde hace varios meses, usando

información que obtiene de los miembros de Rackets. Pasaba la información a su socio que cometía los robos —miró con pena a Tricia —. Desafortunadamente, la policía desconoce la identidad de su cómplice. Supongo que es la persona que se presentó en casa de Kate fingiendo ser técnico de la compañía telefónica. Considero que el que me siguió e intervino tu teléfono es el socio de Roger, o más bien, su antiguo socio. En fin, volviendo al robo Cassidy, aun cuando Roger participó en él, creo que me dijo la verdad al manifestar que no sabe dónde están las joyas. Supongo que las tuvo y que alguien lo despojó de ellas. Es evidente que su socio no lo cree así y está convencido de que Roger sabe dónde están y que ha decidido quedarse con ellas, lo cual es obvio, el socio no aceptará.

—Así que nos utilizó para localizar a Roger —murmuró Kate.

—¡Exacto! Luego lo dispuso todo para que esos pillos interrogaran a Roger. Al no obtener información, registraron el cuarto del hotel. Cuando mis hombres estuvieron en Cozumel, el administrador del hotel confirmó que las joyas no estaban en sus cajas de seguridad. Es probable que ellos hicieran lo mismo —se quedó pensativo—. En ese momento, las posibilidades se agotaban. Las joyas no estaban en el hotel y tampoco en el hospital, ya que Roger no las tenía consigo cuando lo golpearon, porque fue llevado directamente al sanatorio desde la playa. Tricia tampoco pudo llevárselas, ya que la misma policía la condujo al lugar después del asalto.

—¡Puedes estar seguro de ello! —Tricia tragó con dificultad. Bill la cogió una mano, antes de continuar.

—Bien, entonces sabían que las joyas no estaban en el hotel, ni en el hospital. Nos vigilaron y nosotros no hicimos nada sospechoso que los hiciera suponer que teníamos las piezas y que se las llevamos a Roger cuando lo visitamos. Más tarde, Roger partió con rumbo desconocido. Si tuvierais una fortuna en joyas ocultas, ¿las abandonaríais?

—Tal vez no —respondió Kate—. Si fuera una delincuente, nunca las dejaría.

—¡Exacto! Si tú no pudieras obtenerlas sola, buscarías a alguien que te ayudara. Y para ellos, nosotros éramos esa ayuda para Roger. Unas horas antes de su desaparición, hablamos con él en el sanatorio. Pudo haber hecho un trato con alguno de nosotros, lo cual explica que el equipaje desapareciera y se apoderaran del maletín de Tricia. Por supuesto, no teníamos las joyas en el equipaje y la ropa de verano que vestimos no nos permite ocultar las joyas.

Frunció el ceño y se quedó un rato pensativo.

—Eso solo deja al cómplice de Roger una conclusión final… la cual considero yo es correcta… que Roger ocultó las joyas en Canadá, antes de partir para Cozumel. Pero él no ha regresado al país. Su socio lo habrá comprobado, por lo cual es de suponer que Roger hará que alguien le lleve las joyas. Lo cual nos lleva al hecho de que uno de nosotros podría ser ese contacto. Lamentablemente, también nos lleva a tu comentario de que si creen que sabemos algo acerca de las joyas, la situación vuelve a ser peligrosa.

—Bill, comentaste antes que consideras que Roger no sabe dónde están las joyas, que alguien se las robó —interpuso Tricia.

—Cierto, eso es lo que pienso, pero yo no soy el cómplice de Roger. Él está seguro de que ha sido traicionado.

—Estoy más confundida que al principio —Kate se hundió en su asiento—. No comprendo el razonamiento del socio de Roger. Aun cuando éste supiera dónde están las joyas, ¿por qué nos lo iba a decir?

—Kate, Roger se encontraba en el hospital en un país extranjero y nosotros estábamos allí. ¿A quién más podía recurrir? Una llamada telefónica habría dejado una pista que su socio podría seguir.

—Pero no somos delincuentes, Bill. ¿Por qué involucrarnos en un lío como éste? Si Roger nos hubiera informado, ¿por qué no ir a la policía tan pronto como llegamos a Canadá?

—¿Por qué no fuiste a la policía antes, Kate? ¿Por qué no lo hiciste cuando recibiste esa extraña llamada la semana pasada?

—Por Tricia… Porque pensé que…

—Precisamente. El técnico escuchó esa llamada. ¡Diablos, hasta pudo hacerla él! No he tratado de encajar esa pieza del rompecabezas en su sitio todavía. La llamada llegó una o dos horas después de que interfirió tu línea, así que o la hizo, o la escuchó. Lo que debiste hacer en ese momento, era llamar a la policía y no lo hiciste. Para el técnico, fue porque comprendías que Tricia estaba involucrada en los manejos de Roger, o que tú mismas lo estabas, Kate. Hay un cómplice en Toronto de toda la operación. Conocías a Roger antes de que todo esto empezara. Tú podías haber estado de acuerdo con él.

—¿Yo? Era más fácil que Tricia lo estuviera, ¿no es así? —preguntó Kate, nerviosa.

—No necesariamente. Sin afán de ofenderte, Tricia, pero eres solo una niña. Tal vez el socio de Roger piense que tú, Kate, o yo, fuimos comprados. Hay mucho dinero en esto. Es lógico pensar que Roger preferiría a alguien mayor que Tricia.

—¡Eso es una locura! Ninguno de nosotros sabe nada.

—Kate, el socio de Roger no sabe eso —apuntó Bill, tranquilo.

Kate lo contemplaba cuando al fin comprendió.

—Bill —intervino Tricia—, después de nuestros tratos con Martínez y sus colegas, me avergüenza mencionar esto, pero hace un rato dijiste de debíamos contarle todo a la policía. Dado que alguien busca a uno de nosotros, ¿no crees que deberíamos hablar con la policía inmediatamente?

—Sí, Tricia, pero antes de hacerlo, tenemos que ir al Rackets para hablar con Fred. Quizá tengas razón y Roger le ha llamado, si Fred sabe cómo entrar en contacto con él, me interesa obtener ese número telefónico. Si podemos convencer a Roger de que nos dé el nombre de su socio, la policía estará muy interesada.

—Es probable que Fred sepa quién es el socio —manifestó Kate, pensativa. Administra el Rackets de Montreal desde hace seis meses. Puede estar al tanto de lo que Roger hace. De hecho, hace unas noches insinuó que sabía algo. No le di mucha importancia en ese momento, porque es un poco fanfarrón, pero quizá en esa ocasión decía la verdad.

—Vamos, entonces —anunció Bill, en tono decidido.

Kate titubeaba. Al recordar los objetos de Tricia tirados en la nieve, comprendió que las cosas tomaban un rumbo que podía ser peligroso para ellos.

—Bill, ¿no crees que tal vez Tricia tiene razón y que debemos acudir a la policía ahora y dejar que sean ellos quienes hablen con Fred?

—Kate, Fred os conoce. Puede deciros cosas que nunca confesaría a la policía. Además, si vamos con lo que tenemos hasta este momento, ¿qué podemos decirles? ¿Que porque nuestro equipaje se extravió, consideramos que alguien cree que tenemos las joyas Cassidy? Si todos los que pierden su equipaje fueran a la policía con alguna teoría del porqué desaparecieron, habría unas colas tremendas frente a todas las comisarías. Quisiera que tuviéramos algo más concreto. Veamos si podemos averiguar algo de Fred. Si mi teoría del técnico del teléfono es correcta, al menos ya sabemos cuál es la descripción física del socio de Roger. Si conseguimos su nombre, iremos sobre seguro. De otra forma, tú y yo tendremos que pasar largas horas revisando fichas de delincuentes.

—¡Katie, Trish! —el rostro de Fred se iluminó al verlas—. Temía que no volvería a saber de vosotras hasta que la nieve se hubiera derretido. Paul está preocupado por vosotras. ¿Vino el gran hombre también? ¿Dónde está?

Kate se sintió desanimada. Era evidente que Fred no sabía nada de Roger. Su única esperanza era que tuviera alguna información útil. Miraba a Bill con curiosidad. Se dio un momento para presentarlos.

—Creíamos que podrías tener alguna noticia de Roger —informó la chica.

—Ni una sola palabra —una expresión preocupante apareció en el rostro de Fred—. ¿Dónde está Roger-Dodger? ¿Se quedó tomando el sol?

—No del todo —Kate miró a Bill, sin saber cómo proceder.

—Katie, ¿qué sucede?

—Lo que sucede es que Tessier puede estar en problemas —intercaló Bill—. Creímos que podría decirnos algo que le ayude a salir de ellos.

—¿Es policía, Sutherland? —preguntó Fred, lleno de sospechas.

—No, me dedico a los seguros —Bill le entregó una de sus tarjetas de visita.

—Rosie, ¿quieres hacerte cargo de la recepción de nuevo? —Fred se volvió hacia Bill—. Vayamos a hablar a la oficina… Tomen asiento. ¿Te gusta el trabajo de remodelación, Kate?

—Apesta al dinero de Tessier —contestó Kate, con envidia por quien realizó el trabajo.

—Tienes razón —rio Fred—. Cuando el gran hombre me trasladó a Montreal, pensó que tendría que pasar más tiempo aquí y decidió reemplazar mis muebles viejos —la sonrisa se borró de su rostro y se volvió hacia Bill—. Muy bien, vamos al grano, ¿cuál es el problema de seguros? ¿Qué sucede? ¿Dónde está Roger-Dodger?

—El sábado, Tessier estaba en Cozumel. En este momento, no sabemos. Esperábamos que usted lo supiera, pero por lo que veo, no tendremos esa suerte.

—Está en lo cierto, no tengo idea. Roger no me informa de sus andanzas. Pero, ¿por qué están interesados en saber dónde se encuentra? Muy bien, decidió desaparecer de Cozumel, ¿y eso qué? El gran hombre no tiene que registrar todos sus movimientos. Ya

aparecerá, siempre lo hace.

—El problema reside en que hay algo más que su simple desaparición. Tuvo problemas con un par de tipos en Cozumel que le mandaron a un hospital. Hablamos con él allí unas horas antes de su desaparición.

—¿Va a darme los detalles, Sutherland? ¿A qué se refiere al hablar en plural? ¿También estuvo en Cozumel? ¿Usted habló con Roger en el hospital? —al ver que Bill asentía, continuó—: ¿Qué hay con esos tipos? ¿Son mejicanos? ¿Está muy grave? ¿Hablamos de seguros de gastos médicos?

—No está grave y no, no hablamos de seguros médicos. Hablamos de seguros de artículos que fueron robados, algo que los asaltantes de Roger creían que él tenía. Y para su información, no eran mejicanos.

—Entonces… ¿qué pasa? —Fred se secó el sudor de la frente—. ¿Roger está bien?

—Creemos que lo está, pero desapareció del hospital y nadie ha sabido de él.

—¿Qué saben de esos tipos y qué es lo que fue robado?

—Lo robado son joyas muy valiosas. Parece que alguien cree que Roger las tiene y contrató a dos tipos para quitárselas. Como Tessier no cooperó, lo golpearon. Queremos saber quién es ese alguien. Confiábamos en que usted supiera quién es y cuáles son las actividades recientes de Roger en Montreal… con quién está asociado, quién cree que huyó con objetos valiosos.

—¿Piensan que yo puedo saberlo? —Fred volvió a secarse la frente.

Kate advirtió su nerviosismo. Fred adquirió un color pálido. Se sorprendió de lo alterado que estaba. Nunca consideró que pudiera tener sentimientos por alguien.

—Permítame describirle a alguien de quien sospechamos: Un hombre de veintitantos años, cabello oscuro y complexión delgada. Cuando le he visto, vestía una chaqueta de cuero negra. ¿Lo identifica como alguien que haya rondado por el Rackets de Montreal?

Fred se humedecía los labios, nervioso. Kate casi podía ver los engranajes de su cerebro funcionando. Era evidente que conocía a alguien de esa descripción. En ese momento decidía qué decirles.

—Parece que Bill ha descrito a alguien a quien tú conoces —aventuró.

—Bien, Kate… He visto a un tipo que corresponde a esa descripción. No es un miembro del club. Solo se presenta de vez en cuando a ver a Roger.

—¿Cómo se llama? —la pregunta de Bill quedó suspendida en el aire mientras Fred se frotaba la mandíbula.

—No lo sé —contestó al fin—. Lo habré visto tres o cuatro veces y Roger nunca nos presentó. Solo desaparecían en una oficina durante unos minutos.

Kate no pudo decidir si Fred mentía o no.

—Pero podría identificarlo —apuntó Bill.

—Claro, tal vez podría hacerlo, pero, ¿qué tiene que ver él con el problema de Roger?

—Supongo que Tessier ha estado jugando con ese tipo —comentó Bill—. El juego terminó y ahora él busca a Roger, ya que considera que lo traicionó y se marchó con las joyas que debían repartir. Sin embargo, no creo que Roger tenga el botín. Por lo que sé, él lo tenía, pero se lo robaron, quizá hasta de su escritorio en el club. ¿Ha ocurrido algo fuera de lo normal en el Rackets de Montreal en las últimas fechas? ¿Hubo algún hurto que no fue denunciado a la policía? ¿Algo desacostumbrado?

—Nada, que yo sepa —Fred tamborileaba con los dedos en los brazos del sillón.

—Tuvo que ser a principios de este mes —presionó Bill.

—Ni siquiera estaba en Montreal entonces. Vine a Toronto el día de Año Nuevo para pasar la fiesta con mis padres —Fred hizo una pausa y se volvió hacia Kate—. ¿Lo recuerdas, Katie? Tú y Paul me llevasteis a hacer un recorrido por el teatro un día después. Tal vez ocurrió algo durante mi ausencia —agregó, pensativo—. Pensando en ello, quizá fue así. Algo de lo que no estoy enterado, porque de pronto los programas de trabajo para enero fueron modificados y Roger partió rumbo al sur sin previo aviso. Acababa de regresar a Montreal cuando el gran jefe me llamó desde Toronto, lleno de pánico. Los planes eran que él se haría cargo de esta sucursal durante un par de semanas mientras Charlie, el gerente, estaba de vacaciones.

—Charlie es quien reemplazó a Fred aquí cuando fue trasladado a Montreal —explicó Kate.

—De pronto hubo un cambio de planes —continuó Fred—. Roger me ordenó que dejara a mi ayudante al frente en Montreal y que viniera aquí hasta que Charlie regresase. Llegué a Toronto el

sábado siguiente. Estaba harto de ir de una ciudad a otra.

Bill suspiró cansado. Fred no sabía el nombre del falso técnico… o no estaba dispuesto a revelarlo. Tampoco se hallaba en Montreal cuando las joyas desaparecieron del escritorio de Tessier… si es que en realidad estuvieron allí. La charla no los llevaba a descubrir el paradero de las joyas. Si Fred no lo sabía, entonces, ¿quién? Las piezas debían aparecer por muchos motivos. Cuando así fuera, Kate y Tricia estarían a salvo, eso era lo más importante.

Luego, debía considerar a Clive Robertson.

Bill maldijo en silencio. A Clive le molestaría mucho que Edinborough Rock tuviera que pagar por la reclamación de Xenia Cassidy. Más bien, Clive dejaría de ser cliente suyo y los antiguos clientes, tan importantes como él, podían ser fatales para la reputación de una empresa si no quedaban satisfechos. Si no conservaba la cuenta de Edinborough Rock, podía olvidarse de su propia compañía.

—Me parece increíble que Roger-Dodger esté metido en problemas —comentó Fred, interrumpiendo los pensamientos de Bill —. ¿Qué tan mal están las cosas, Sutherland? ¿Hasta dónde cree que iría para conseguir esas joyas?

—Hasta donde sea necesario, Fred. Si nos pudiera dar un nombre que se ajuste a nuestra descripción, la policía lo detendría. Si no, seguirá indagando aquí y allá hasta encontrar lo que busca… dónde está escondido Roger y dónde están las joyas. Si realmente le preocupa Roger, dígame lo que pueda ayudarnos.

—Lo haría si pudiera, pero no sé nada.

—Bien, en ese caso, no le haremos perder más tiempo —Bill se puso de pie e indicó a Kate y Tricia que le siguieran. Llegó a la puerta, sin quitar la vista de Fred. Raleigh parecía muy alterado. ¿Por qué? ¿Estaba preocupado por Roger Tessier, o había algo más?

—Nos veremos, Fred —anunció Tricia desde la puerta y Kate murmuró una despedida.

—Muy bien, Fred. Si se le ocurre algo, ya tiene mi tarjeta.

—Sutherland…

Bill se detuvo para volverse.

—¿Cree que la policía busca al individuo que describió?

—Lo dudo, hasta donde sé, no lo han identificado. ¿Por qué?

—Escuche… será mejor que no se vayan. El individuo vino aquí esta tarde. De hecho, estuvieron a punto de cruzarse con él.

Capítulo 11

Bill contemplaba a Fred con la mano en el picaporte de la puerta. Así que el hombre sabía más de lo que decía. No le sorprendía, pero, ¿qué le hizo cambiar de opinión?

—Tal vez usted y yo podamos hablar, Sutherland, mientras Kate y Tricia esperan fuera.

—No lo creo, las chicas han tenido muchos problemas por esto. No es justo que se pierdan algo interesante.

Bill hizo que las jóvenes regresaran a la oficina.

—Fred acaba de recordar que ha visto al técnico no hace mucho… Esta misma tarde, para ser precisos. Ha decidido darnos los detalles.

Las dos mujeres miraron a Fred con curiosidad, pero guardaron silencio.

—Escuchen, amigos… lo que tengo que decirles no es mucho. En realidad, ni siquiera sé su nombre. Todo lo que les dije antes es cierto, solo dejé fuera cierta información.

—Muy bien, Fred. Escuchemos —le espetó Kate—. Somos todo oído. Poco a poco se descubre todo.

—Katie, controla tu temperamento, ¿quieres? Mi información no llega a nada. El individuo se presentó aquí para preguntarme dónde está el gran hombre y se marchó cuando no pude informarle. Pensó lo mismo que vosotros, que tal vez Roger-Dodger llamó para decirme dónde estaba.

—Así que sabías que Roger desapareció de Cozumel antes de que nosotros llegáramos.

—¡No, Katie! Ni siquiera sabía que estaba en Cozumel. No quisiste decírmelo, ¿lo recuerdas? Ese individuo tampoco me dijo mucho. Él hizo todas las preguntas, créeme. Él y ese pequeño objeto que guarda en su bolsillo.

—¿Algo como una pistola? —murmuró Tricia.

—¿Qué creías que era, Tricia? ¿Un pedazo de pastel?

—Creo que podemos olvidarnos de los sarcasmos —le interrumpió Bill. El técnico se paseaba con una pistola. Muy bien, tampoco era sorprendente, pero el hecho de que Kate y Tricia no lo

hubieran pensado antes, no las haría más felices—. ¿Por qué no nos lo dijo antes, Raleigh?

—Escuche, me pidió que no informara a nadie —Fred no se atrevía a mirar a Bill a la cara—. Tuve la loca idea de hacer caso a alguien que me apuntaba con una pistola.

—Me parece lógico, pero, ¿por qué cambiar de opinión y decírnoslo ahora?

—Porque supongo que de alguna forma se enterará que estuvieron aquí. Parece estar enterado de todo lo que ocurre. Tal vez piense que hablé con ustedes, así que más vale que lo haga. Así es probable que puedan decirme qué hacer cuando regrese.

—¿Regresará? ¿Cuándo? —ansioso, Bill esperaba la respuesta de Fred. Podría ser la oportunidad que esperaban. Si lo hacía, se encargaría de que alguien le detuviera para interrogarlo.

—No estoy seguro. Me ordenó que lo informara si me enteraba de algo interesante. Supone que Tessier se pondrá en contacto conmigo y ahora querrá saber qué me habéis dicho vosotros. Supondrá que su visita produjo algo interesante. Usted sabe más de él que yo, Sutherland. Yo solo sé que visitó a Tessier varias veces en Montreal. Si usted ya sabe qué sucede, dígame qué hacer cuando aparezca por aquí de nuevo. El Hombre… y su pistola… me ponen nervioso. No me da vergüenza admitirlo.

Bill no estaba convencido de que Fred no supiera el nombre del individuo, pero lo último que dijo sí era cierto. Estaba muy nervioso.

—Muy bien, Fred. Tratemos de establecer con precisión qué es lo que el individuo quiere de usted. Preguntó dónde está Tessier y usted le dijo que no lo sabe. ¿Preguntó algo más?

—Hizo algunas otras preguntas. Lo que me hizo comprender que usted sabe del asunto, es que él también insinuó que Roger-Dodger tiene algo que le pertenece a él. No mencionó las joyas, pero también preguntó si había ocurrido algo extraño en el club de Montreal. Le dije lo mismo que a usted. Excepto por el ir y venir entre las dos ciudades, no he salido de Toronto. Eso es todo lo que puedo decirle. ¿Qué más puede informarme usted? ¿Qué hago ahora? ¿Qué le digo si vuelve?

Bill frunció el ceño. Después de todo, Fred no le sería de mucha ayuda. El técnico era demasiado inteligente para dejarse atrapar por la policía en el Rackets. No volvería a ver a Fred en ese sitio. Establecería contacto con él por teléfono o le vería en otra parte.

—Fred, me temo que no puedo decirle más de lo que ya le he informado. Creo que este tipo y Tessier fueron socios en una serie de

robos en Montreal. Las joyas de este asunto pertenecen a Xenia Cassidy. ¿Se enteró del hurto de que fue objeto en Año Nuevo? Supongo que nuestro amigo sin nombre cometió el delito y entregó las piezas a Tessier. De alguna forma las joyas desaparecieron después. Como dije antes, el socio cree que fue traicionado. Por eso quiere encontrar a Roger y por eso éste se oculta. No sé nada más —se detuvo un momento—. En cuanto a qué hacer cuando el individuo reaparezca, de estar en su lugar, trataría de que eso no suceda. Llamaría a la policía, Fred. Infórmelos de su dilema. El que amenacen a alguien con una pistola es algo que ellos se toman muy en serio. Y si les dice que cree que esto está ligado con el robo Cassidy, recibirá toda su atención.

—La policía —repitió Fred en voz baja—. No me gusta mucho la idea. Si el gran hombre está metido en el asunto, no le agradará que la policía husmee en sus cosas. Supongo que no piensa mantenerse oculto para siempre.

—¿Quién sabe?

—Pues si decide reaparecer, no quiero ser quien llame a los polizontes. Me gusta mi trabajo.

—Como quiera, Raleigh. Puede hablar con la policía, o hacerlo otra vez con el socio de Tessier. Usted decide, pero no creo que nosotros tengamos más de qué hablar. Nos vamos para dejarle tomar sus propias decisiones.

Los tres volvieron al jeep, conscientes de que podrían estar vigilándolos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Kate, cuando estuvieron en el vehículo.

—Creo que estamos casi en la cumbre, en mucho mejor posición que Fred.

—Bill, ayúdame a comprender —suplicó Tricia—. Si el técnico está seguro de que uno de nosotros sabe dónde están Roger y las joyas, ¿por qué interrogó a Fred?

—Debe estar preguntándose si después de todo sabemos algo, Tricia. El panorama ha cambiado. Ha comprendido que nosotros no tenemos las joyas, que no las sacamos de Méjico para Roger. Eso le hace sospechar que puede haber otro cómplice. Tu maletín era el último lugar donde podríamos tener las joyas. Quizá cuando no las encontró allí, decidió que estaba equivocado respecto a nosotros. Puede ser, ya que tan pronto revisó la maleta, vino al Rackets para hablar con Fred. Diría que ha concluido que las joyas todavía están en

Canadá y que tal vez Roger utilizaría a Fred para recuperarlas. Tessier debe tener confianza en él.

—¡Pero dijiste que Roger manifiesta que no sabe dónde están las joyas! —exclamó Tricia, impaciente—. ¿Eso también cambió?

—Sigo creyendo que Roger no sabe dónde están las joyas, Tricia pero su socio no.

—Bill, ¿qué supones que pensará el socio de Roger al ver que vinimos a ver a Fred? —preguntó Kate, cuando la duda le asaltó.

—Quién sabe. Quizá piense que le trajimos un mensaje de Roger, o que creemos que Fred sabe dónde está Tessier, pero adivino en qué piensas. Cualquiera que sea su conclusión, no coloca a Fred en buena posición —extendió el brazo y tomó la mano de Kate—. ¿Por qué no vamos al Royal para calmar la ansiedad de tu padre respecto a vosotras? Os esperaré y te llevaré a casa. Mientras lo hago, me haré cargo de un par de llamadas telefónicas, a ver qué opina mi amigo de la comisaría de policía sobre cómo debemos actuar a partir de este momento.

—Dado que piensas entrar al teatro, tal vez puedas quedarte con nosotros unos minutos antes de hacer tus llamadas —sugirió Tricia—. Papá no grita tanto cuando hay desconocidos cerca.

—No soy tan desconocido, Tricia —rio Bill—, pero si eso te hace sentirte mejor, lo haré.

—Hay algo más en lo que podrías ayudar —comentó Kate—. Si el socio de Roger sospecha que Fred está involucrado, ¿qué sucederá con él?

—No lo sé, Kate, pero no podemos cuidar a todos los seres del mundo. Fred ya está crecidito. Le salen músculos hasta por las orejas, puede cuidarse solo. Si de verdad le preocupa la pistola, debe llamar a la policía.

—No lo hará, Bill. Hace unos años tuvo un problema de tipo legal. A partir de entonces, el evangelio según Fred Raleigh, recomienda evitar cualquier contacto con la ley. Si Fred está en un verdadero peligro, debemos informar a Paul. Si no lo hacemos y le ocurre algo a su hermano, nunca me lo perdonaré. Quiero que me ayudes a explicarle lo que pasa. Tienes más idea de cómo encajan las piezas del rompecabezas que Tricia o yo.

—Por lo que dices, tal vez no salga del teatro en todo el día.

—Bueno, ya no queda mucho, ¿o sí? Ya está oscureciendo. Dentro de poco será de noche —le indicó Kate—. Gracias a Dios por la

noche —agregó, sonriéndole.

—Muy bien, allá vamos —Kate abrió la puerta del teatro.

—Me siento como los primeros cristianos cuando eran arrojados a los leones —comentó Tricia.

—Vamos, hermanita. Papá no es un león. Siempre lo he considerado más como un oso.

—No sabía que vivieras en un zoológico, Kate —le indicó Bill—. ¿Cómo me tienes catalogado a mí?

—Todavía no lo he decidido —Kate le hizo una mueca—. Ya no te considero una rata, si bien fuiste el candidato ideal por un tiempo. El lobo con piel de cordero podría ser una buena descripción. El jurado todavía está deliberando, pero ten la seguridad de que terminarás en una de las jaulas.

—¡Me alegro de haber preguntado! ¿Una rata? ¿Un lobo disfrazado? Me tienes entre los de peor calaña. Nada como un cumplido para hacer que un tipo se sienta bien. Pero dejemos algo en claro. Si actúo a favor de Tricia y hablo con Paul, esperaré una reclasificación… al menos a la categoría de primate.

—Bueno, no sé de lo de Paul —sonrió Tricia—, pero deberás alegrarte de abogar por mí con mi padre. Si está tan enfadado que decide echarme de casa, tendré que quedarme con Kate y no me agrada seguir siendo la tercera en discordia ahora que hemos vuelto a casa.

—¡Tricia! —exclamó Kate, ruborizada.

—Kate, solo me refería a que tú y Bill quizá queráis juegos para dos personas. Ya sabes… ajedrez o damas —replicó Tricia con una carcajada.

—¡O tal vez podamos jugar a asesinar a la hermana menor!

—¿Ya ha vuelto, señorita Ballantyne? —Harry Melnyck apareció detrás de una puerta.

—Aquí estoy, Harry —Kate se obligó a sonreír—. ¿Cómo van las cosas?

—Bien… muy bien —saludó a Bill y a Tricia con una inclinación de cabeza—. Su padre se alegrará de verlas. Ha estado muy triste estos días.

—¿Dónde está, Harry?

—Creo que en la oficina del señor Raleigh. Trabajan allí en algo desde ayer.

—Gracias, Harry, te veré después —Kate se volvió para marcharse.

—¿Señorita Ballantyne? —al ver a los otros dos, Harry movió la cabeza—. Lo siento, quería hablar con usted un minuto, pero éste no es el momento. No quiero molestar.

—No es molestia, Harry. Solo tengo un poco de prisa, ¿puede esperar?

—Claro, no es nada importante.

—Entonces, te veré mañana, ¿te parece?

—Está bien… mañana.

—Tómate el tiempo que quieras, Kate —murmuró Tricia—. Habla con Harry ahora si lo prefieres.

—Tricia, no seas tonta. Vamos, enfréntate a la situación. Además, te dije que no me pareció que papá estuviera muy molesto cuando hablé con él por teléfono. ¿Qué puede suceder? —insistió, al ver que Tricia se rezagaba.

—No sé, pero ya no tengo edad para ser víctima de un infanticidio, ¿o sí?

—Desde hace varios años —sonrió Kate—. Haz una aspiración profunda y nos enfrentaremos al oso en su cueva, o en la de Paul, si es el caso —llamó a la puerta entreabierta.

—¡Kathleen! ¡Patricia! —Sean mostró una amplia sonrisa—. ¡Cuánto me alegro de volver a veros —besó a Kate en la mejilla y dio un tremendo abrazo a Tricia, quien por encima del hombro de su padre, expresó su asombro a los demás.

Kate lanzó a su hermana una mirada de advertencia. Era obvio que su padre hacía un esfuerzo por perdonar y olvidar. Asesinaría a la joven si echaba a perder la ocasión.

—Mira esto, Tricia —al soltarla, Sean la acercó al escritorio—. Estamos preparando el presupuesto para un nuevo proyecto: una discoteca para adolescentes. La fachada será totalmente restaurada, pero contará con todos los adelantos en el interior. Las ideas de los propietarios son fantásticas. Y los individuos mismos…

Sean hizo una pausa, alzando los ojos al techo.

—Una colección de jóvenes, Tricia, recién salidos de la escuela. No sé quién está detrás de ellos, pero me imagino que alguno tiene un padre muy rico —sonrió—. Paul y yo nos preguntábamos si podríamos contar con tu ayuda para preparar el presupuesto, Tricia. Queremos ambas partes del trabajo: el interior y el exterior. Necesitamos a alguien que pueda comunicarse con estos jóvenes, alguien que conozca lo que debe ser un local de este tipo. Comprenderás que la restauración no es problema para nosotros, pero en lo que se refiere al interior, ni siquiera Paul comprende la mitad de lo que hablan al referirse a rayos láser, luces y sonido Dolby, además de cosas de las que no entiendo, pero te he oído hablar de ellas.

La observó un momento.

—Si encontramos a alguien que traduzca todo esto a un lenguaje común, tendremos más oportunidades de obtener el contrato. Si lo conseguimos, el trabajo tendrá que realizarse al mismo tiempo que terminamos aquí en el teatro. No puedo hacerme cargo de los dos proyectos sin ayuda. Necesito a alguien que me ayude a mantener al nuevo cliente contento. Creemos que tú puedes hacerlo, si te interesa, por supuesto.

Tricia no podía dejar de mirar a su padre, asombrada. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Querida —continuó Sean—, tengo parte del trabajo preliminar en mi oficina. ¿Tienes tiempo ahora para que lo veamos? Sé que estás cansada, pero esto surgió de pronto y andamos mal de tiempo. Me gustaría que lo vieras y podremos continuar en casa esta noche.

—Claro que sí, papá. No sé en qué puedo ayudarte. Sois tú y Kate quienes lleváis el negocio. No tengo idea de qué debo hacer.

—Cariño, no es para el aspecto técnico para lo que te necesito. Cuento con Paul y Kate para ello. Te requiero para comunicarnos con esos jóvenes. Eso y tus ideas sobre las discotecas juveniles. Has estado en muchas, Tricia. Serías una gran ayuda.

—Espero poder trabajar contigo, Tricia —manifestó Paul cuando ella le miró con incertidumbre—. Será agradable tenerte cerca, como en los viejos tiempos.

—Bueno, si en realidad creéis que puedo ayudaros…

—Así lo consideramos —insistió Paul.

—Vamos, cariño, veamos el resto de los planos —Sean se llevó a Tricia.

Kate fue a cerrar la puerta y se volvió hacia Paul.

—Advierto la delicada mano de Raleigh en esto, Paul. ¡Podría besarte!

—¿Alguien más puede expresar su opinión de a quién debes besar? —Bill se aclaró la garganta.

—¡Ya comprendo! —exclamó Paul, riéndose—. Sean me dijo que fuiste al sur en busca de Kate. En ese momento no sabía qué parte desempeñabas en el enredo, si bien no entiendo cuál es ese juego. La última vez que Kate y yo hablamos, decidimos que sería mejor dejar que el asunto entre Tricia y Tessier siguiera su curso. Más tarde me llamó llena de pánico… Tricia tenía problemas, Kate estaba por partir hacia Cozumel y yo fui encargado de impedir que Sean explotara.

—Paul, cuánto lo siento —comentó Kate—. ¿Se comportó muy mal?

—¿Te parece que así fue? De hecho nos permitió sostener una larga charla, Kate. Tal vez no lo recuerdes, pero cuando llamaste para avisarle que salías para Cozumel, te comenté que estaba atendiendo un nuevo proyecto. Se trata del que discute ahora con Tricia. Cuando regresó al Royal esta tarde, empezamos a hablar de él. Una cosa nos llevó á la otra y de pronto fue evidente que sería una excelente oportunidad para Tricia.

—¿Así de repente? —sonrió Kate—. ¿Como por arte de magia, sin sugerencias de tu parte? Tricia y yo estamos en deuda contigo Paul.

—Me pagarás si satisfaces mi curiosidad. Dame detalles de la aventura mexicana. ¿Cuál fue el problema? ¿Cómo terminó? ¿Ya está Tessier fuera del panorama?

—Sí y no —la alegría de Kate por Tricia desapareció—. Tricia ya terminó con Tessier y él está fuera del panorama en lo que a presencia física se refiere, hasta el punto de que no sabemos dónde se encuentra.

—Bravo por las respuestas directas a mis preguntas. Me alegro de que los monosílabos no sean mis respuestas favoritas. Eso deja que tu imaginación pueda volar.

—Paul, no trato de hacerme la graciosa, en realidad no hay respuestas directas y no creo que el problema haya concluido. Puedo decirte lo que ha pasado… en cierta forma. Ninguno de nosotros sabe lo que ocurre… al menos con seguridad. Y en cuanto a los detalles, estamos tan desinformados que es risible. Hay mucha confusión en todo lo que rodea a Roger, Tricia, Bill, yo… y ahora Fred.

—¿A Fred? —Paul palideció—. No me digas que Fred se ha metido en otro lío, Kate.

—Ésa es una de las cosas que no sabemos, Paul. Acabamos de hablar con él en el Rackets. El enredo de Roger no ha terminado y parece que Fred está involucrándose en él. Pero no empieces a pensar lo peor de él. No tiene nada que ver en el asunto, aunque alguien no está tan seguro.

—¡Kate, no sé de qué diablos hablas! ¿Cuál es el asunto y cuál la participación de Fred en él?

—Lo lamento, Paul —Kate levantó los brazos con frustración—. No entiendo las cosas con mucha claridad. Ése es el motivo de la presencia de Bill. Le pedí que me ayudara a explicarte las cosas.

—Me temo que tampoco conozco todas las respuestas, Paul. Tengo más antecedentes de la historia que Kate, pero en cuanto a lo que ocurre en este momento, los dos estamos en la misma situación. ¿Por qué no salimos de aquí? Vamos a un sitio donde podamos relajarnos. Vamos a Chards a tomar una cerveza, tranquilos.

—¿Qué hay de la llamada que querías hacer? —le recordó Kate.

—Tienes razón. Seré breve. Solo quiero intercambiar unas palabras con alguien. ¿Dónde se aloja Fred en estos momentos, Paul?

—En mi sofá. Estuvo unos días con mis padres en Año Nuevo, pero cuando volvió, se instaló en mi casa. Mi padre se cansa de él después de dos o tres días.

—Muy bien. Anótame tu domicilio en un papel, ¿quieres? Tú, Kate, dame el de tu padre. El que una patrulla pase con más frecuencia por una calle, es magnífico para impedir delitos. Iré a hacer mi llamada, y tú ve a informar a tu padre. Intenta no preocuparle, pero hazle comprender que hay que tener cuidado.

* * *

Reclinado en su asiento, Paul escuchaba el final del relato de Bill. Estaba preocupado.

—Bien, Kate, no puedo culparte de que no supieras lo que ocurre. La situación es tan clara… como el lodo, excepto por el hecho de que el socio de Roger anda por ahí con una pistola. ¿Qué diablos hago con mi hermano? —preguntó a Bill.

—No es cuestión de qué hagas tú. Se trata de lo que Fred haga. Como dije, debería llamar a la policía, se lo indiqué, pero no creo haberle convencido. Es algo que él debe hacer. A él fue a quien amenazó el supuesto técnico. Lo que Kate, tú, o yo digamos, no tiene

valor. Logré que la policía haga una vigilancia adicional, pero no es oficial. La denuncia formal tiene que partir de Fred.

—No lo hará. Ni yo mismo podré convencerle. Pero, ¿qué hay de las joyas? Alguien tiene que saber dónde están. Una vez que aparezcan, vosotros quedaréis fuera, ¿no es así? Tal vez Tessier sepa dónde están.

—Es posible, Paul. Pero aun si sabe dónde están, nosotros ignoramos dónde está él.

—Es probable que uno de nosotros lo sepa —comentó Paul, pensativo—. Quizá Roger ya estableció contacto con Fred y mi hermano es tan tonto que tal vez crea que él puede sacar su tajada y que los dos podrán salir adelante solos. Fred cree que su jefe es invencible, que no habrá quien lo atrape. Hablaré con Fred esta noche para ver si puedo sacarle algo más. Si sabe algo de Tessier y cree que puede entrar en el juego, tendrá que comprender que están jugando duro. Ahora, ¿qué hay de ese socio? Crees que puede presentarse de nuevo en el Rackets, o en mi apartamento?

—Es probable que visite pronto a tu hermano. Yo tendría cuidado al abrir la puerta a cualquiera durante un tiempo.

—¿Y pensar que yo solo estaba preocupado de que vosotros volvieseis a salvo? —indicó Paul a Kate—. Creía que cuando regresarais todo terminaría.

—Así será, ya verás —Kate le cogió la mano—. Tarde o temprano aparecerán las joyas. Cuando suceda, saldremos de este lío.

—Solo esperemos que no sea demasiado tarde —señaló Paul—. Hablaré con Fred para tratar de convencerle de que vaya a la policía, pero me temo que será como hablar con la pared —Paul buscó su billetera.

—Yo invito —Bill le detuvo.

—Gracias. Me iré ahora. Fred no trabaja esta noche. Tendré tiempo más que suficiente para hablar con él. Además, si hemos de recibir una visita, quiero estar allí.

—Me gustaría que pudiéramos animarle —comentó Kate, al verle marcharse con los hombros caídos—, pero no tengo confianza en lo que pueda ocurrir. Las joyas van a aparecer pronto, ¿no? Eso será el final de todo.

—Así lo espero, Kate, por muchas razones —Bill le tomó la mano—. ¿Qué te parecería quedarte en casa de tu padre esta noche? Por seguridad.

—¿En casa de mi padre? —¿qué significaba esa propuesta?—. ¿Por qué?

—No creo que debas estar sola en tu casa. Sospecho que el falso técnico se dedicará ahora a Fred y espero que se olvide de nosotros. Si estoy en lo cierto, no estás en peligro, pero no corramos riesgos. Te encontrarás más segura en casa de tu padre, que sola.

El corazón de Kate se convirtió en plomo. ¿Ella sola? No pensaba en estar sola, pero Bill aparentaba no querer estar con ella. ¿Qué sucedía? U olvidó algo importante, o sus ilusiones eran infundadas.

—Bill… Bill, me dijiste que no volverías a engañarme. Para mí, eso incluye el no ocultarme las cosas. Pareces estar preocupado. Si realmente crees que no hay peligro, ¿qué es lo que te molesta? ¿Algo aparte de esta situación en general… que quieras decirme… como que tienes dudas acerca de estar enamorado de mí? —Kate contuvo el aliento, esperando en silencio, sin saber qué haría si su respuesta era afirmativa.

—¡Kate! ¿Qué te hizo pensar eso? —Bill la miraba incrédulo.

—Bueno, a riesgo de parecer demasiado ambiciosa, esperaba que te quedaras en mi casa esta noche.

—Kate, déjame explicarte —le pasó un brazo por los hombros y la acercó a él—. No se trata de que no desee quedarme contigo y me alegra que quieras que lo haga. Solo creo que tal vez no sea tan buena idea.

Kate se alejó un poco de él, dio un sorbo a su cerveza y fingió estar tranquila. ¿Qué se proponía Bill ahora? No estaba segura de querer escuchar lo que él decía. Se ordenó prestarle atención, tratando de reprimir la decepción que la invadía.

—Kate, mientras hablábamos con Paul, empecé a preocuparme de cómo están las cosas. Tal vez las joyas no aparecerán pronto… al menos no tan pronto como queremos.

—¿Qué quieres decir? ¿No tan pronto para qué? —Kate se felicitó en silencio, su voz parecía casi normal.

—Kate, llegué a ti fingiendo ser otra persona. No cometeré el mismo error. El hecho de que mi vida esté en el aire más que nunca, me hace pensar en que sería conveniente que esperáramos hasta que esté más seguro de mi futuro.

Le dolía el estómago. Kate apartó la cerveza, diciéndose que la molestia era por beber con el estómago vacío, sabiendo que en

realidad no era ése el motivo de su malestar. Ya no soportaba los juegos de Bill. La volvería loca si seguía cambiando una y otra vez como la reencarnación del doctor Jekyll y Mr. Hyde.

—Bien, Bill, ¿de qué se trata? ¿Tienes esposa e hijos escondidos en alguna parte?

—Kate, no seas ridícula. No soy tan canalla.

—¿No? En una escala de maldad del uno al diez, ¿dónde te colocas? O me amas, o no. Quieres estar conmigo, o no. Dime de qué se trata y olvida eso de dejar nuestra relación a un lado. Ya estoy harta de los mensajes confusos. Un instante me contemplas como si fuera una tarta, y al siguiente me dices que vaya a dormir a casa de mi padre. Cuando estuvimos en Cozumel hablaste de que me protegerías. Ahora anda por ahí un tipo con una pistola y estás feliz de soltarme como un fardo en casa de mi padre y marcharte tan campante. ¿De qué se trata? ¿Tienes fobia a los compromisos? ¿Qué diablos sucede?

—Kate, por todos los santos, ¡tranquilízate! No pasa nada. Solo se trata de que hace un par de horas te mostraba mi oficina y me sentía el dueño del castillo, tratando de impresionarte con mi maravillosa empresa. Bien, Kate, la verdad es que si las malditas joyas no aparecen pronto, si Edinborough Rock tiene que pagar la póliza del seguro de Xenia Cassidy, perderé la cuenta de la compañía aseguradora. Sin mis clientes más importantes, si me eliminan, no podré pagar el alquiler de la oficina y menos mantener al personal a mi servicio.

—¿Y?

—¿Y qué, Kate? ¡La Compañía es lo que tengo para ganarme la vida!

—No quiero decir que no me importe, Bill. Quiero saber qué tiene que ver tu compañía con nuestra relación.

—Kate me alegro de que hayas elegido la decoración como profesión, porque es evidente que no sabes nada de economía. Si mi empresa fracasa, yo fracaso. Lo que sugiero es que esperemos hasta que sepamos que seré una persona solvente.

—¿Por qué? ¿Me crees una mercenaria que te abandonará al primer signo de dificultades? Para tu información, tomé cursos de micro y macro economía, pero eso no me importó, porque básicamente no me interesa el dinero y no me impresiona el tuyo, ni el de nadie. Tampoco me dejé impresionar por tus estúpidas oficinas. ¡Tu decorador es pésimo!

—Kate…

—Creo que tu forma de pensar hiede, Bill. Tus valores también. Y tus suposiciones sobre mí son abominables. Si ésa es la poca integridad que crees que tengo, iré a casa de mi padre —cogió su bolso y se puso de pie con tal violencia, que hizo que el vaso de cerveza se derramara sobre la alfombra.

—¡Kate! —Bill la obligó a volver a sentarse—. Kate, por todos los santos, estás haciendo una escena. Te amo. Te amo con locura. Me estás interpretando mal. Lo único que sugiero es que esperemos hasta saber qué pasa. Quiero lo mejor para ti y un parado no sería lo mejor.

—¿Quién diablos te da el derecho a decidir lo que es mejor para mí? Yo seré quien decida si quiero un parado o no, ¡maldita sea! Además, todavía no lo eres. Tal vez nunca lo seas —trató de levantarse de nuevo y Bill la sujetó con fuerza, suspirando profundamente.

—Kate… como Tricia diría, ¿puedes hacerme un resumen de lo que ocurre? ¿De verdad estamos regañando porque me amas y yo te amo? ¿Porque los dos queremos lo mejor para ti?

—Supongo que sí —una débil sonrisa apareció en sus labios—. No lo hacemos muy bien, ¿verdad? Nos falta inteligencia.

—No creo que sea eso, Kate. Una chica que salió adelante en cursos de macro y micro economía, tiene que ser muy lista. Pero tú y yo estamos en una montaña rusa desde que nos conocimos. Hemos estado tan ocupados tratando de sobrevivir, que no hemos tenido tiempo de conocernos. Casi en cada momento que pasamos juntos, ha habido alguien cerca. En cada ocasión que he querido decirte algo, o tocarte, me sentía bajo el escrutinio público.

—Tricia dista mucho de ser público, Bill… pero comprendo lo que dices.

—No fue solo Tricia, si bien tenías razón. Habría hecho cualquier cosa por traerla de regreso a casa. Pero lo importante es que no hemos tenido la oportunidad de estar solos. Kate, ¿quieres olvidar, por favor, que te pedí que fueras a casa de tu padre? Debemos empezar a recuperar el tiempo perdido. ¿Qué dices de esta noche? Los dos solos. Puedo llevarte a casa en este momento. Podríamos comprar un pollo en el camino… y quizá una botella de vino. No tendríamos que salir de tu casa hasta mañana. ¿Qué opinas? No puedo pensar en nada mejor que pasar la noche a solas contigo.

Capítulo 12

Kate se sobresaltó cuando Bill corrió el cerrojo de la puerta. Se volvió hacia él, tratando de sonreír, segura de que no lo lograba. ¿Qué sucedía? Debería estar loca de alegría, no tan nerviosa que hasta temblaba.

Media hora antes estaba histérica porque creía que Bill no quería quedarse con ella esa noche. Ahora él estaba allí, y parecía que no había otro sitio en el mundo en el que quisiera estar, pero en lugar de llenarse de alegría, sentía nudos en el estómago y la garganta reseca.

—Debo encender la calefacción —logró decir—. Hace tanto frío que hasta tiemblo.

—Me he dado cuenta, pero esperaba que fuera de excitación —Kate rio con ansiedad, queriendo quitarse esa sensación absurda de que hacer el amor con Bill fue solo un sueño. Él llevó el pollo y el vino a la cocina—. ¿Sucede algo, Kate?

—No, nada —no había terminado de pronunciar las palabras, cuando advirtió que una lágrima resbalaba por su mejilla. Pronto, otra la siguió. ¡No!, no era posible que le pasara eso.

—Kate… ¿de qué se trata? —Bill se acercó y la envolvió en sus brazos. La chica ocultó la cara en su pecho y las lágrimas corrieron con libertad, deslizándose por sus mejillas, para caer en la camisa de Bill—. ¿Kate? —la llevó a la sala y se hundió en el sofá, sin soltarla, acariciándole la espalda—. Está bien, Kate, llora todo lo que quieras —la besó en la frente—. Todo está bien, Kate.

Continuó su lenta caricia. Las lágrimas de Kate disminuyeron gradualmente, pero el nudo de la garganta le impedía hablar. Aun pudiendo hacerlo, ¿qué le diría?

¿Cómo podía explicar un comportamiento que no comprendía?

—¿Ya estás bien? —Bill la apartó un poco para mirarla a la cara.

—Lo siento, no sé qué provocó esto. Estaba nerviosa, contenta y preocupada al mismo tiempo. Es una sensación muy extraña, Bill. Estoy asustada y eso es una locura. Ni siquiera sé a qué le tengo miedo. Estamos de regreso en casa… y tú estás aquí… ¿por qué me pasa esto?

—Kate, tal vez sea el síndrome de la montaña rusa de la que hablábamos —la tomó de los brazos y volvió a acercarla a él—. Has pasado unos terribles días de tensión. Te has sostenido, pero ahora

estás cansada y tienes hambre. No creo que el desahogarse un poco sea algo de lo que haya que preocuparse.

—Has pasado por lo mismo y tú todavía aguantas, Bill, y no estás llorando como un tonto.

—Bueno, ya se sabe que las mujeres son más débiles… ¡Es una broma! —se apresuró a decir al advertir la expresión furiosa de Kate —. Todo ha ocurrido demasiado deprisa, incluyendo lo nuestro. Quizá, a pesar de lo que creías querer, el tenerme aquí te pone nerviosa.

Kate se mordió el labio. Nunca lo admitiría delante de él, pero Bill tenía razón. Por maravilloso que fuera el estar en sus brazos, tenía miedo. Bill se había convertido en algo tan importante para ella… tal vez demasiado. Estaba aterrorizada de que algo saliera mal, que esa vez no fuera tan maravillosa como la primera, que él se decepcionara de ella.

—Bill, debes saber que te quiero aquí conmigo, pero me parece que de alguna forma, la última vez que estuvimos juntos fue hace mucho tiempo, casi irreal y no quiero que sea así. Bill, no puedo explicarme.

—No lo intentes, Kate. Estamos demasiado agotados para analizar nuestras emociones. La ocasión anterior… fue fantástica, pero tal vez era demasiado pronto. Hablaba en serio cuando mencioné que necesitábamos conocernos mejor. Si quieres que empecemos desde cero, Kate, podemos fingir que es la primera vez.

—No, no quiero fingir. Fue maravilloso. Te amo, Bill y quiero hacer el amor contigo. Solo qué… ¡oh, no sé qué me pasa!

—Deja de preocuparte, Kate —Bill se inclinó y la besó en la mejilla—. Sea lo que sea, desaparecerá, No sé qué opinarás tú, pero me sentiría mejor después de asearme. ¿Te importa si me ducho antes de cenar? No hace falta que te muevas de aquí. Relájate unos minutos.

—Por supuesto que no me importa. Encontrarás toallas en el armario del baño.

—Bien, no tardaré. Cuando termine, podemos volver a calentar el pollo en el microondas —hizo una pausa—. Si te cansas de esperar, ya sabes dónde encontrarme.

—No me opondré a frotarte la espalda —bromeó, antes de empezar a subir la escalera.

Kate permaneció sentada, sumida en sus pensamientos. Con lo ocurrido unos minutos antes, la mayoría de los hombres le habrían pedido que se dejara de ridiculeces, pero Bill no. Era maravilloso. La

famosa Annie Sutherland realizó una labor extraordinaria al educar a su hijo. O quizá tenía hermanas que ayudaron a hacerle comprensivo. Ni siquiera sabía si era hijo único, o pertenecía a una familia numerosa. Bill tenía razón. Tenían mucho que aprender el uno del otro.

Oyó el agua de la ducha y sonrió. Bill no sería el único que se sentiría mejor después de un baño. Todavía olía a loción bronceadora. Ese aroma y el frío de enero de Toronto no compaginaban. Tenía que ponerse en movimiento y volver a la realidad. Y la realidad para ella, era Bill Sutherland. Se puso de pie y se desabrochó la blusa al subir por la escalera.

Kate se puso una bata y fue al baño, ordenándose dejar de temblar. Las mujeres maduras y liberadas hacían eso constantemente. Al menos, eso leía en las revistas. Se detuvo frente a la puerta del baño. ¿Cuál sería el comportamiento apropiado? ¿Debía llamar a la puerta o irrumpir? Alguna de las columnas de buenos modales debió cubrir el tema, pero no la leyó.

Por encima del ruido del agua, Bill canturreaba desafinado. Eso facilitó su decisión. Bill no oiría su llamada a la puerta. Entró en el baño y miró nerviosa la puerta de cristal de la ducha, empañada por el vapor. Apenas lograba distinguir el cuerpo desnudo de Bill.

Bien, ya estaba allí… y él también. Bill debía estar a punto de terminar. Se apoyó en un pie y luego en el otro. Tal vez no fue una buena idea, después de todo. Quizá debía olvidarlo. «Lo mejor es que dejes de pensar como una adolescente de quince años», le indicó una voz sarcástica en su interior.

«¡Déjate llevar por la corriente!», le habría aconsejado Tricia. Kate se ajustó la bata y llamó a la puerta de la ducha con mano firme.

Bill interrumpió el canto a la mitad de una palabra, la puerta se abrió de repente y allí estaba él, imponente en medio de una nube de vapor?

—¡Santo Dios, Kate! ¿No has visto *Psicosis*?

—Lo siento —Kate procuraba no reírse—. Esa película es de antes de mis tiempos. Pero recuerdo que recibí una invitación.

—¡Eso fue hace media hora! Pensé que no la aceptabas. ¡Nunca debes sorprender a nadie en la ducha, Kate! Debiste llamar desde afuera. ¡Cuando llamaste a la puerta de la ducha, casi me da un ataque al corazón!

Kate se mordía el labio inferior, pero la sonrisa seguía creciendo. El ver a Bill desnudo con agua jabonosa escurriendo por su cuerpo, era

todo un espectáculo.

—Permite que me corrija —comentó Bill, riendo al fin—. Nunca sorprendas a nadie en la ducha a menos que pienses reunirte con él —alargó un brazo y la metió en la ducha sin miramientos.

—¡Al menos deja que me quite la bata!

—Tienes un segundo. Has dejado pasar tanto tiempo, que el agua se enfría —la bata se deslizó de los hombros de Kate y Bill la introdujo en la ducha por completo, colocándola bajo el chorro de agua, Kate ahogó su protesta con la risa—. ¿Esto significa que ya olvidaste tus preocupaciones?

—No totalmente, pero desaparecen por segundos.

Bill dejó de sonreír y la recorrió con la mirada, despertando la excitación en ella. Al fin la tocó. Su caricia era electrizante.

—Eres hermosa, Kate —murmuró, abrazándola. Deslizó las manos por su espalda, acercándola a él. Las curvas del cuerpo de Kate se adaptaron a la firmeza del de Bill. Recorrió con los labios el camino del cuello de Kate hasta su rostro, por la mejilla, antes de apoderarse de los labios. El débil sabor a jabón pronto fue sustituido por el delicioso sabor a Bill. Su boca la acariciaba, su aliento era tan cálido como el vapor dentro de la ducha.

Los sentidos de Kate despertaron con los estímulos: calor y humedad, el chorro del agua, el aroma a jabón, el deslizamiento de piel mojada contra piel húmeda. Era imposible definir dónde terminaba el cuerpo de Bill y dónde el suyo. Estaba tan cerca de ella, que se derretiría, se disolvería en sus brazos. Su cuerpo estaba cálido y húmedo de amor.

Las manos de Bill seguían acariciándola, encendiendo un fuego dentro de Kate. El deseo la invadía, más cálido que el agua de la ducha. El fuego interno se convirtió en un infierno. La cadera de Bill la oprimía como una roca contra la pared.

Kate se aferraba a él, sin poder moverse, casi sin respirar. Estaba tan cerca que parecía ser parte de él. Como en un sueño, advirtió que Bill abría la puerta. La sacó, la envolvió en una enorme toalla y la llevó al dormitorio. Su espalda húmeda tocó las sábanas frías, haciéndola gemir al salir del ensueño. Después Bill se deslizada junto a ella, acercándola al calor de su cuerpo, la cubrió con las mantas y acarició su cuerpo con las manos, hundiéndola de nuevo en el estado de semiinconsciencia.

Kate le acarició la cara, queriendo mantener el sueño, sintiendo la realidad, le apartó un mechón de pelo húmedo de la frente y luego

deslizó la mano por su mejilla. La barba crecida que le pareció suave en la ducha, ahora raspaba la palma de su mano. Pasó los dedos por la línea de la mandíbula, hasta el hueco del cuello, por el pecho, entre el vello hirsuto.

Bill se movió para cubrirla con su cuerpo, bloqueando la última ráfaga de aire frío. Su aliento era cálido contra el cuello de Kate, sus besos ardientes. Acarició sus senos con las manos hasta que los pezones le dolieron por el deseo, anhelándolo con desesperación imposible. Sin aliento, se acercó más a Bill.

Él respondió a la demanda de su abrazo, dejando escapar un gemido, haciéndola suya al fin, haciendo que el fuego que la consumía entrara en ebullición. El cuerpo de Kate respondió con un ritmo involuntario. Las manos de Bill seguían acariciándola y la llevó al borde de la realidad, haciéndola perder el control, envuelta en la maravilla del sueño.

Momentos después, Bill se desplomó de lado, todavía sosteniéndola, tan cerca, que seguía siendo parte de ella. Entre brumas, Kate advirtió que sus temores habían desaparecido. ¿De dónde sacó la alocada idea de que ésa no sería igual que la primera ocasión? Fue increíble.

Bill seguía abrazándola, con la respiración agitada. Sus cuerpos estaban húmedos. Murmuró cuánto la amaba.

—Yo también te amo con locura —Kate se acunó contra él—, pero si salimos de la cama, nuestro amor será de corta duración. Moriremos congelados. Olvidé encender la calefacción.

—Está bien… no quiero salir de tu cama el resto de mi vida.

—Tal vez podrías arriesgarte a hacerlo cuando concluya el invierno —rio Kate.

—El próximo invierno tomaremos vacaciones en lugar soleado, Kate. Unas vacaciones de verdad. No será en Cozumel, ni nos acompañará Tricia. Solo estaremos tú, yo, el sol y la arena. Solo saldremos de la cama para nadar y comer… y no nadaremos con mucha frecuencia.

El próximo invierno, pensó Kate, feliz. Ya hablaba del próximo invierno con ella.

—Pero, ¿llegaremos a comer? —preguntó al fin.

—Mmm. De vez en cuando.

—Bill, creo que ya llegó ese cuando. No hemos comido en todo el día. A pesar del frío que hace, me atreveré a ir a la cocina. Estoy

hambrienta.

—Ahora que lo mencionas, yo también. Pero no tiene sentido que nos congelemos los dos. Desempeñaré el papel de Sir Gallahad. Iré corriendo a la cocina y cenaremos en la cama… el último grito de la moda en servicio de habitaciones. ¿Qué te parece un pollo caliente y un vino frío? Puedes esperar aquí.

—El pollo y la espera me parecen perfecto, pero, ¿vino frío? Yo diría que Sir Gallahad decidiría que esta noche es para vino caliente. Hay vino tinto en la alacena.

—Kate, mientras el vino se calienta, cogería una pulmonía. ¿Qué te parece si tomamos el vino frío, bajo las mantas?

—Trato hecho, Gallahad.

Kate se despertó sobresaltada cuando sonó el teléfono y se obligó a borrar la impresión de que hubiera alguien más en su cama. Bill despertó con un gemido. Kate le tapó la boca con una mano, al levantar el auricular.

—Kate, ¿estás despierta? —era Paul.

Con sentimiento de culpa, Kate miró el despertador, recordando que olvidó ponerlo. Era lo último en lo que hubiera pensado. Bill empezó a acariciarle una pierna.

—Sí, Paul, estoy despierta —las manos de Bill seguían un camino ascendente. Le detuvo la mano, concentrándose en lo que Paul le decía.

—Kate, ¿qué tan rápido puedes llegar al teatro?

¿El Royal? ¿Su trabajo? ¿No decidieron Bill y ella pasar el resto del invierno en la cama? Bill se volvió de lado, observándola con una mirada sensual, antes de empezar a mordisquearle el cuello. Kate tragó con dificultad.

—¿Kate? —Paul parecía molesto. Apartó a Bill con un hombro.

—¿Qué?

—¿A qué hora, Kate?

—No… no lo sé, Paul —Bill le besaba el hombro y con la mano libre, tomó uno de sus senos, jugando con el pezón con el pulgar, haciéndola estremecerse de placer—. Pensaba tomarme el día libre, Paul.

—¡No es posible, Kate! Fred está en problemas. Tenemos que hablar contigo. También necesitamos a Sutherland. ¿Sabes dónde localizarlo?

Kate volvió la vista hacia Bill. Le besaba el vientre, enloqueciéndola.

—¡Kate! —gritó Paul—. ¿Qué diablos sucede contigo? Tengo un problema serio. ¡Al menos contesta a mis preguntas!

Kate apartó a Bill con firmeza y tapó el auricular con la mano.

—¡Esto es serio, Bill! Es Paul. Pasa algo malo —Bill le lanzó una mirada de enojo fingido, pero se apartó un poco—. Lo siento, Paul, estaba distraída. ¿Qué me preguntabas?

—Que si puedes encontrar a Sutherland inmediatamente. ¿Puedes hacer que se reúna con nosotros en el teatro?

—Sí, Paul. Puedo encontrar a Bill en este momento —se ordenó no volverse a mirarle, sabiendo que sonreía de oreja a oreja.

—Bien, nos veremos en tu oficina, Kate. La mía está tan atestada, que no hay sitio para cuatro sillas. Te veré tan pronto sea posible.

—¿Qué sucede?, aparte de lo obvio —preguntó Bill.

—Esto es serio, Bill, Paul está muy alterado. Me gritó y Paul nunca grita. No sé cuál es el problema. Solo me indicó que se trata de Fred y nos pide que vayamos al teatro tan pronto como sea posible.

—Es probable que Fred al fin se haya decidido a hablar —Bill contemplaba sus senos con adoración—. Supongo que ese «tan pronto como sea posible» no nos permite continuar con esto, ¿o sí?

—No me tientes, Bill. Lo haría si fuera otro el que llamó. Paul no es alarmista. Será mejor que vayamos.

Kate escuchó la voz de Paul antes de que llegaran a su oficina. Nunca lo oyó tan molesto. Fred murmuraba algo cuando llegaron a la puerta.

—¡Tendrás suerte si no terminas en la cárcel! —exclamó Paul, cuando Kate abría la puerta y se detenía en el umbral—. Bienvenida a la hora de las confesiones, Kate —agregó Paul al verla—. Hola, Bill.

Fred murmuró un saludo y se mantuvo con la cabeza gacha.

—¿Por qué no os sentáis? —preguntó Paul. Mi hermano tiene una historia que contar.

—Paul, no veo…

—¡Cállate, Fred! Ya no me importa si ves o no. O le dices a Sutherland lo ocurrido y escuchas su consejo, o nos olvidamos de lo último y vamos a la policía. Muy bien, Fred. Te escuchamos.

—Sutherland —Fred golpeó el brazo de la silla con la mano—. No hice nada malo, pero la policía así lo considerará. Tal vez pueda decirme qué debo hacer. Sabe cómo funciona la policía… y está enterado del asunto de la joyas Cassidy.

—Puedo tratar de ayudarte, Fred, pero tienes que decirme de qué hablas —Bill se enderezó en su asiento. Eso podría resultar interesante—. Supongo que sabes más de lo que nos has dicho de las joyas robadas.

—Díselo —ordenó Paul—. Desde el principio. Desde la noche de Año Nuevo.

—Bueno, la noche de Año Nuevo estaba en una fiesta en Montreal. De hecho estuve en varias. Iba a otra, cuando las copas me hicieron sentirme mal y me detuve en el Rackets en busca de algo contra la acidez de estómago. Me recuperé y acababa de apagar las luces para salir, cuando oí que alguien se acercaba a la puerta de la entrada. Pensé que era un ladrón y que lo mejor sería que me mantuviera alejado. Estaba cerca de la oficina del gran hombre, así que me metí en ella y me oculté detrás de las cortinas —dio un resoplido—. No tuve que esperar mucho, ya que el intruso fue derecho a la oficina. Se trataba del mismo Roger-Dodger. Llevaba un estuche de terciopelo azul. El hombre hurgó en una esquina de su escritorio y abrió un cajón secreto. De él sacó una llave y abrió el cajón inferior del escritorio, guardó el estuche y dejó todo tal como estaba antes de marcharse. Decidí asomarme y descubrí las joyas de Cassidy. Por supuesto que en ese momento no sabía que lo eran, pero era evidente que valían una fortuna. Me pareció que era la oportunidad de hacerme rico de la noche a la mañana y no me paré a pensar en consecuencias.

—En este caso, tenemos el ejemplo perfecto de que en su momento pareció una buena idea —interpuso Paul, con sarcasmo.

—Pues así fue —continuó Fred—. Cerré todo, decidí no ir a la última fiesta y fui a mi apartamento. Ya tenía un billete de avión para Toronto. Desperté el día de Año Nuevo con una resaca tremenda y un estuche con un tesoro en joyas robadas. Xenia descubrió el hurto y dieron la noticia por televisión. Al enterarme, empecé a dudar de mi suerte. Llegué a pensar en la posibilidad de volver a dejarlas donde las

había encontrado, pero temí que el gran hombre ya hubiera ido a buscarlas y no quise verme en la necesidad de dar explicaciones. Roger-Dodger no es famoso por su paciencia. Si las llevaba a la policía, no solo se enteraría Tessier, sino que para los polizones yo sería el principal sospechoso de haber cometido el robo.

Se encogió de hombros antes de concluir:

—Por eso decidí traer las piezas a Toronto. Pensé que estarían más seguras aquí que en mi apartamento. Tendría todo el tiempo del mundo para pensar qué hacer con ellas. Pero nunca imaginé la existencia del socio y su pistola.

—Apareció en mi apartamento anoche —explicó Paul—. Decidió que Roger ya había establecido contacto con Fred y que éste sabe dónde están las joyas. También fue muy claro al manifestar que está dispuesto a actuar con violencia si Fred no le entrega las piezas.

—¿Sabes dónde están las joyas, Fred? —preguntó Kate, titubeante.

Bill volvió la vista a Fred, sabiendo que la pregunta de Kate no era tonta. Según estaban las cosas, él también podría haberlas extraviado.

—Están aquí, Katie —asintió Fred.

—¿Aquí en el teatro?

—En la buhardilla.

—¿Qué hacen aquí en la buhardilla?

—No tenía dónde ocultarlas en el apartamento de Paul. Tenía que guardarlas, por lo que os pedí a ti y a Paul que me enseñarais el teatro y regresé a guardarlas en un sitio que consideré seguro.

—¿Recuerdas que Fred se quedó aquí todo el día? —Paul miraba furioso a su hermano—. Creí que le interesaba el sitio, pero solo quería ocultar las joyas en la conejera.

—Ésa es la historia, Sutherland —continuó Fred, sin mirar a Paul—. Por una parte, el socio de Roger me pisa los talones y por la otra está la policía. Si aparezco en las calles con las joyas, no apreciarán el que yo las haya tenido guardadas todo este tiempo. En eso es en lo que creemos que puede ayudarnos. Sé que debo entregar las joyas… si quiero conservar la vida, pero tal vez usted pueda allanarme el camino con la policía para que no me encierren por haber guardado las piezas.

Bill oró por no parecer tan complacido como estaba. Nada le

agradaría más que hacer sudar a Fred un rato más, pero el que las joyas de Xenia estuvieran sobre sus cabezas, era una noticia maravillosa. La mujer recuperaría sus piedras, Clive Robertson estaría feliz y Bill Sutherland no se convertiría en un parado. ¿Y Kate? Se volvió a mirarla. En su cara había la misma expresión de alivio que él trataba de ocultar. Pensó tan rápido como él, llegando a las mismas conclusiones.

De pronto ya no le importó hacer sufrir más a Fred. Lo único importante era recobrar las joyas y cerrar el caso… para volver al de Kate.

—Muy bien, Fred. Te ayudaré con la policía. Déjame llamar a un amigo abogado. Querrás que esté a tu lado cuando hablemos con ellos.

—Gracias, Sutherland.

—Muy bien, vamos a por el botín —anunció Bill, después de hacer la llamada.

—Un momento —apuntó Paul—. Fred, hay algo que olvidaste mencionar. ¿Por qué no se lo dices a Kate?

—Paul…

—¡Hazlo! Si actuaste como un villano, enfréntate a las consecuencias.

—Katie, lo siento. Se trata de la llamada telefónica que recibiste la semana pasada. La referente a que te mantuvieras alejada de los asuntos personales de tu hermana. La hice yo, Katie. No quería que intervinieras. Consideré que mientras más tiempo permaneciera Roger lejos, sería mejor para mí.

—¿Fuiste tú el de la voz gangosa? —el temperamento de Kate subía por segundos.

—Cubría el auricular con un pañuelo. Escucha, Kate…

—¿También llamaste a mi padre?

—Katie, lo siento. Estoy verdaderamente arrepentido. Pensé que así me haría caso. Intuía que si actuabas, conseguirías que los dos regresaran de inmediato. Sabía que si Tessier volvía, no le costaría trabajo averiguar que yo estaba metido en esto. Pensé que si te asustaba para que no interfirieras…

—Tienes suerte de que aceptara ayudarte antes de que soltaras esta bomba —intervino Bill. Si Kate no sintiera tanto aprecio por tu hermano, estaría tentado a retirar mi ofrecimiento y dejarte a los lobos. Vamos, no quiero oír más de tus andanzas. Guárdate el resto

para la policía.

Los cuatro fueron hasta los ascensores que había al final del vestíbulo. Kate estaba tan molesta, que no se atrevía a abrir la boca. Bill tenía razón. Si no fuera por Paul, dejaría que el técnico se hiciera cargo de Fred. Bill la tomó del hombro cuando entraron al ascensor.

—No dejes que esto te altere. Tarde o temprano, Fred recibirá su merecido.

Subieron en silencio. Cuando la puerta se abrió, contemplaron la polvorienta semioscuridad del lugar. Paul encendió las luces.

—Las cosas han cambiado desde que tuve que ir a Méjico —comentó Kate, después del viaje en el ascensor reparado y al ver las luces en la buhardilla—. Ya no es espeluznante subir aquí.

—Por aquí —señaló Fred, llevándolos por el corredor—. Creo que el cuarto está por aquí.

—¿Cómo que crees? —preguntó Kate, molesta. Se volvió hacia Paul y Bill y su expresiones le indicaron que si el ascenso resultaba en vano, la ayudarían a eliminar a Fred.

—Me aprendí el camino de memoria, pero partiendo del ascensor de carga. Esto no me parece conocido.

—Vamos, partiremos del ascensor de servicio —señaló Paul—. Me parece uno de tus ridículos juegos infantiles, siguiendo la ruta del tesoro.

—Muy bien. Ya sé dónde estoy —afirmó Fred, cuando llegaron.

—Más te vale —masculló Paul—. Ya me he cansado de tus juegos.

—Aquí está —anunció Fred, en tono triunfal—. La sala del tesoro.

—¡Ya basta de bromas! Esto no es un episodio de una telenovela —le indicó Paul—. Solo ve a por las malditas joyas.

Fred abrió la puerta y los demás le siguieron. Cruzaron la sucia habitación hasta un guardarropa, Fred se arrodilló y buscó dentro. Kate contenía la respiración. El misterio estaba resulto y después de todos los problemas que causaron, al fin verían las joyas.

—Han desaparecido —murmuró Fred, levantándose, sudoroso.

—¡Qué! —exclamó Bill.

—El estuche de terciopelo… las joyas… han desaparecido.

—¡Estás en el cuarto equivocado! —insistió Paul—. Nunca recordabas tus mapas del tesoro. Piensa, Fred. ¿Cuáles son las instrucciones correctas? ¿Cómo diablos pudiste olvidarlas en algo tan importante como esto?

—Paul, no estoy en un error. Éste es el lugar. ¡Mira! —señaló hacia el interior del guardarropa—. El polvo ha sido removido —miró a su alrededor con desesperación—. Allí, esas cajas de cartón estaban dentro. Yo las moví y oculté el estuche detrás de ellas. Observad, el polvo está removido, algo fue retirado de ahí en fecha reciente. Yo puse las joyas allí. Paul, ya no soy un niño. Sé que ésta es la habitación. Dejé las joyas detrás de esas cajas de cartón.

—¿Y cuándo volviste para llevártelas? —preguntó Bill, en tono frío.

—¡No lo hice! Alguien se las llevó.

—Fred, nadie viene aquí —Paul hablaba en tono amenazador—. ¿Por qué alguien habría de mover unas cajas de cartón viejas—. ¡Maldición, Fred! ¿Cuál es tu juego?

—¡Paul, te juro que no sé qué sucede! —el sudor corría por la frente de Fred—. Dejé las joyas aquí. Eso es todo lo que sé.

—Salgamos de aquí —ordenó Bill, ante la mirada ansiosa de Kate—. No toquéis nada. La policía querrá buscar huellas digitales.

—Sutherland… la policía… ahora que no tengo las joyas… Creo que reconsideraré la posibilidad de hablar con ellos.

—Escucha, Fred. No sé cuál es tu juego, pero irás a la policía. Creo que yo te llevaré para asegurarme que no tomas ninguna desviación.

—¡Pero no sé dónde están las joyas!

—Fred, no me importa si tú o alguien más se las llevó… si es que en realidad estuvieron aquí. Pero sí me importa el que el socio de Tessier se entere de que fuiste tú quien provocó todo esto, que Kate y Tricia no tuvieron nada que ver en el lío. Una vez que hablemos con la policía, él se enterará enseguida.

Bajaron al vestíbulo en tenso silencio.

—No tienes que venir con nosotros si no quieres, Bill —comentó Paul, cuando salían el ascensor—. Yo puedo hacerme cargo.

—Lo sé, pero me sentiré mejor si voy con vosotros.

—Comprendo. Solo iremos a por nuestras chaquetas. Te veremos aquí en dos minutos.

—De acuerdo —Bill tomó la mano de Kate entre las suyas—. ¿Estarás bien, Kate? Solo quiero asegurarme de que Fred no haga otra de sus bromas. No tardaré. Iremos a buscar al abogado y luego a la comisaría de policía, pero no me quedaré. Regresaré a esperar aquí contigo. La policía vendrá a examinar el cuarto de la conejera en cuanto hablen con Fred. También querrán oír nuestra parte de la historia. ¿Estás segura de que puedes quedarte sola un rato?

—Bill, aborrezco parecerme a Fred, pero ya no tengo diez años. ¿Qué crees que puede ocurrirme aquí? No estaré sola. Tenemos todo un equipo de constructores en el teatro y tal vez papá ya esté en su oficina. Además, está Harry Melnyck, tu viejo amigo —sonrió—. Debes recordar que es un hueso duro de roer.

—Sí, parece un luchador profesional. Tienes razón. Ya estoy adquiriendo el hábito de sentirme tu protector.

—Pues ya es hora de que lo olvides. En cuanto vayáis a la policía, el técnico sabrá que Fred es su hombre. Tú mismo lo dijiste —hizo una pausa, preguntándose cómo era posible que Fred la preocupara, siendo un tipo despreciable—. Bill, ¿estará seguro Fred una vez que hable con la policía?

—¿A salvo del socio de Roger? Sí. O arrojan a Fred a una celda, o lo seguirán en todo momento hasta que se recuperen las joyas.

Paul y Fred reaparecieron en ese momento. Fred estaba tan preocupado, que Kate sintió lástima por él, a pesar de su enfado.

—Os veré más tarde. Suerte, Fred —los vio partir, preguntándose si las joyas serían encontradas. De no ser así, Bill tendría que hacer frente a Clive Robertson. Había olvidado ese desagradable detalle por un momento. Tricia y ella se encontraban a salvo, pero el futuro de Bill no estaba claro. Con un suspiro, se dio la vuelta para ir a su oficina.

Se abrió una puerta y Harry Melnyck salió al vestíbulo. Observó en silencio a Kate hasta que desapareció por el corredor que conducía a las oficinas.

Capítulo 13

Tricia esperaba en la puerta de la oficina de Kate, a punto de estallar por la excitación.

—¿Dónde estabas, Kate? Tengo un millón de cosas que contarte y solo dos minutos para hacerlo. Papá se detuvo un instante a coger unos documentos de su oficina e iremos a ver a los chicos del proyecto del centro nocturno. Espero que no les llame así en sus caras —agregó, riendo—. De ser así, nunca le darán el contrato.

Tricia parecía estar en el séptimo cielo. Si contaba con tan poco tiempo, Kate no podría ponerla al tanto de los acontecimientos del caso de las joyas. La historia de la mala fortuna de Fred necesitaría una hora al menos.

—Entonces, ¿cuáles de tu millón de cosas podrás decirme en dos minutos?

—En primer lugar, Roger me llamó por la mañana. Quería estar seguro de que llegamos a salvo a casa. Estaba preocupado por mí, Kate. Reconozco que no es un dechado de virtudes, pero tampoco es el criminal que quieres hacerle parecer.

—Está bien, Tricia, reconozco que no pertenece al equipo de Al Capone y admito que se preocupa por ti, pero nunca me convencerás de que es el Príncipe Encantado.

—Está bien, lo reconozco —admitió Tricia, riéndose—. Pero no te preocupes. Jamás aparecerá por aquí. Está en algún lugar de Sudamérica. No quiso darme más detalles. Comentó que no quiere que sepa nada que pueda volver a meterme en problemas. Sea lo que sea, creo que tiene previsto quedarse allí durante algún tiempo. Me dijo algo de su cuenta de banco en Suiza y que piensa hablar con Fred en relación al Rackets —la miró divertida—. Pero Kate, lo siguiente, no vas a creerlo. Roger contrató un Piper Club para que lo sacara de Méjico. ¡El piloto se llama Jack Burnside!

—¡Es increíble! Así que el barón rojo volvió a atacar. Hará una fortuna a costa de nuestras costillas.

—Estoy segura de ello. Roger siempre da muy buenas propinas. Sin embargo, te he guardado la mejor noticia para el final. ¡Roger me dio el nombre de su socio! —la sonrisa de Tricia era tan amplia como la puerta—. Me indicó que ahora que se ha librado de los pillos de Cozumel, quiere que Bill informe a la policía el nombre de su cómplice. ¿No es maravilloso?

—¿Maravilloso? ¡Me parece fantástico! —el alivio invadía a Kate. Por fin el cómplice de Roger tenía un nombre que haría feliz a la policía.

—Bien, en cuanto terminé de hablar con Roger, llamé a la oficina de Bill, pero no contestó nadie. Luego te llamé a ti, sin éxito. Supongo que ya venías para acá.

—¡Tricia, no necesito un relato al segundo de tus actividades! Dame el nombre.

—Oh, sí. Su nombre es Marcel Lenoir. Roger dice que es un artista para meterse en las casas. Es tal como Bill imaginaba. Él robó las joyas de Xenia Cassidy.

Kate asintió, concentrada en memorizar el nombre de Marcel Lenoir.

—¿Te parece que voy bien arreglada para la reunión con los hombres de la discoteca? —Tricia hizo un giro en redondo—. ¿Es lo apropiado para una reunión de negocios?

Kate sonrió. El atuendo de su hermana era más de cóctel que de negocios, pero iba a conocer a los dueños de un centro nocturno, no a los encargados de la restauración de un banco.

—Estás fantástica, Tricia. Los tendrás comiendo en tu mano.

—¿Puedes encargarte tú de hablar con Bill sobre Lenoir? ¡Tengo que asistir a una importante reunión de negocios!

—Lo haré tan pronto como lo vea.

—Buenos días Kate —las interrumpió Sean, saliendo de su oficina—. No quiero ignorarte, pero esos chicos nos esperan. Vámonos, Tricia.

—Buena suerte —los despidió Kate—. Espero un informe completo a vuestro regreso.

Los vio partir, feliz de ver su excitación. Cruzó los dedos, deseando que obtuvieran el contrato. De ser así, Tricia crecería cinco años en cinco semanas.

Volvió a su oficina y se sentó frente a su escritorio, alegrándose de tener un poco de tiempo para ella sola. De seguir a ese ritmo, se provocaría una úlcera. Estaba contenta. Sabía el nombre del ladrón de las joyas. Sería arrestado y podrían descansar.

Tal vez debía llamar a la policía en ese momento. No. Esperaría a Bill. Volvería pronto, quizá le acompañara la policía. Se reclinó en la silla, aflojando los músculos. De pronto se tensó, al notar que alguien

la observaba. Dirigió la vista a la puerta.

—¡Harry! —su sonrisa borró su preocupación—. No sabía que estuvieras aquí.

El vigilante la observaba expectante.

—¡Ah, ya recuerdo! Querías hablar conmigo. Pasa, Harry, siéntate. Éste es un buen momento para hablar.

—Señorita Ballantyne… ocurrió algo mientras usted estuvo fuera… Algo sobre lo que no sé qué hacer. Decidí esperar hasta su regreso.

—¿De qué se trata, Harry? ¿Qué ocurrió?

—Llevo muchos años cuidando el Royal, señorita Ballantyne —nervioso, Harry se frotaba las manos en su pantalón de trabajo—. Es como un viejo amigo para mí, pero pronto tendré que entregarlo a desconocidos. El Royal ha sido una gran parte de mi vida. Me alegro de que lo estén arreglando… Lo merece. Y yo he querido hacer mi parte, dejándolo tan limpio como pueda. Sé que ustedes dejarán las zonas abiertas al público como nuevas, pero pensé en poner todo lo demás en orden, antes de marcharme.

Harry dejó de hablar, perdido en sus pensamientos. Kate se ordenó ser paciente. Ya llegaría el hombre al grano.

—Pues bien —continuó, al fin—, durante los últimos meses me he dedicado a limpiar aquí y allá en mis ratos libres, colocando las cosas que se han acumulado a lo largo de los años. Ya sabe que el teatro tiene casi ochenta años —Kate asintió—. Bueno, no quiero que se quede lleno de basura. Aun cuando nadie lo note, yo sé que está aquí y que yo la dejé.

—Comprendo —Kate trató de ignorar el nudo que sentía en la garganta.

—Bien, el hecho es que… encontré algo. Al estar limpiando la buhardilla, encontré unas cajas con papeles viejos. Nada importante… solo que sería un riesgo en caso de incendio, así que los saqué de un guardarropa para deshacerme de ellos, pero detrás de las cajas había un estuche de terciopelo azul.

Kate contuvo el aliento. Comprendió lo que vendría a continuación. ¡Harry sabía dónde estaban las joyas! Fred las ocultó en el sitio en que él insistía, pero Harry movió el estuche. Eso significaba que todo estaba bien. Las joyas no volvieron a desaparecer, después de todo. Ése era el fin de sus preocupaciones. Hasta la compañía de Bill se salvaría.

—¿Y? —lo alentó—, ¿qué hiciste con el estuche?

—No es solo un estuche, señorita. Está lleno de joyas que parecen valer mucho.

—Harry, ¿no comprendes qué son esas joyas? Los periódicos y la televisión difundieron fotografías de las piezas hace un par de semanas.

—No presto atención a las noticias, señorita. Mis ojos ya no me ayudan. En verdad lamento no prestar atención.

—No tiene importancia. ¿Qué hiciste con las joyas que encontraste?

—Nada, solo las saqué de donde estaban y las oculté en otra habitación, una que pudiera cerrar con llave. Pensé que podría conservarlas. Eso me daría los fondos de jubilación que nunca pude reunir. Debió verme —rio el hombre—. Parecía un niño con zapatos nuevos, acariciando cada una de las piezas, antes de volver a meterlas en el estuche. Tal vez parecía más el rey Midas, contando sus tesoros —de pronto, se puso serio—. Pero en fin, no tardé mucho en comprender que no podría conservarlas. No se trataba del tesoro de un pirata que podría quedarse quien lo encuentre. Alguien vendrá a buscarlo. El estuche no llevaba mucho tiempo allí. No tenía polvo. Sabía que algo no encajaba. Pensé en llamar a la policía, pero decidí que si la policía iba a intervenir, alguien con autoridad en el teatro debía hacerlo. Ya sabe, podría haber problemas. Pero no sabía a quién acudir. Está su padre, por supuesto, pero el hablar con él me pone nervioso —ansioso, miró a Kate—. Espero no haberla ofendido.

—No, Harry. Comprendo que en ocasiones mi padre impone.

—Sí, eso es. Bueno, mi problema era que aparte de él, no sabía con quién hablar. No presto atención a las noticias, señorita, pero me gustan los programas de misterio. ¿Qué ocurriría si hablaba con alguien que fue quien ocultó las joyas? Siempre pasa eso en los programas policíacos y el tipo que habla con la persona equivocada, siempre termina muerto, por lo cual decidí guardar silencio hasta que usted regresara. No hice nada ilegal, ¿o sí? Me refiero al haber movido las joyas.

—No, Harry. No creo que hayas hecho algo malo. Me alegro de que confíes en mí lo suficiente como para hablarme de ello —Kate echó la silla hacia atrás, impaciente por ver las famosas joyas—. No, Harry, no cometiste ningún delito —insistió—, pero tenemos que entregar esas piezas a la policía. Vamos a por ellas.

Iban hacia el ascensor, cuando un carpintero se acercó a Harry

para preguntarle por un material que estaba en el sótano. Las explicaciones del vigilante se alargaban hasta parecer eternas. «Date prisa, Harry», decía Kate en silencio. Por fin abordaron el ascensor. A medio camino, pensó que tal vez debieron esperar a la policía.

No, rechazó la idea. Si Harry ya había cambiado de sitio el estuche, no importaría si entraban a otra habitación. La policía solo se ocuparía del primer sitio donde fueron escondidas. Y si Harry jugó al rey Midas con las joyas un par de horas, no habría más huellas que las suyas en las piezas. Además… ¡estaba ansiosa por verlas!

Cuando al fin salieron del ascensor, apenas observó que habían dejado las luces encendidas en la conejera cuando estuvieron allí antes. Un estremecimiento la recorrió. No eran nervios, sino la excitación de al fin tener las joyas a su alcance. Ya no tenía de qué atemorizarse. El área estaba bien iluminada, no había recovecos donde un fantasma pudiera ocultarse. Además, Harry Melnyck estaba a su lado y no podría asustarla.

—Por aquí, señorita Ballantyne.

Kate lo siguió por un pasillo lateral. Allí la iluminación era más tenue. Ésa era la conejera que ella recordaba, donde rondaba el fantasma de una víctima de asesinato. Apretó el paso para salvar la distancia entre ella y Harry. Éste se detuvo frente a una puerta y se sacó una llave del bolsillo, la abrió e indicó a Kate que pasara. El polvo y el aire enrarecido la hicieron estornudar.

—Esto será lo único de mi trabajo que no echaré de menos —dijo Harry—. Oculté el estuche en un viejo archivador. Iré a por él.

Kate se pegó a Harry como una lapa mientras el viejo cruzaba la habitación. Cuando se detuvo, lo único que podía ver eran sus amplios hombros. Oyó que un cajón de madera se deslizaba. Con alivio, le vio retirar el estuche azul y volviéndose, se lo entregó.

Kate lo recibió con manos temblorosas. Era más grande de lo que imaginaba. Luchó por soltar el broche y dejó escapar una exclamación de sorpresa cuando al fin logró ver el contenido. Las gemas brillaban a pesar de la mala iluminación.

—¡Harry, es maravilloso! Llevémoslas a la luz para verlas mejor.

El velador asintió y empezó a moverse hacia la puerta, pero se inmovilizó de pronto. Kate hizo lo mismo. Frente a ellos se encontraba el falso técnico, el socio de Roger… Marcel Lenoir. Sonreía en el umbral de la puerta, sosteniendo una pistola en la mano.

—*Merci Mademoiselle* Ballantyne. *Merci beaucoup.* Le ruego que me entregue mis joyas, *s'il vousplait* —se volvió hacia Harry—. Espero,

viejo amigo, que todo esté ahí. Muy bien —continuó, al ver que Harry asentía—, solo cierre el estuche, entonces, señorita, cuando quede seguro, quiero que lo deposite en el suelo, muy despacio y lo deslice hacia mí.

Kate temblaba. No era posible que le estuviera pasando eso. El joven armado era más peligroso que cualquier fantasma.

—Rápido, mujer. No quiero estar aquí cuando llegue la policía —la voz amable de Lenoir se volvió hielo.

Kate se obligó a obedecer. Para su sorpresa, sus dedos supieron cómo cerrar el broche del estuche.

—Así está mejor. Ahora deslícelo… muy despacio. Deslícelo hacia mí.

Con piernas temblorosas, Kate se agachó y empujó el estuche en dirección al hombre. Se detuvo a medio camino. Lenoir contempló el estuche y volvió a mirar a Kate y a Harry.

—¡Atrás los dos! Retrocedan hasta la pared.

—Haz lo que dice, Harry —ordenó Kate, al verle titubear.

—La señorita tiene razón, Harry. Obedece y no saldrás herido. Espero no ser atrapado nunca, pero comprendo que es un riesgo que corro y no quiero añadir el asesinato a mi lista de delitos.

Kate dejó escapar un suspiro. Por lo menos no pensaba matarles. A pesar de la pistola, su temor disminuyó. Retrocedió hasta apoyar la espalda contra la pared, rezando porque Harry hiciera lo mismo.

—Muy bien —comentó Lenoir en tono agradable—. Me gusta la gente que sabe escuchar. Demuestra su inteligencia.

Kate pensó deprisa. Estaba claro que el hombre también era inteligente. Si escapaba con las joyas, era probable que jamás volvieran a saber de ellas y eso pondría a Bill en una situación problemática con Clive Robertson. Sutherland regresaría pronto y comentó que la policía también lo haría para revisar la buhardilla. ¿Cuánto tardarían? No tenía idea, pero cada minuto que ella pasara con Lenoir, sería un minuto menos que él tendría para poner distancia de por medio.

—¿Cómo se enteró de que las joyas estaban en el teatro? —preguntó, con dificultad.

—Tengo buen oído —respondió Lenoir—. Escuché todo el relato del viejo desde la oficina vacía que hay junto a la suya. No observó que la puerta que las comunica estaba entreabierta, ¿verdad?

—Pero… —tenía tantas preguntas que hacer y todas revoloteaban en su mente, sin poder plantear una sola. Lenoir cogió el estuche y le sonrió.

—Señorita, no es tan inteligente como suponía. Sabía que intervine su teléfono. ¿No se le ocurrió que podría hacerlo de nuevo? También intervine el de Rackets. Tal como resultaron las cosas, no fue necesario.

—¿Có… cómo volvió a entrar en mi casa?

—Mi oficio es meterme en casas… y teatros ajenos —se burló Lenoir—. Así me gano la vida y no me va mal —señaló el estuche con un dedo—. El volver a manipular su línea telefónica, fue pan comido. Después, todo fue cosa de esperar. Escuché la llamada de su amigo esta mañana. De allí en adelante, todo fue fácil. No me costó trabajo averiguar cuál era su oficina. Su casco de seguridad de color rosa es muy gracioso.

Sonrió complacido.

—Mientras usted y sus amigos subían por el ascensor, yo usé la escalera de emergencia. Cuando Raleigh no encontró la joyas donde las dejó, supuse que todavía estarían por aquí y que contaría con un par de horas para buscarlas antes de que llegara la policía. Siempre podría volver a utilizar la escalera de emergencia si llegaban antes. Usted y el viejo fueron un premio adicional. Sin su ayuda, nunca habría encontrado las piedras —Lenoir dio un paso atrás y le tiró un sonoro beso—. Agradezco mucho su ayuda *mademoiselle*. Es una chica encantadora. Besaré su fotografía cuando llegue a mi hotel.

—¿Mi fotografía?

—Desde el principio sospeché que Sutherland encontraría la relación entre usted y Tessier —rio Lenoir—. Por eso hice que le sacaran una foto, por si necesitaba que alguien la siguiera y pudiera identificarla. En especial si iba a un lugar fuera de la ciudad… como Cozumel. Además, decidí conservar una copia. Me gusta su estilo.

Kate se quedó mirándole como una estúpida. No sabía de qué hablaba.

—¿No recuerda a mi amigo que tomó su foto en el restaurante de Julien?

¡Por supuesto! El fotógrafo romántico. Tuvo razón al preocuparse por ese incidente.

—Bien, amigos, por mucho que disfrute de la charla, debo irme —Lenoir dio otro paso atrás y tocó la puerta—. Bastante sólida, pero

usted también es fuerte, viejo. Páseme la llave. Tal vez sea conveniente que le ponga fuera de combate antes de encerrarlos aquí.

—¡No! —exclamó Kate—. Él no haría nada, yo tampoco. Lo prometo. No nos moveremos, ni gritaremos. Esperaremos en silencio hasta que llegue la policía.

—Bueno, no me gusta decepcionar a una bella dama —volvió a tocar la puerta—. Supongo que no podrán derribarla. Aunque gritaran, dudo que alguien los oyera allá abajo. Está bien. Páseme la llave, viejo.

Harry se sacó la llave del bolsillo y la arrojó más allá de Lenoir.

—No me gustan las bromas, anciano. Intente algo más y le pondré fuera de combate para siempre —retrocedió, cogió la llave y la introdujo en la cerradura—. Perfecto, llegó el momento de despedirnos —se volvió hacia Kate—. Diga a Sutherland que es un hombre afortunado. Si pensara quedarme en Canadá, me gustaría averiguar cuánto dinero tiene —retrocedió hasta salir y cerró la puerta. La cerradura corrió con un sonido fuerte. Harry saltó hacia delante al escucharlo.

—¡Detente! —siseó Kate—. No tiene objeto, Harry. Deja que se vaya. Alégrate de que estemos a salvo.

—¡No es correcto, señorita Ballantyne!

—Lo sé, Harry, pero…

Un ruido sordo interrumpió a Kate. Un ruido, algo que caía y otro ruido… luego una fuerte detonación. Kate miró a Harry horrorizada mientras el estallido resonaba como un eco en el pasillo. Le pareció como la explosión del escape de un coche.

—¿Fue un disparo? —murmuró, deseando que Harry le dijera que no.

El vigilante asintió y corrió al frente. Golpeó la puerta con el hombro una y otra vez, sin éxito.

—¡Maldición! Nada moverá esto.

—¿Kate? —el picaporte de la puerta se movió. Era la voz ansiosa de Bill.

—Bill —murmuró la chica, retrocediendo hasta apoyarse en la pared, en busca de apoyo, a punto de desfallecer. ¡No podía hacerlo! No importaba lo que hubiera ocurrido afuera. Bill la llamó y estaba a salvo.

—Ella se encuentra bien —gritó Harry—. Pero esa sabandija

tiene las joyas.

—Ya no. ¿Dónde está esa maldita llave?

—También la tiene él.

—Espera un momento, Harry.

Kate se alejó de la pared, sorprendida de que las piernas la sostuvieran. Momentos más tarde, la cerradura fue abierta y Bill entró como una tromba para ir a abrazar a Kate.

—¿Te encuentras bien, cariño?

Ella solo asintió, no sabiendo si podría hablar.

—Harry, por favor ve a vigilar a ese individuo. Si se atreve a mover un dedo, avísame —Bill volvió su atención a Kate—. ¿Qué diablos hacías aquí?

—Vinimos a por las joyas —Kate advirtió que su temor desaparecía. Estaba en los brazos de Bill. Todo saldría bien.

—¿Vinisteis a por las joyas? ¡Santo Dios, Kate! Es un milagro que no os matara. ¿Por qué no me esperaste? Además, la policía llegará pronto. ¡Maldición, Kate! ¡Debiste esperarlos! ¡Al menos debiste esperarme a mí!

Kate se apretó contra el pecho de Bill. Ella estaba a salvo y Bill también. Entonces, ¿por qué le gritaba?

—De haberte esperado, estarías encerrado aquí con nosotros, no haciendo lo que hayas hecho con *Monsieur* Lenoir —le sonrió, satisfecha con su lógica.

—¿Quién? ¿*Monsieur* qué?

—*Monsieur* Lenoir, también conocido como el técnico de la compañía telefónica, el socio de Roger, el especialista en introducirse en casas y el que robó las joyas de Xenia Cassidy.

—¿Qué hizo? —Bill la miraba con sospecha—. ¿Se presentó formalmente a ti? ¿Te contó la historia de su vida?

—No, pero manifestó un serio interés por mí —sonrió Kate—. Me informó que tiene mi fotografía en su habitación, que iba a besarme cuando regresara. También me pidió que te dijera que eres un hombre afortunado.

—Kate, no sé de qué diablos hablas. Tendrás que informarme despacio. Solo comprendo una cosa. *Monsieur* Lenoir tiene mucha razón en algo. Soy un hombre afortunado y también me gusta tu estilo, pero no es lo único. ¿Cuántas veces tendré que decirte que eres

la mujer más extraordinaria que he conocido?

—Creo que una vez al día sería suficiente.

—¡Hecho! ¿Qué te parece una vez al día durante el resto de tu vida?

—¡Sutherland! —rugió Harry—. La sabandija se ha movido.

—No te muevas —murmuró Bill, a Kate—. No te muevas ni un centímetro. Iré a asegurarme de que *Monsieur* Lenoir no vuelva a moverse hasta que llegue la policía.

Kate observaba a los demás, mientras Bill terminaba su relato. Ella lo escuchó en tanto llegaba la policía, pero su auditorio lo hacía por primera vez. Su padre se encontraba frente a su escritorio con expresión incrédula. ¿Cómo era posible que todo eso ocurriera en sus mismas narices? Estaba segura de que Tricia contenía el aliento desde que Bill inició su historia. Paul parecía relajado. Volvía a ser el hombre tranquilo de siempre. Kate también estaba segura de que él confiaba en que su hermano hubiera aprendido la lección y que se mantendría de este lado de la ley en adelante. Ella no participaba de su optimismo, pero con un poco de suerte…

Fred era el alivio personificado. Si las joyas no hubieran sido recuperadas y si Bill no hubiese ejercido su influencia con las autoridades, seguramente estaría en una celda y no en la oficina de su padre.

Harry todavía lucía una sonrisa de oreja a oreja. El mirarlo la alegraba. La recompensa de la compañía de seguros sería para él. Su fondo de jubilación se había convertido en realidad después de todo. Kate volvió la atención a Bill, preguntándose si la participación de Harry justificaba que la recompensa fuera para él, o doraba la píldora, por poco que fuera, para el beneficio de Clive Robertson.

—Y así —concluía Bill—, cuando el carpintero me informó que Kate y Harry habían subido a la conejera, yo los seguí. Oí voces en cuanto llegué y cuando me acerqué lo suficiente, escuché la mayor parte de la conversación. Sabía que el socio de Roger estaba armado, por lo que debía proceder con cautela. Cuando Lenoir estaba a punto de salir, me oculté a esperar que pasara. Cuando lo hizo, lo arrojé contra la pared. Dejó caer el estuche y las joyas volaron por todas partes. Volví a golpearlo contra el muro y fue entonces cuando el arma se disparó… Creo que ya estaba inconsciente para entonces.

—¡Caramba! —exclamó Tricia—. ¡Tal como en una película de James Bond y con un final feliz! ¿Qué vas a hacer ahora que eres un hombre rico, Harry?

—Sutherland… —Fred se aclaró la garganta—. Acerca del dinero de la recompensa… yo fui quien encontró las joyas en la oficina de Roger-Dodger desde el principio. ¿No cree que debo ser yo quien reciba la recompensa?

Kate le miró incrédula. Tal vez bromeaba, pero su expresión indicaba que hablaba muy en serio. Los demás compartían su asombro.

—Bueno… al menos debo recibir parte de ella —insistió Fred.

—Hermano, ya recibiste toda la recompensa que mereces —le indicó Paul, entre dientes—. Tal vez más de lo que te corresponde. No fuiste a parar a la cárcel.

—Pero… solo pensé… —Fred bajó la cabeza.

—Muy bien, tengo que irme —indicó Tricia, poniéndose de pie —. Tengo una cita.

—Mi hija, la ayudante del gerente del proyecto —comentó Sean, con una sonrisa—. Todavía no estoy seguro que sea ético que te cites con uno de esos chicos, querida. Recuerda que esa empresa ya es nuestro cliente.

—Creí que te gustaría —bromeó Tricia—. Me pareció oír que te complacía la idea de que uno de ellos tuviera un padre rico que respaldaba el proyecto. Sucede que Michael es el del padre con dinero. Además, me indicaste que mi trabajo consistiría en hacer feliz al cliente.

—Mmm —rezongó Sean, a la figura de su hija que desaparecía —. ¡Solo asegúrate de no hacerle muy feliz!

—Creo que yo también me retiro —sonrió Kate, en dirección a Bill—. ¿Pensabas llevarme a casa?

Después de despedirse, Bill preguntó a Kate, cuando iban por el corredor:

—¿Eso es todo lo que quieres de mí? ¿Qué te lleve a casa?

—No, pero debemos empezar por algo, ¿no te parece?

—Kate, empezamos en el momento en que te vi por primera vez.

—Muy bien, entonces tendremos que continuar donde estábamos, ¿no crees?

—Según recuerdo, estábamos en tu cama… y habíamos decidido pasar el resto del invierno allí —la tomó del hombro—. Date prisa, Kate, ya queda poco de enero y no me agrada la idea de perder lo que resta del invierno.

—¿Qué prisa tienes por sacarme al frío, Bill? ¿Por qué no me abrazas… para darme calor antes de que salgamos?

Bill rodeó el cuerpo de Kate con sus brazos y se inclinó para besarla.

La caricia de sus labios al tocarse era electrizante. Lo más maravilloso para ella en ese momento era detener el tiempo. Estaban juntos y todo estaba bien en sus mundos… no… todo estaba bien en el único mundo que compartían.

Fin